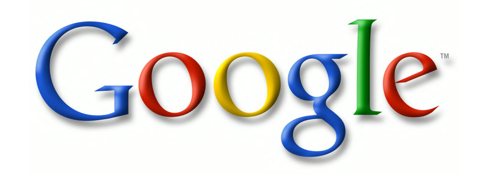
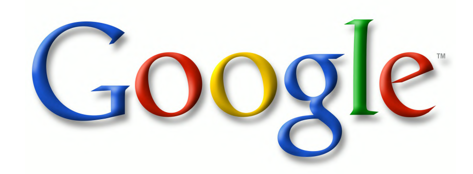
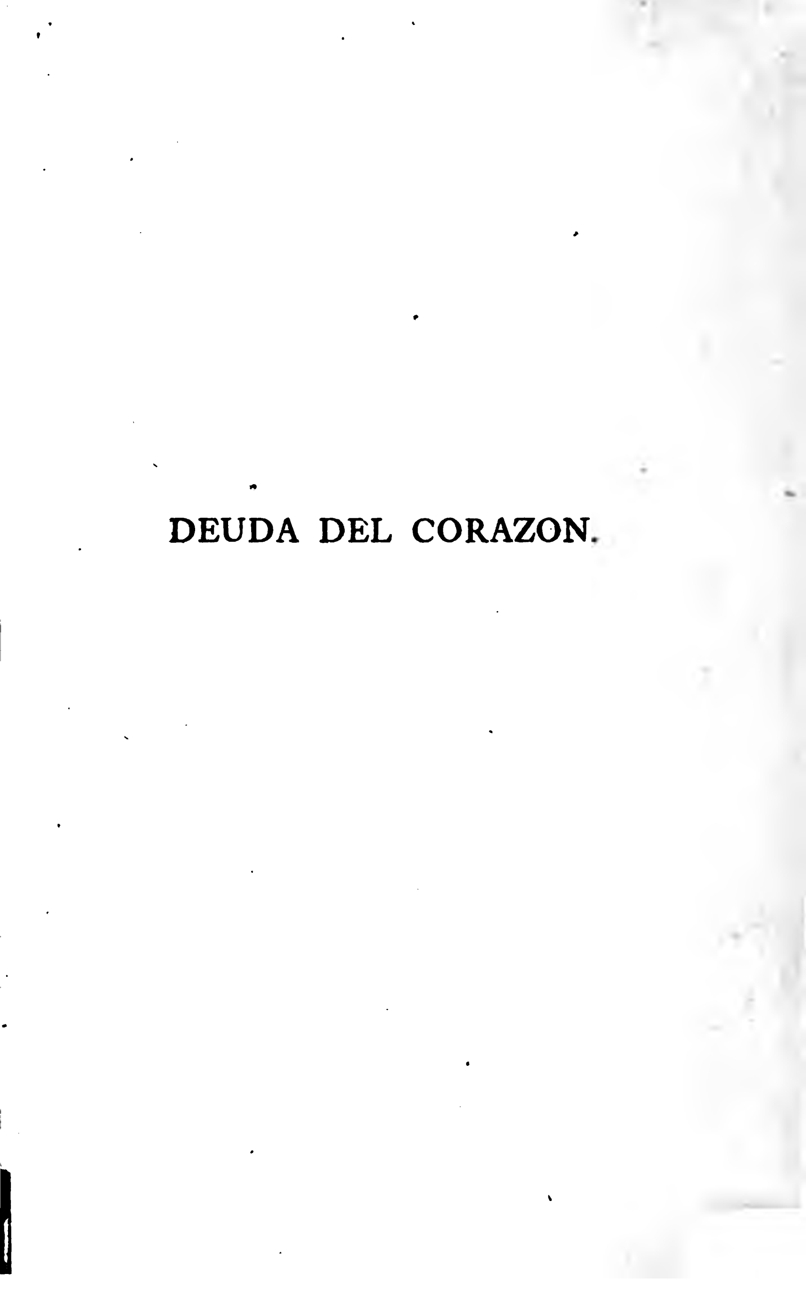



Google




SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



DEUDA DEL CORAZON.

DEUDA

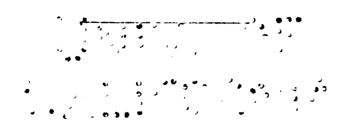
DEL

CORAZON

NOVELA ORIGINAL

POR

D. JOSÉ SELGAS.



MADRID,
LIBRERÍA DE DON LEOCADIO LOPEZ,
calle del Cármen, número 13.

1872.

MADRID, 1872.—IMPRENTA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

ADVERTENCIA.

Despues de escrita y publicada la narracion que, con el título de UN DUELO Á MUERTE, salió á luz en los dos primeros cuadernos de *La Familia Cristiana*, varios amigos, interesados por la suerte de los dos principales personajes que en ella figuran, me invitaron á continuar el relato, interrumpido más bien que terminado.

En honor de la verdad debo decir que mi propósito al escribir UN DUELO Á MUERTE fué trazar el prólogo de una novela de mayores dimensiones, que debia titularse EL ANGEL DE LA GUARDA; mas, dudoso del acierto, y deseando, por otra parte, contribuir con algo al buen fin á que va dirigida la biblioteca de *La Familia Cristiana*, tracé el DUELO Á MUERTE al correr de la pluma, sujetándome á las condiciones materiales de la publicacion ántes citada, y reservándome para ocasion más oportuna el propósito de completar mi pensamiento, si los capítulos de UN

DUELO Á MUERTE encontraban benévola acogida entre las gentes de buen gusto y sano entendimiento.

Con esta intencion dejé sueltos los hilos del relato, haciendo entrever la esperanza de que algun dia con nuevos antecedentes pudiera proseguirlo.

He adquirido, pues, noticias interesantes y fidedignas, que harán agradable é instructiva la lectura de las siguientes páginas, siempre que Dios me conceda la claridad de entendimiento necesaria para conseguirlo.

La DEUDA DEL CORAZON nos abre camino para llegar con todos los antecedentes necesarios á la sencilla narracion de las verídicas escenas que nos esperan en EL ANGEL DE LA GUARDA.

Aquí tiene el lector, en breve resúmen, toda la historia de la presente novela.

PARTE PRIMERA.

UN DUELO Á MUERTE.

DEUDA
DEL CORAZON.

I.

ELLA.

En el momento en que empiezo á escribir estos renglones, el nombre de la señorita de Miramar, corriendo de boca en boca, da la vuelta al gran mundo.

Su nombre es el de una piedra preciosa, que es al mismo tiempo el nombre de una preciosa flor; se llama Margarita, combinacion delicada que sirve admirablemente para nombre de mujer.

En él se reune lo que más brilla y lo que más adorna, lo más rico y lo más frágil, un reflejo y un perfume, lo que más deslumbra y

lo que más embellece, las dos cosas que más codician las mujeres: los diamantes y las flores.

Los periódicos, en las *Crónicas de los salones* y en las *Gacetillas de Madrid*, llevan casi diariamente hasta el confin del último lector la celebridad de la señorita de Miramar. No perdonan detalle ni pormenor, cuentan los pliegues de sus vestidos, las ondas de sus cabellos. Es imposible no conocerla, y por consiguiente, no admirarla, pues dan de su persona, de sus adornos y de sus caprichos pelos y señales con tanta minuciosidad, como si se tratára de un objeto raro que ha de adjudicarse en pública subasta.

Y en efecto, desde el punto de vista de los encajes, de los diamantes, del terciopelo y de la seda, Margarita es una criatura encantadora.

En cuanto á su belleza, consiste en la extraña mezcla de dos tipos diversos, que en ella se confunden, formando un tipo original. Sus ojos pardos son de dia casi azules, y de noche casi negros; sus cabellos castaños dejan ver á la luz ondas casi rubias, y á la sombra ondas casi negras; es casi blanca y casi morena. Su nariz fina y correcta se detiene discretamente sobre una boca grande, fresca, movible y graciosa.

Cuando está séria, la expresion de su fisonomía es dura, pero sabe suavizarla con la sonrisa más dulce del mundo.

Mira como una mujer y sonrie como una niña; y es que hay en su mirada esa penetrante malicia de la mujer que todo lo sabe, á la vez que resplandece en su sonrisa la atractiva inocencia de la mujer que todavía no sabe nada.

En cuanto á su edad, no es fácil averiguarla á punto fijo, sin tener á la mano el dato fehaciente de su partida de bautismo. Sus miradas dicen:

«Voy á cumplir veinticinco años.»

Pero su sonrisa protesta diciendo con sencillez ingenua:

«Todavía no he cumplido diez y seis abriles.»

Y este mismo contraste se observa en toda su persona. En ciertas ocasiones se la ve doblar la cabeza humildemente, como si quisiera decir: «Obedezco.» En otras, irguiendo la frente, descubre en la firmeza del entrecejo la expresion enérgica de una voluntad imperiosa. Entónces dice: «Yo mando.»

Su talle flexible y bien contorneado se presta á movimientos de armoniosa cadencia, en los que el observador atento puede advertir

dos impulsos opuestos que suelen ir juntos, como van juntos el cuerpo y el alma; hay en ellos sensualidad y pudor; su paso, firme y vacilante á la vez, es al mismo tiempo voluptuoso y casto.

Una vez metido en el minucioso inventario de las prendas que constituyen su persona, será preciso que añadamos dos pormenores, sin los que el retrato resultaria cojo y manco.

Las lectoras querrán saber qué especie de manos le ha concedido la naturaleza, y no hay para qué ocultarles que sus manos son blancas como la nieve, que en su transparente blancura dejan ver á intervalos las líneas azules de sus limpias venas, que los dedos redondos se prolongan disminuyendo hasta terminar en unas uñas finas y sonrosadas, que en el nacimiento de cada dedo aparece y desaparece un hoyo gracioso, segun se abre ó se cierra la mano, y en fin, que tal conjunto de perfecciones se halla contenido en el menor espacio posible, porque la mano de Margarita es todo lo pequeña que debe ser para no faltar á la ley armoniosa de las proporciones.

Los lectores, más curiosos todavía que las lectoras, querrán de seguro que levante un poco

la onda del vestido y descubra el pié correspondiente á semejante mano; mas yo no debo permitirme tanta libertad, y ademas no quiero permitírmela. Advierto únicamente que cuando se dice mano bonita, se dice, por regla general, pié gracioso, porque los piés y las manos son dos extremos que comunmente marchan en perfecto acuerdo.

Los que no satisfagan su curiosidad, deduciendo de las perfecciones de la mano los encantos del pié, será preciso que se resignen á tener paciencia.

La voz viene á ser una faccion que influye poderosamente en el atractivo de la persona. Así como hay en la mirada rayos que penetran hasta el fondo del alma, de la misma manera hay en la voz inflexiones delicadas, tonos melodiosos que dan á la palabra una elocuencia irresistible.

He observado en las luchas de la palabra que la razon es una gran cosa, pero la multitud dispensa de ella fácilmente al orador que dispone del influjo de una voz agradable ó de una voz tremenda. ¡Desgraciada razon la que tenga que luchar con un acento armonioso ó terrible, si es una multitud el juez de la con-

tienda, y ese juez ha de fallar en el acto! La razon convence y la música conmueve.

Por absurdo que sea lo que llamamos argumento de una ópera, aplaudimos siempre que el músico acierte á entusiasmar nuestros oidos. Es más; hasta la mala música nos sonará bien, si el tenor ó la tiple disponen del supremo recurso de una voz soberana; el argumento se pierde debajo de la música, y la música debajo de la voz.

Por eso hablar á la razon de una multitud, es, por regla general, perder el tiempo; mas habladle á los sentidos, y lo tendréis subyugado. Semejante á las serpientes de cascabel, se deja cazar atraido por los sonidos de una flauta.

Lo que digo de la voz puede decirse de la palabra, de la elocuencia, del arte. La soberanía popular es la soberanía de los sentidos. Los aduladores de los reyes se llaman cortesanos, los cortesanos de la plebe se llaman charlatanes; charlatanes que peroran, que escriben, que hilvanan comedias, que tejen novelas, que sacrifican la verdad al aplauso, la razon á la ganancia, y que en el bajo imperio del pueblo bajo, cultivan la baja política, la baja elocuencia, la baja literatura.

Debo hacer una justa distincion; la plebe de que hablo se encuentra esparcida en todas las clases de la sociedad, ó más bien, todas las clases de la sociedad tienen su hez, tienen su plebe. Así es que al decir *pueblo bajo*, me refiero á todo lo que hay de estúpido y de corrompido en la clase alta, en la clase media y en la clase baja.

Mas dejando aparte esta digresion caprichosa, convengamos en que la voz puede ejercer un poderoso atractivo. Voces hay que se ven solicitadas todos los años por las más opulentas capitales del mundo, y que los públicos más ilustrados pagan á peso de oro. Es verdad que son voces de *primisimo cartello.*

La voz de Margarita vibra con ese timbre particular, pastoso, que tanto se pega al oido, y que los músicos designan con el nombre de voz de *contralto.* Al principio causa una sensacion penosa, el oido espera á cada momento el desagradable efecto de una desafinacion, mas poco á poco se acostumbra á ella, y la voz se hace inolvidable.

Diré algo del carácter incomprensible de la señorita de Miramar.

¿Qué es el carácter?

Una gran cosa. Lo que hace al hombre amable ó aborrecible, brillante ú oscuro, grande ó pequeño.

Es un espejo en el que las cualidades se engrandecen hasta hacerse gigantescas, ó se empequeñecen hasta hacerse insignificantes. Si bien se mira, se verá que el carácter ha hecho más grandes hombres que el genio; los grandes talentos admiran, ilustran, entusiasman; los grandes caractéres subyugan.

La falta de carácter, de entereza, de firmeza, de virilidad, es la anulacion del hombre.

Hoy no se ven grandes hombres, porque no hay grandes caractéres. Diríase que se ha extinguido el brillante reflejo con que la grandeza del alma iluminaba las acciones, las palabras, las empresas, la vida de los grandes hombres.

En medio de esta fiera igualdad, de esta igualdad asoladora, que hace igualmente bajos á todos los hombres, que ha convertido en vulgo todas las clases, reduciendo á la sociedad á la condicion de plebe, sólo distingo, elevándose inmensamente sobre todos los poderes humillados, quiero decir, envilecidos de la tierra, un gran carácter, uno solo, en cuya nobilísima

frente brilla la doble corona de la santidad y de la desgracia, y cuya voz de mansedumbre y de verdad conmueve al mundo desde las augustas bóvedas del Vaticano.

Yo no encuentro hoy entre las presentes grandezas de la tierra, más que esa augusta grandeza del cielo.

El carácter, grande ó pequeño, alto ó bajo, viene á ser como la fisonomía moral del alma, y en las irregularidades del carácter de Margarita se dibujaban las vacilaciones de su corazon y las indecisiones de su espíritu.

Salta fácilmente del aturdimiento á la reflexion, y su habitual y movible alegría cede algunas veces interrumpida por súbitas tristezas. Como si su alma pasára por un misterioso crepúsculo, asoman alternativamente á su semblante los resplandores del dia y las sombras de la noche.

Tan vivo contraste da á su sér un aire de encantadora frivolidad, que añade al atractivo de su lujo y de su hermosura la seduccion de la inconstancia.

Para unos es caprichosa como una niña consentida, para otros es coqueta como una mujer mimada.

Las jóvenes dicen:

«¡Qué loca!»

Y sin darse cuenta de ello, todas intentan imitar sus locuras.

Las jamonas exclaman:

«¡Lo que sabe!»

Y prodigan á su talento las más crueles alabanzas.

Las viejas han convenido á media voz en que es tonta.

Entre los hombres no son los pareceres ménos diversos, pero todos parten de estas tres suposiciones fundamentales.

Para los muchachos..... ¡qué inocente!

Para los hombres..... ¡qué impenetrable!

Para los viejos..... ¡qué temible!

Su presencia produce tres exclamaciones, correspondientes á esos tres pareceres.

Al entrar en un salon, al aparecer en su palco, al cruzar un paseo indolentemente reclinada en los ricos almohadones de su lujoso landó, exclaman los jóvenes con la boca abierta:

—¡Qué ángel!

Los hombres, mordiéndose suavemente los labios:

—¡Qué mujer!

Los viejos, rascándose maquinalmente la oreja:

—¡Qué demonio!

Sin embargo, se ha convenido por todos en un punto muy importante, á saber: que la señorita de Miramar ha recibido una educacion brillante.

Conviene advertir, para la mejor inteligencia de tan unánime parecer, que la brillantez es un fenómeno producido por los cuerpos cuya superficie no dan paso á la luz, y que, por consiguiente, al recibirle la despiden, y al despedirla la reflejan; por eso lo brillante es por lo comun superficial.

Mas el hecho es que la irresistible señorita de Miramar monta á caballo con la destreza de un hombre y con la gracia de una mujer.

Pinta, ademas, si no con correccion, á lo ménos con soltura, y hay en su lápiz líneas atrevidas y en su pincel tonos audaces. En los paisajes sobre todo se despacha á su gusto, y al retratar á la naturaleza se empeña en corregirla y acaba por atropellarla.

Pero su lápiz es tímido y su pincel indeciso si trata de bosquejar los contornos de una cabeza humana; entónces parece que busca un

modelo que no encuentra, un modelo que vaga confuso por las oscuridades de su pensamiento, una cabeza de hombre cuyas nobles líneas se pierden en su imaginacion sin que el pincel se atreva á trazarlas. Vision movible de su espíritu, realidad impalpable de su deseo.

Su maestro de música está desesperado, porque sus dedos ágiles se niegan al rigor estricto de los métodos; porque liga ó desata las frases con imperturbable independencia, porque corta ó alarga las notas, imprimiendo en ellas la expresion fantástica de un gusto fuera de toda regla.

Y su desesperacion consiste en que eso lo hace Margarita ejecutando con maestría, con destreza, con verdadera posesion del piano, con completo dominio de las teclas; y el pobre hombre no acierta á explicarse cómo han podido reunirse en la misma persona unas manos tan dóciles y un gusto tan rebelde.

Cada vez que el maestro hace un gesto de disgusto, Margarita sonrie de satisfaccion, y él se encoge de hombros, indeciso entre aplaudirla ó matarla.

Los dias de leccion entra en la casa alentado por la esperanza de corregirla, pero á la media

hora sale abrumado por el convencimiento de que es incorregible.

Lo mismo que toca canta.

El maestro la admira y la detesta; la admira, porque tiene en la voz y en los dedos el genio de la música, y la detesta, porque es una criatura invencible que se burla de la severidad del arte.

Unas veces se irrita y otras veces se aflige. Despues de abandonarla á las extravagancias de su mal gusto, siente con más ímpetu el deseo de vencer su obstinacion. Es una lucha sorda que agita su espíritu, que le quita el sosiego; es una especie de manía que se ha apoderado de su pensamiento; no piensa en otra cosa..... Está herido su orgullo de maestro y desgarrado su corazon de artista. Y lo peor de todo es que experimenta horribles temores de que su propio gusto se corrompa bajo la influencia avasalladora de tan tenaz discípula. Semejante sospecha lo pone fuera de sí, tiembla y se estremece porque tiene miedo de tener miedo. En fin, es una idea fija que lo persigue y lo domina, una angustia ridícula sin duda alguna, un dolor risible á todas luces, pero que no obstante puede acabar por volverlo loco.

Por lo demas, la señorita de Miramar habla en inglés con bastante desembarazo, posee el frances, no le es desconocido completamente el italiano, y sabe aprovechar la energía y la dulzura, la majestad y la gracia de la lengua castellana.

Si á esto se añaden algunos elementos de Historia, ciertas nociones de Geografía y de Física, las cuatro reglas de la Aritmética, la idea de Dios algo confusa, por no conservar fielmente en la memoria las bellas definiciones del Catecismo, principios de moral un tanto cómodos, algo *doctrinarios*, para que puedan avenirse las asperezas de la virtud con las dulzuras de la conveniencia; si se añade, en fin, la lectura de unas cuantas novelas de Dumas, de Soulié, de Sué, etc., tendrémos poco más ó ménos una idea de la brillante educacion que ha recibido Margarita.

Desde que la materia, segun los autores del nuevo *Génesis*, perdió la milagrosa virtud de producir por sí misma al hombre hecho y derecho, los que venimos al mundo nos vemos en la doble necesidad de nacer niños y de tener padres. Hé aquî la razon por que Margarita es hija de los señores de Miramar.

Ella está contenta y ellos orgullosos.

Ademas del vivo sentimiento que los hijos despiertan en el corazon de sus padres, Margarita tiene á los ojos de los suyos el singular mérito de ser hija única.

Todos los hombres pueden ser padres, y francamente, todas las mujeres desean ser madres; mas ¿deberian serlo todos y todas?..... No basta ser padre, no basta ser madre; es ante todo preciso saberlo ser. ¡Es tan triste y tan cruel deber la desgracia á aquellos á quienes al mismo tiempo les debemos la vida!.....

Del regazo de la madre sale el niño sano ó enfermizo, débil ó robusto, llevando en su sangre el gérmen de la vida ó de la muerte. Del seno de la familia sale el hombre bueno ó malo, llevando en su corazon y en su entendimiento el gérmen de su dicha ó de su desgracia.

Hay ternuras crueles y cariños funestos; el amor á los hijos no debe ser un amor ciego, porque precisamente es un amor que necesita verlo todo.

Pues bien, los señores de Miramar son unos padres que no ven más que por los ojos de su hija. Hermosos ojos sin duda, pero ojos al fin, que poco acostumbrados á los falsos efectos de

la luz del mundo, toman las perspectivas por realidades.

Ella es la reina de la hermosura y de la moda, y sus padres son los primeros cortesanos de su belleza, de su juventud, de sus caprichos y de su lujo.

¡Cómo la quieren!

¡Cuántas mujeres al verla le envidiarán la fortuna de ser hija única de semejantes padres!

Tal es el mundo y tal es Margarita.

II.

LA CARTA.

Por el silencio que Marí nota, aplicando el oido á la puerta que conduce á las habitaciones de Margarita, infiere que ésta duerme todavía. Y le causa extrañeza tan prolongado sueño, porque, en su calidad de doncella de la señorita de Miramar, sabe muy bien que, aunque trasnocha, madruga, y es el caso que son ya las diez de la mañana.

Marí se llamó siempre María, pero desde que sus felices disposiciones la han elevado al rango que ocupa en tan opulenta casa, el buen gusto le ha suprimido la última letra. María es un nombre más bello, pero *Marí* es un nombre más frances. Ella se muestra tan satisfecha de la supresion, que cuando algun criado de la casa ó alguna amiga antigua le dicen María, no puede disimular el disgusto que le causa.

María le parece el nombre más vulgar del

mundo, pero *Marí* suena en sus oidos con cierta distinguida melodía que la enorgullece; le suena como á nombre de princesa. Desde que se oye llamar Marí cree la pobre muchacha que es otra, y se le ha metido en la cabeza todo un libro de caballerías.

Mas no hay en el mundo satisfaccion cumplida, y el maldito cochero le tiene quemada la sangre, pues por torpeza ó por malicia, es el caso que siempre la llama á voces diciéndole «María», y el bárbaro ha dado últimamente en la gracia de llamarla quinientas veces al dia, y siempre le ha de decir Maruja.

Por lo demas, es una muchacha fresca y risueña, con un modo de mirar, un modo de sonreir y un modo de ser, que le proporcionan muchos amantes, sin que la infeliz consiga entre tantos pretendientes encontrar un marido; de modo que, segun vemos, no es doncella por pura vocacion.

Ahora la hallamos sin saber qué hacerse, indecisa entre penetrar en el cuarto de su señorita ó esperar que ésta la llame.

Miéntras por segunda vez aplica el oido á la cerradura de la puerta, discurre del modo siguiente:

«Yo sé que no debo entrar miéntras no me llame, pero tengo seguridad de que me llamaria si estuviese despierta..... Luego..... claro está que duerme á pierna suelta. Es muy tarde, no me está prohibido despertarla, y se alegrará de que la despierte; debo hacerlo..... mas ¿cómo la despierto sin entrar? Ya veo la nube que se me viene encima..... Si la dejo dormir, Dios sabe cuándo saldrá de tan profundo sueño, y entónces me dirá muy séria: —Ya sabe usted, Marí, que no me gusta dormir tanto. Mas yo podré replicarle muy fresca: —Como la señorita no ha llamado..... Sí, pero la conozco, y exclamará sin detenerse: —¡Cómo habia de llamar si estaba durmiendo! Pues supongamos que atropello por todo y entro y la despierto. Al verme se me quedará mirando, y me preguntará al golpe: —¿Qué ocurre? Y tendré que contestarle: —Nada..... es que como la señorita no llamaba..... —Pues si no llamaba, volverá á preguntarme con mucha razon, ¿á qué ha entrado V.?»

No sé qué habria hecho al fin Marí, si en el momento de su mayor perplejidad no hubiera aparecido un criado que llevaba una carta en la mano.

La doncella lo ve, mas él finge no verla, y grita:

—María.....

María se muerde los labios por toda respuesta.

—Maruja..... Maruja..... vuelve á llamar el criado.

Aquí Maruja da hácia él un paso imponente, majestuoso, teatral, con todo el aire de una reina ofendida.

—¡Ah! Perdone V., Marí, exclama el socarron. Esta carta es para la señorita; la acaban de traer ahora mismo.

Marí le arranca la carta de las manos, y le vuelve la espalda con airado desden. Ambos se separan bufando; la doncella de rabia y el lacayo de risa.

No hay mal que por bien no venga. La carta es un recurso, un pretexto para entrar en las habitaciones de Margarita y salir de situacion tan apurada; tanto más, cuanto que las armas del sello y las iniciales del sobre anuncian un asunto urgente de la Baronesa de C....., amiga íntima de la casa y particular admiradora de las distinguidas prendas de la señorita de Miramar.

Marí, que por la estúpida insolencia del lacayo toca el cielo con las manos, ve al mismo tiempo en la carta de la Baronesa el cielo abierto, y sin más vacilaciones la coloca sobre una bandeja de plata primorosamente cincelada, empuja la puerta, que cede silenciosamente, y entra.

Admírase al ver que la luz penetra en la estancia al traves de los balcones entreabiertos, cuyas maderas cerró ella misma la noche anterior. Se dirige asombrada al dormitorio, y su admiracion se convierte en espanto al reconocer que la suntuosa cama de la señorita de Miramar se halla vacía.

—¿Cómo puede ser esto? se pregunta á sí misma. ¿Cómo ha desaparecido?..... No estando en la cama, ¿dónde está?..... ¿Qué misterio se encierra en tan incomprensible suceso?....

La doncella se siente aterrada, porque lo que ve es increible, y otra vez cae en la terrible situacion de no saber qué hacer.

¿Qué sería más prudente, más propio de las circunstancias?..... ¿Gritar?..... ¿Huir?..... ¿Desmayarse?..... Todo hay que pensarlo. Gritar sería dar ocasion á un escándalo. Huir equivaldria á declararse cómplice. Desmayarse era perder tiempo.

Y el caso es que la señorita de Miramar no está allí; la cosa es grave y urgente, y si no sabe qué hacer, tampoco sabe qué pensar. Su imaginacion novelesca la hace estremecer, presentándole la idea de un rapto. En la necesidad de pensar algo, piensa lo más extraordinario, lo más novelesco..... lo más fantástico, ¡Ya se ve, la señorita de Miramar es tan codiciada!.....

Registra con los ojos el aposento, y todo lo encuentra en perfecto órden; nada indica que haya ocurrido allí cosa alguna extraordinaria. Sólo advierte que la luz de la lamparilla arde tristemente sobre el mármol de la chimenea, encerrada en su bomba de porcelana, y cuyos resplandores rojos parecen avergonzados de verse ante la luz del dia.

De repente la mirada absorta de la doncella se fija en la puerta que conduce al tocador, y nota que no está cerrada como debia estarlo, y deduce por la claridad que advierte, que tambien en el tocador se han abierto los balcones.

Antes de dar un paso, reflexiona.

«Si la señorita no está en el tocador, no está en ninguna parte, y en el tocador no es posible que esté; para estar ahí ha tenido que le-

vantarse, y para levantarse me hubiera llamado. Sin mí no sabe vestirse, no sabe moverse. Yo soy sus piés y sus manos.»

Esto es tan concluyente para Marí, que no encontrándola en la cama, cree, ó que ha sido robada por algun amante desesperado, ó que á lo ménos se ha evaporado como una esencia; esto último es tambien verosímil, ¡porque Margarita es tan espiritual!.....

Así es que al poner el pié sobre la rica alfombra que cubre el pavimento del tocador, su asombro llega al último límite, y no dando crédito al testimonio de sus propios ojos, exclama:

—¡La señorita aquí!.....

En efecto, allí está, envuelta en un magnífico peinador, cuyos sueltos pliegues hacen como que ocultan los suaves contornos de sus correctas formas, en las que no me es permitido detenerme.

Allí está sumergida en los brazos cariñosos de una butaca envidiable, con sus preciosos piés cruzados sobre un taburete más envidiable todavía. La cabeza descansa indolente sobre la mano izquierda, miéntras la derecha retuerce con sus dedos sonrosados los finos enca-

jes que adornan y enriquecen las graciosas ondas de su bata inmaculada.

Allí está medio pensativa y medio risueña, medio dormida y medio despierta.

Al ver el semblante espantado de su doncella, sonriendo y bostezando le dice:

—¡Ay, Marí! me fastidio soberanamente.

La pobre muchacha no es tan corta de alcances que no comprenda perfectamente cuánto puede aburrirse una gran señora sin el auxilio de su doncella; pero no alcanza á comprender, porque no le cabe en la cabeza, cómo la señorita de Miramar ha podido levantarse y vestirse sin Marí.

La tenacidad de semejante idea le obliga á decir:

—¡Cómo la señorita no me ha llamado!.....

—Me parece,—replica Margarita con viveza,—que para aburrirme no necesito á nadie.

La doncella se encoge de hombros y la presenta la bandeja que lleva en la mano. Coge Margarita la carta con perezosa indiferencia, lee rápidamente el sobre y la deja caer sobre la falda.

Al mismo tiempo el reloj, que late apresuradamente delante del espejo del tocador, hace so-

nar dos veces su agudo timbre, como si quisiera poner dos puntos á la conversacion.

—¡Las diez y media!....— exclama la doncella.

—¿Y qué me importa?—dice Margarita.

—Los señores han pedido el coche para despues del almuerzo,—advierte la doncella.

—Hoy—insiste Margarita—no pienso salir de casa.

—Tal vez la señora Baronesa cuente esta tarde con la señorita.

—En ese caso, quiere decir que habrá echado mal la cuenta.

—Pero esta noche—añadió Marí—hay *do* de pecho; Tamberlick canta el *Otello*.

—Tengo jaqueca,—contesta la señorita de Miramar.

—¡Dios mio!—exclama la doncella.—¿La señorita se halla indispuesta?

—Lo mismo da. No quiero vestirme, no quiero salir, no quiero ver á nadie..... ¿Comprende V., Marí?

—Señorita..... ¡es tan incomprensible lo que usted dice!

—¡Bah! entónces le descubriré á V. mi corazon.

La doncella, casi enternecida por tan señalada muestra de confianza, se acerca á la señorita de Miramar, quedándose en la actitud expresiva de quien va á recibir una confidencia inesperada é íntima.

—Ha de saber V.—continuó Margarita—que me siento hoy dominada por un deseo extraño, original..... enteramente nuevo.

—¡Ah! lo comprendo muy bien. Mas ¿qué puede desear la señorita que no se le cumpla en el acto?

—Lo que es este deseo, apénas ha nacido y ya empieza á encontrar muy sérias dificultades.

—¡Es posible!—exclama Marí.

—¡Oh! sí. Es un deseo contra el que se levantan tantas dificultades como personas me rodean, tantos obstáculos como gentes me visitan, tantas contrariedades como amigos me distinguen con sus impertinentes lisonjas..... ¡Ah! es cruel..... es muy cruel esto.

—Pero..... ¡Gran Dios! ¿qué desea la señorita?

—Por lo visto, deseo un imposible.

—Veamos, veamos.

—¿Es V. discreta?

—Puedo jurar que.....

—Pues bien. Juzgue V. con toda imparcialidad. Deseo..... Fíjese V. bien..... Deseo estar sola.

Marí es, en efecto, discreta; comprende todo el valor de la confidencia, y se retira muda y cabizbaja.

La pobre muchacha está á punto de que se le salten las lágrimas. Cuando cree que ha conquistado la confianza de la señorita de Miramar, y que va á ser depositaria de los secretos de su corazon, se encuentra con tan cruel despedida..... Tan cruel como injusta.

Sin embargo, Margarita tiene buen corazon y la ha seguido con los ojos, y al verla salir no ha podido ménos de exclamar:

—¡Pobre muchacha!

Pero al fin ya está sola, que es su deseo, ó su capricho de este dia; ya no hay allí nadie que la interrumpa en la voluptuosa tarea de no hacer nada, ni quien la distraiga del vago placer de pensar en cualquier cosa.

Está sola.

¿Sola?

Muy pronto lo he dicho.

Hay sobre sus rodillas una carta cerrada,

cuyo sobre se le mete tenazmente por los ojos diciéndole:

«Ábreme.»

Siente que una mano invisible llama á la puerta de su curiosidad, de esa loca que todo lo quiere saber, y le parece que del fondo de la carta que tiene delante sale una voz sin sonido que le grita incesantemente:

«Oye, oye, oye.»

O lo que es lo mismo:

«Lee, lee, lee.»

Es muy difícil sustraerse al interes que inspira una carta cerrada, sea la carta de quien fuere. Se cierra la puerta á las visitas impertinentes, se despide á las personas fastidiosas sin verlas. Siempre hay una excusa para no recibir al que nos molesta; y si no hay más remedio, se les recibe y se les oye como quien oye llover. Esto es fácil y ocurre con frecuencia. Pero no se cierra nunca la puerta á la carta que viene á buscarnos; no hay nadie que rompa una carta sin leerla, y no hay manera de leer una carta sin enterarse de lo que dice.

Conocemos á la persona que nos escribe; es un sér insoportable, insufrible, que no dice más que tonterías, ó nos asedia con pretensio-

nes ridículas. Si le vemos venir por una calle, echamos por otra; para él no estamos nunca en casa. Mas se nos presenta envuelto en los misterios de un *sobre*, bajo la forma incitadora de una carta, y sin vacilar la recibimos, la abrimos y la leemos.

No hay ocupacion, ni placer, ni dolor, en que una carta no pueda sorprendernos, y por consiguiente, interrumpirnos.

Tener delante una carta cerrada no es estar solo. Es estar con álguien que nos habla, que nos distrae de nuestros pensamientos, que nos saca de nuestras meditaciones, que corta nuestra soledad, que dispone de nuestra atencion, que nos aparta, por más ó ménos tiempo, de las más urgentes tareas, de las más íntimas alegrías y de las más profundas tristezas.

Este efecto lo produce cualquiera carta, y por extraordinaria que sea la idea que el lector haya formado de Margarita, en la mayor parte de las cosas no pasa de ser una mujer como las demas. Está, pues, delante de la carta de la Baronesa, dominada por la curiosidad propia del caso, y áun más, pues observa con extrañeza que lo contenido dentro del perfumado sobre presenta un volúmen excesivo.

—¡Qué le habrá ocurrido á esta buena señora! se pregunta.

Y pesando la carta entre sus dedos, añade:

—Aquí hay algo más que una simple carta.

Examina el sobre, ya por un lado, ya por otro, con esa pueril impaciencia con que algunas veces pretendemos indagar lo que contiene una carta ántes de abrirla.

La curiosidad es un deseo, y como todos los deseos, se aumenta en razon directa de las dificultades que se le oponen. Los deseos tienen en las almas enérgicas la fuerza expansiva del vapor comprimido.

Cuanto más se niega el sobre impasible á descubrir el secreto de la correspondencia que oculta, más vivo se va haciendo en Margarita el deseo de averiguarlo; y como averiguarlo está en su mano, rompe al fin con sus dedos impacientes la obstinacion del sobre.

Justa era la observacion hecha por la señorita de Miramar acerca del excesivo volúmen de la carta, y justa era su doble curiosidad, porque debajo del sobre habia, en efecto, algo más que una carta; habia dos cartas.

Hé aquí lo que dice la Baronesa:

«Querida mia: Mi fiel Pachí acaba de en-

tregarme la adjunta carta, que no se sabe quién ha dejado en casa, sin duda por equivocacion; el que te la dirige ha oido campanas y no sabe dónde. Yo me apresuro á remitírtela, pues infiero que en ella se apela á tu filantropía, y conozco bien tu corazon, ó lo que es lo mismo, tu generoso corazon.

»El lúnes es la gran *soirée* de la embajada inglesa. Dicen que el *buffet* será espléndido, y el *menú* corre ya de boca en boca. Se espera que tu *toilette* sea original y encantadora, y desde ahora te aseguro que hará furor. He visto el *trousseau* de la desposada..... *¡Mon Dieu!* ¡Que *trousseau!* Los *amateurs* están desconsolados, porque no te vieron anoche en mi *petit comité;* la viudita quiso usurpar tu puesto..... pero tu ausencia y ella, ¡qué *pendant!*.....

»Adios, hermosa niña, te desea un triunfo estrepitoso tu apasionada admiradora, Lola.»

Apénas acaba Margarita de leer la carta de la Baronesa, saca la otra, que por un movimiento irreflexivo y enteramente maquinal, habia ocultado en su seno.

Se halla esta carta herméticamente encerrada en un sobre de papel grueso, áspero y mo-

reno, en el que campea con letras gordas, dignas de la pluma de un memorialista, el siguiente sobrescrito:

«A LA VELLA SEÑORITA DE MIRAMAR,

»¡UN DESGRACIADO!»

La *v* con que se halla escrita la palabra bella, la *D* mayúscula y las admiraciones de un *desgraciado*, obligan á Margarita á soltar la más espontánea carcajada, lo cual debe hacernos creer que ya no se aburre.

Roto cuidadosamente el sobre por uno de sus cantos, como si no quisiera perder ni una letra, se abre paso un papel fino y sedoso, perfectamente doblado, escrito por las cuatro carillas con tinta de reflejos azules, dejando ver en renglones no muy iguales los rasgos delicados de una letra menuda, encadenada y clara, letra y papel inesperados en aquel sobre tan poco distinguido.

La letra se parece á la voz, á la fisonomía, al aire, en lo que estas tres cosas tienen de personales, de distintas en cada individuo; y así como se ha dicho que el estilo es el hombre, se puede decir que la letra es la mano.

Despues de un atento exámen, la señorita de

Miramar se convence de que es la primera vez que ve aquella letra, y deduce que la mano le es desconocida.

Lee primero con la sonrisa en los labios, despues va poco á poco frunciendo el entrecejo, y acaba por ponerse séria, muy séria; llega hasta mostrarse enojada, termina la lectura pensativa y empieza á leer de nuevo.

La carta dice así:

«Tito fué un romano cruel, que oprimió y asoló la Palestina en tiempo del imperio, y al que el mundo entónces llamó: *delicia del género humano*. Usted no es Tito, ni probablemente querrá serlo, porque una mujer jóven, bella y rica y universalmente adulada no cambia nunca su celebridad por la de ningun hombre. Pero se parece V. á Tito en dos cosas, en que tambien hace V. las delicias del género humano, y en que tiene oprimido mi corazon y asolada mi alma.

»Y yo pregunto: V., que tan fácilmente hace feliz á cualquiera con una mirada, con una sonrisa, con un saludo..... ¿por qué ha de hacerme V. á mí el más desgraciado de los hombres?..... Lo sé y voy á decirlo: porque entre todos los que se disputan sus palabras, sus miradas, sus sonrisas y sus saludos, los ménos la

admiran, algunos la envidian, los más la codician y todos la adulan..... yo sólo la amo.

»Pero V., que ántes de llegar aquí habrá buscado al pié de la carta la firma del que la escribe, preguntará enojada: «Y ¿quién es V. para »pretender mi preferencia?» La pregunta no puede ser más justa ni más injusta. Es justa, porque yo sé muy bien que para pretender su preferencia no basta ser *álguien*, es preciso ser *algo*; no es bastante ser hombre, es ademas indispensable ser *cosa*. Es injusta porque..... ¿quién le ha dicho á V. que yo pretendo su preferencia? Yo la amo á V. como Dios la ha hecho, pero no puedo amarla como el mundo la hace. Veo en V. dos seres que no puedo separar, uno adorable y otro insufrible; veo en V. lo que es y al mismo tiempo veo lo que debiera ser.

»La mujer que me inspira tan vivo sentimiento no es V., pero está en V..... Y ¿qué sería á mis ojos la preferencia de la señorita de Miramar tal como el mundo la ha hecho? Una cosa bien triste para mi amor, la preferencia de su vanidad ó de su capricho. Y ¿qué sería yo á mis propios ojos? Una sombra casualmente encontrada en el camino, donde descansaria un momento su inconstancia.

»No pretendo semejante preferencia; digo más, me sería insoportable.

»Mas no es esto solo. Tengo una madre digna de serlo; con el instinto de su tierno cariño ha penetrado en el secreto de mi corazon; ve que no como, ve que no duermo, y ha comprendido lo que yo mismo no comprendo.

»Ayer me propuso un viaje á Alemania y lo he rehusado..... no por V., sino por ella.

»Hoy me ha dicho: *No conozco á esa mujer, no quiero conocerla; pero, hijo mio, tal vez sea tu desgracia.*

»Dígame V. si le es posible á un hijo no creer á su madre.

»Entónces, ¿por qué le escribo á V.?..... Le escribo porque me parece una traicion aborrecerla y no decírselo, amarla y que no lo sepa.

»Aquí me detiene una duda repentina; me encuentro sorprendido por una dificultad en la cual no habia pensado. ¿Qué hé de hacer para que esta carta llegue á sus manos?..... No me atrevo á ponerla á disposicion de sus criados sin alguna garantía que me asegure la inviolabilidad de la correspondencia, porque sentiria que otra persona la conociera á V. como yo la conozco, é ignoro si V. es accesible á todas las cartas.

»Me ocurre un medio..... algo extravagante, pero casi seguro. Le pondré un sobre humilde, un sobre grotesco, que inspire á la vez lástima y risa, y en vez de llevarla á la casa de la señorita de Miramar la llevaré por equivocacion á la casa de la Baronesa de C..... que lo recibe todo. En cuanto esta buena amiga vea el sobre la enviará á V. inmediatamente bajo la salvaguardia de su letra y de su sello. Vamos, leerá V. mi carta; más aún, la leerá V. toda.

»Ahora me asalta el temor de causarle una viva inquietud, la inquietud de la curiosidad. Al ver que me oculto va V. á sentir vehementes deseos de saber quién soy, y va V. á creer que soy descaradamente viejo ó extremadamente feo, y eso no es justo.

»¿Quiere V. conocerme?

»En los paseos, en los teatros, en los salones, en todas partes donde V. está estoy yo. Pues bien, agite V. su pañuelo una ó dos veces, como quien despide á un amigo que se va para siempre, y más léjos ó más cerca, segun la ocasion y el momento, descubrirá V. en la solapa de un frac no mal cortado las menudas hojas de una sencilla margarita.

»Para mí es indiferente que V. satisfaga ó

sacrifique su curiosidad, porque estoy seguro de que la señorita de Miramar no llegará nunca á conocerme.»

Así termina la carta, sin que al pié de ella aparezca firma ninguna.

Terminada la segunda lectura de tan extraño documento, Margarita salta de la butaca, inquieta y agitada, sin apartar los ojos de aquella letra desconocida.

Una nube de nombres acuden á su memoria y los va desechando uno á uno.

Habla consigo misma y dice:

—El Vizconde de..... ¡Imposible! El Marqués..... ni pensarlo. El Duquesito..... Bah..... es tonto. El Baron..... es imbécil. Leon..... es demasiado cobarde. César..... demasiado ridículo. Suarez..... ¡qué tontería! Castro..... ¡qué locura! Benlloch..... es zafio. Casavieja..... es muy feo. Villaverde..... es muy viejo.

Conforme hace comparaciones y desecha nombres, el misterioso personaje va adquiriendo á sus ojos una creciente superioridad, tomando el aspecto fantástico de un sér extraordinario.

Cualquiera de los simples mortales cuya lista acaba de pasar podia ser muy bien el autor

del documento, pero Margarita no queria, por lo visto, que fuese ninguno de ellos. Sin saber por qué, parecia empeñada en que el autor de la carta habia de ser un hombre enteramente á sú gusto. Vaya V. á explicarse este capricho de su deseo.

De pronto le ocurre una sospecha.

¿Andará allí la envidia de alguna mujer?.....

Pero en tal caso, cualquiera que sea ella ha tenido que valerse de un hombre, porque Margarita descubre en la intencion y en el estilo de la carta una virilidad impropia de las mujeres. Ademas, el contenido de aquel anónimo es cruel para ella, mas advierte á pesar suyo que se respira en él cierto perfume de acerba sinceridad y ruda franqueza, y se resiste á creer que el autor de aquella carta sea el instrumento de una ruin intriga. Pero, vamos, se muestra razonable y reconoce que es posible. Entónces..... lo mismo le da; la cuestion es la misma, porque para ella la cuestion es ésta:

«¿Quién es ese hombre?»

¿Debe considerarse víctima de una burla innoble, ó es, por el contrario, objeto de una pasion profunda? Ignora por qué, pero se inclina más á lo segundo que á lo primero. ¿Se

lo dice su corazon ó se lo dice su vanidad?..... Ello es que, burla ó amor, intenta sonreir y no acierta á conseguirlo. Se irrita y, es claro, cuanto más se irrita ménos logra sonreirse.

Alza la cabeza y ve su imágen retratada en la profunda superficie del espejo impasible. Se mira en él, y ¡qué singular capricho! por primera vez de su vida la señorita de Miramar se contempla y no se agrada. Tal vez consista en que nunca se ha visto tan séria, y ya sabemos que la expresion de su semblante es dura cuando no la dulcifica con la miel de su sonrisa.

Con un movimiento repentino y enérgico echa hácia atras sus hermosos rizos, que, al inclinarse para leer la carta, habian caido sobre su frente como impulsados por una inocente curiosidad, y asiendo bruscamente el cordon de seda que desciende inmóvil junto al espejo, lo sacude con violencia haciendo sonar el agudo timbre de la atribulada campanilla.

La señorita de Miramar llama á su doncella.

Por lo visto ha adoptado alguna resolucion, ó es que simplemente ha dejado de aburrirse.

Marí siente el llamamiento y corre apresurada al cuarto de su señora, y se presenta en él

inmediatamente un poco sonrojada, quizá algo ofendida, pero muy afable, casi risueña..... ¡Pobrecilla! no es rencorosa. ¡Ya se ve!..... ¡La han engañado tantos!..... Parece que la infeliz ha nacido para que todo el mundo la engañe..... ¿Y qué ha de hacer?..... Lo que hace: bajar la cabeza á los desengaños y resignarse con su suerte.

Al verla Margarita dobla la carta que áun tenía en las manos, la guarda en un cajon de su tocador, y dice:

—Quiero vestirme.

—*¿Para casa* ó para calle?.....—pregunta la doncella.

—Voy á salir,—le contesta la señorita de Miramar.

—¡Cómo!—exclama Marí.—La señorita no deseaba ver á nadie.

Al pronto parece que Margarita se desdeña de replicar á la observacion de su doncella, pero cambia de parecer, y sentándose delante del espejo dice:

—Dígame V., Marí, ¿hay algo en el mundo más inconstante que la mujer?

—Ay..... sí señora,—exclama Marí.—Más inconstantes que una mujer son todos los hombres.

Si nos resistimos á creer en la exactitud de la observacion que acabamos de oir en la boca de la siempre engañada Marí, convendrémos en que á la pobre muchacha no le faltaba razon para pensar de esa manera.

Le señorita de Miramar no participa por completo de opinion tan absoluta, y elevando á regla general el principio expuesto por su doncella, añade:

—Sí; todos somos inconstantes como las mariposas hasta que encontramos una luz que nos quema las alas. Entónces ya no podemos volar. ¿No es cierto esto?

—Muy cierto, señorita.

Marí mentia, pues su corazon se habia quemado las alas algunas veces en la luz del amor, y no obstante habia podido volar de nuevo.

—Por mi parte—siguió diciendo la señorita de Miramar—quiero hoy hacer alarde de la inconstancia de mis deseos. Hace una hora estaba resuelta á no ver á nadie y ya necesito que todo el mundo me vea. Si me condenáran á pasar el dia encerrada en mi cuarto como una monja, me moriria de pesadumbre ántes que oscureciera. ¿Qué le parece á V., Marí?

—Me parece que la señorita piensa muy jui-

ciosamente..... Yo jamas he tenido vocacion de monja.

—Lo creo,—contesta Margarita abandonando sus espléndidos cabellos á las ágiles manos de su doncella.

—Debe ser muy triste la vida del claustro.

—Muy triste,—repitió con aire distraido la señorita de Miramar.

—Y sin embargo.....

—¿Qué?—pregunta Margarita.

—Algunas veces sería preferible vivir en un convento á vivir en el mundo.

La doncella desahogaba así la amargura de su corazon.

—Es posible,—contestó indiferentemente la altiva señora.

Marí continúa diciendo:

—Si en vez de encontrarnos aquí nos encontráramos entre las cuatro paredes de una celda, ¿qué pensaríamos?

La señorita de Miramar soltó una carcajada, y á Marí debió parecerle tan concluyente que no tuvo nada que replicar.

Despues de algunos momentos de silencio exclama Margarita:

—Abra V. más ese balcon, porque me pa-

rece que el espejo está oscuro. Necesito verme bien..... ¡Oh! y apénas me distingo. Quiero luz, más luz..... mucha luz.

Marí obedece, calla y observa.

Observa tres cosas:

Primera: Que la señorita de Miramar está algo pálida.

Segunda: Que está algo séria.

Tercera: Que está algo habladora.

Sin embargo, la última observacion de Marí queda desmentida, porque Margarita no vuelve á despegar sus labios. Mas la doncella observa otra cosa todavía más singular, que consiste en que no repara en el peinado.

—¡Oh!—exclama interiormente—la señorita tiene la cabeza á pájaros; ni siquiera repara en sí misma.

Y la observacion de la doncella es exacta, porque Margarita parece que aparta los ojos de la brillante luna del espejo, donde tan bellamente se retrata su peregrina imágen.

¿Está descontenta de sí misma?

¡Quién sabe!

III.

ÉL.

Cuando Margarita se presentó en el comedor, ya estaban allí los señores de Miramar, pero áun no se habian sentado á la mesa.

El almuerzo empezó silencioso.

Al fin Miramar dejó el tenedor y tomó la palabra.

—Si me prometeis no asustaros—dijo—os contaré lo que me ha sucedido esta mañana.

—Si hemos de asustarnos—advirtió la señora de Miramar—valdrá más que te guardes tu cuento, porque no debemos exponer á Margarita á una emocion demasiado fuerte.

—Tiene V. razon, señora mia; hablemos, pues, de otra cosa.

—No, no—dijo Margarita—cuéntalo, cuéntalo; te prometo no asustarme.

—Niña—añadió la madre—este caballero no se ha distinguido nunca por sus facultades

narrativas; y temo que, si no nos asusta con su cuento, tampoco ha de divertirnos.

—No importa—contestó la niña.—Prometo tambien divertirme.

—Señora—exclamó Miramar—se encuèntra V. en deplorable minoría; nuestra hija hace más justicia á mis talentos.

En honor de la verdad, Margarita no pensaba ni asustarse ni divertirse con el relato de su padre, por curioso que fuese; lo que deseaba era poder entregarse á sus secretas imaginaciones, favorecida, digámoslo así, por la sombra del cuento, sin que se advirtiese la preocupacion que la dominaba.

El señor de Miramar comenzó diciendo:

—No creais que se trata de un suceso extraordinario, capaz de poner los pelos de punta; nada de eso. Es una cosa corriente, sencilla, insignificante; bastante rara, eso sí; pero que ocurre todos los dias. En Madrid ocurren diariamente cosas muy singulares.

—¡Oh, qué exordio!—exclamó la señora de Miramar con la boca llena.

—Paciencia, amiga mia—añadió el marido.—Es preciso disponer el ánimo de los oyentes, cautivando su atencion ántes de entrar for-

malmente en materia. Es una regla de elocuencia, un precepto retórico que no olvidan nunca los grandes oradores.

Dijo, y haciendo una pausa humedeció sus labios con un sorbo de Burdeos, y prosiguió de esta manera :

— Imaginaos un corro de curiosos, dentro del que disputan dos hombres decentemente vestidos; dos caballeros. Uno de ellos se mostraba airado, insolente, provocativo; tenía aire de maton. El otro, por el contrario, parecia más pacífico, más razonable, más prudente. Cuando yo llegué decia el primero: «Necesito una satisfaccion, y la exijo.—La tendrá usted, decia el segundo; yo no las niego nunca. — Pues aquí está mi tarjeta, replicó el *matasiete*. — Bien, bien, gritaron algunos..... — No hay necesidad de tarjeta, advirtió el otro, porque mi satisfaccion es muy sencilla; está reducida á cuatro palabras, y son éstas: Perdone usted, caballero, pues yo no he tenido intencion de ofenderle.» Tan humildes palabras fueron recibidas con un murmullo de desaprobacion, que queria decir: «Tiene miedo, tiene miedo.» La multitud, como siempre, se puso heroicamente de parte del más fuerte, y el maton, mo-

viendo la cabeza con ademan triunfante, le volvió la espalda á su contrario.

—¿Y por qué disputaban?—preguntó impremeditadamente la señora de Miramar.

—¡Hola!—exclamó el orador con aire satisfecho—parece que el cuento interesa.

Mordióse los labios la madre de Margarita, y él continuó diciendo:

—No pude averiguar el motivo de aquel altercado, nadie supo darme razon cierta del caso; creo que tropezaron al volver una esquina, y un valiente no necesita más para armar camorra. Pero aquí entra lo bueno. En el momento en que los dos contrincantes se separaban, dejando á la concurrencia con un palmo de narices, desembocó en la calle un coche arrastrado impetuosamente por un hermoso *tronco pur sang*, que en un abrir y cerrar de ojos se nos echó encima como llovido del cielo. Hubo un instante de confusion, de terrible zozobra; yo sentí una presion circular, que me empujó en todas direcciones, y resonó un grito, que á la vez se escapó de todas las bocas: un hombre habia caido delante de los caballos, que parecian prontos á aplastarle bajo sus herrados cascos. Sólo Dios podia salvarle.

Aquí hizó una pausa, deteniéndose á saborear el efecto que su narracion causaba; mas viendo el gesto de desden con que la señora de Miramar lo escuchaba y la muda ansiedad de su hija, continuó:

—No os apureis, que todavía no he concluido. Es verdad que el momento erá crítico y la catástrofe inevitable; pero hé aquí que un hombre audaz se arroja de repente sobre los caballos, interponiéndose entre ellos y el que estaba en tierra. Los animales asombrados de tan súbita aparicion, se encabritaron violentamente, y el hombre asido con entrambas manos á la cabeza de uno de ellos, elęvado por el encabritamiento de los caballos, quedó suspendido en el aire. Aquello fué ver y no ver.

—¡Qué horror!—exclamó la señora de Miramar mascando tranquilamente.

—Ahora verás, ahora verás,—prorumpió su marido con aire satisfecho.

—No quiero ver, no quiero ver—le advirtió ella—porque pintas las cosas con colores demasiado vivos, y nos vas á regalar una descripcion sangrienta, que no será, por cierto, un postre del mejor gusto.

Y dirigiéndose á su hija, añadió:

—Contentémonos, niña, con presumir que ambos serian destrozados. Es una desgracia..... pero..... ¿qué le hemos de hacer nosotras?

—Te equivocas—se apresuró á decir Miramar impaciente.—Hoy estás infeliz en tus observaciones. Querida mia, no sucedió nada de eso.

Margarita se interpuso, diciendo:

—Déjalo, mamá; porque ya imagino lo que pudo suceder. Es claro, el coche se detuvo. ¿No es esto, papá?

—Tampoco, señorita, contestó el padre.

—¿Entónces?.....—preguntaron á la vez la madre y la hija.

—Entónces—replicó Miramar con acento victorioso—el coche *retrocedió*..... El que estaba en tierra pudo levantarse y huir, y el que estaba en el aire saltó gallardamente sobre la acera, en medio del asombro, de la admiracion y de los aplausos de los espectadores. Todo pasó como el relámpago.

—Más vale así—observó la madre friamente.—Pero vamos á cuentas, señor mio; ibas á contarnos lo que te habia sucedido, y no veo que te haya sucedido nada.

—Otro error tuyo, querida mia. En pri-

mer lugar, todo eso ha podido sucederme; en segundo lugar, me ha sucedido en parte, pues tuve encima los caballos y me vi debajo del coche; y en tercer lugar, al desembarazarme de la gente que me rodeaba, quise saber la hora en que milagrosamente me habia salvado de tan inminente peligro, y me encontré sin reloj. Mas, áun no sabeis lo extraordinario, lo sublime del caso. Oidlo bien: el que habia caido de boca delante de los caballos era el maton, el provocativo, el valiente; y el que le habia salvado la vida era su contrincante, el pusilánime, el tímido, el cobarde..... ¿Qué tal?

La señora de Miramar era demasiado orgullosa para darse por vencida, y murmuró con soberana indiferencia:

—No encuentro en el suceso nada de extraordinario.

—¡Oh! sí, mamá—exclamó Margarita.—Es un rasgo hermoso..... Un rasgo heroico.

—Eso mismo decian allí todos: «¡Qué corazon!..... ¡Qué corazon!..... Y sobre todo, ¡qué puños!.....»

—Daria cualquier cosa por conocer á ese hombre. Si lo encontramos en alguna parte, tú me dirás quién es.

—No te fies, niña; tu padre no ha sido nunca fisonomista. Es capaz de confundir hasta mis propias facciones.

—Es posible,—añadió el señor de Miramar bajando la cabeza, como si la sintiera oprimida por un peso abrumador.—Ademas, en aquella confusion me fué imposible distinguirlo bien; pero, en fin, imagínate un hombre como otro cualquiera. Sólo puedo decirte que al saltar para contener los caballos se le cayó el sombrero, y.....

—¡Dios mio!..... ¡era calvo!—exclamó la señorita de Miramar sin poder contenerse.

—No; al contrario. De eso estoy seguro. Pero llevaba en el sombrero un pequeño ramillete de margaritas.

La señora soltó la carcajada, diciendo:

—Admirable dato, hija mia; con él te será imposible no conocerlo. Imagínate, ¡un ramillete de margaritas! las señas son mortales.

Lo que hacia reir á la madre habia hecho palidecer á la hija.

—Os daré otro dato más preciso—añadió Miramar levantándose de la mesa;—llevaba un gaban de color de avellana.

—No es ménos interesante este nuevo dato

—dijo la señora.—Querido mio, eres un buen marido, lo confieso; pero no has nacido para agente de policía.

Habia terminado el almuerzo, y los tres salieron del comedor. Al bajar la escalera para tomar el coche que esperaba á la puerta, Margarita iba contando los escalones; indicio probable de que pensaba en algo que le hacia bajar la cabeza.

Hé aquí poco más ó ménos su pensamiento:

«¡Aquella carta anónima!..... ¡Aquel hombre generoso!..... ¡Aquel ramillete de margaritas!.....»

O de otro modo:

«¿Serán dos?..... ¿Será uno?..... ¿Será el mismo?..... ¿Será él?»

En medio de sus confusiones averiguó una cosa, á saber: que ya no le eran indiferentes los gabanes de color de avellana.

Cruzó el coche muchas calles, se detuvo delante de muchas puertas suntuosas, en las que iba dejando el lacayo las elegantes tarjetas de los señores de Miramar; y nada notable hubiera ocurrido, si de repente no brillára á los ojos de Margarita un relámpago de color de avellana. Era un gaban visto de espaldas, en

el momento en que doblaba la esquina de la primera calle que se encontraba á mano derecha, siguiendo la direccion del coche. Marchaba éste avanzando hácia el lugar en donde habia brillado el rayo de luz que acababa de iluminar los ojos inquietos é impacientes de la bella señorita de Miramar. Segun la órden dada al lacayo, la berlina seguiria la calle adelante, dejando á la derecha la esquina, detras de la que habia desaparecido el gaban de color de avellana.

Margarita tiró repentinamente del cordon sujeto al brazo del cochero gritando: *¡Á la derecha!* en el instante en que, rebasada la bocacalle, no era ya tiempo de dar cómodamente la vuelta; así es que el coche se detuvo un momento y comenzó á retroceder para que los caballos pudieran entrar en la calle designada.

Á los señores de Miramar, acostumbrados á los súbitos caprichos de su hija, les pareció aquello la cosa más natural del mundo y nada dijeron. Ademas, lo mismo les daba ir por una calle que por otra.

Miéntras el coche tomaba la vuelta, Margarita veia el gaban color de avellana huir delante de ella con paso majestuoso y aire gallardo. Visto de aquella manera nada se oponia for-

malmente á que pudiera ser el autor de la carta.

Dentro del gaban iba un hombre, aquel hombre debia tener una cara, y aquella cara era lo que deseaba ver á toda costa. Tenía por cosa segura que habia de sorprender en sus ojos el secreto del anónimo. Contaba ella con su viva y natural penetracion y con el efecto imprevisto que habia de causarle su presencia.

El coche entró al fin en la calle, y llegó el instante crítico. Margarita hubiera querido detener los caballos un segundo siquiera. Tenía certidumbre de que el hombre del gaban volveria la cabeza y miraria al coche, porque eso lo hace todo el mundo, y ella queria verlo bien. Ignoraba sin duda que las mujeres suelen ver mejor cuanto más rápidamente miran.

Sucedió lo que estaba previsto: al sentir á su espalda el trote de los caballos, el hombre del gaban volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los ojos de Margarita. Ella no pudo resistir la mirada que el hombre le dirigia, y ahogando un grito lo más hondo de su pecho, se refugió precipitadamente en el fondo del coche.

Los señores de Miramar no advirtieron nada.

Cuando regresó á su casa se encerró en su

cuarto, poseida de un terrible mal humor..... ¡Cuántas variaciones en tan pocas horas!..... Se despertó aburrida, salió de su casa meditabunda y vuelve á ella desesperada.

Marí no sabe á qué atribuir estos cambios y resuelve la dificultad *ex-catedra* con la seguridad de un doctor consumado en la ciencia de conocer las dolencias humanas, asegurándose á sí misma que la señorita está sumamente nerviosa.

Marí hubiera jurado que al entrar en su tocador, arrojando el abanico sobre una mesa y el sombrero sobre una butaca, decia entre dientes:

«No es él, no puede ser él.»

Mas semejantes palabras en boca de la señorita de Miramar podian ser tambien un capricho de sus nervios irritados. No obstante, la doncella salió del cuarto de Margarita diciéndose en voz muy baja:

—¡Él!..... ¡quién será él!

¿Qué habia visto nuestra hermosa heroína? No hay para qué ocultarlo; habia visto una cosa terrible, inesperada, insoportable; habia visto que el hombre del gaban de color de avellana era horriblemente bizco.

¡Qué cruel desengaño!..... ¡Qué se diria si llegára á traslucirse que la orgullosa señorita de Miramar habia corrido inquieta, impaciente..... casi enamorada detras de un hombre bizco!..... Semejante idea mortificaba su vanidad hasta el punto de desesperarla.

Por la tarde salió á caballo: queria correr, volar, aturdirse, queria huir de su pensamiento, queria huir de sí misma.

Hacía una tarde apacible, una de esas tardes con que el invierno suele despedirse de Madrid; tardes que se parecen á las mujeres del Mediodía en que tienen la mirada ardiente y la sonrisa fresca.

Una mujer jóven y bella, y sobre todo lujosamente vestida, atrae sobre sí la atencion general, haciéndose objeto de todas las miradas; á una mujer á caballo la miran hasta los ciegos.

Margarita vió en el curso de su paseo una serie interminable de caras que la miraban, y entónces comprendió que no hay nada más impertinente ni más fastidioso que una cara que nos mira, cuando no es la cara que buscamos.

Porque ya sabemos que ella llevaba en su imaginacion, quizas acalorada, los contornos

fantásticos de una cabeza cuyos nobles rasgos debian ser, por lo visto, los de aquel modelo que su pincel no acertaba nunca á reproducir en el lienzo. En una palabra, llevaba un hombre en su corazon, un hombre extraordinario, puesto que le era desconocido.

Alguna vez creia distinguir entre la gente que encontraba al paso rayos de color de avellana, que iban á herir sus ojos, mas hacia botar á su caballo para no verlos, para no encontrarse con aquella mirada bizca que tan cruelmente habia torcido su pensamiento.

Pronto se vió seguida de una escolta de jinetes que se disputaban el honor de sus favores, y esta vez no hubo entre ellos motivo alguno de queja, porque todos quedaron iguales, no prefirió á ninguno. Las mujeres, cuando no dan con el hombre que buscan, suelen vengarse de su desgracia en los hombres que encuentran. No prefirió á ninguno..... he dicho mal, los desdeñó á todos.

Repentinamente la señorita de Miramar detuvo su caballo, que alzó las manos para contener el ímpetu de su carrera, quedando despues inmóvil. La escolta hizo alto y la rodeó sorprendida.

—¡Qué ocurre!—preguntaron.

—Ocurre que soy la mujer más fatal del mundo. Acabo de perder una joya que tenía en grande estima: una pulsera.

—¡Una pulsera!—repitió el correo de sus adoradores.

—Sí, una pulsera reducida á un simple cordon de oro que se cierra por medio de una margarita.

Esto queria decir: «Buscadla», y todos se alejaron deseosos de obtener la sonrisa ó la mirada que habia de ser el codiciado premio de tan feliz hallazgo.

Corrieron de una parte á otra, registraron, preguntaron, ofrecieron..... y todo fué inútil. ¡Infelices! ninguno pudo encontrarla.

La señorita de Miramar no disimuló su disgusto y quiso retirarse, para lo cual saludó graciosamente, inclinando la cabeza sin mirar á ninguno, y partió á galope. Sólo su padre se etrevió á seguirla.

Se apeó de un salto al pié de la escalera, sin esperar que le tuvieran el estribo; subió precipitadamente, y seguida de Marí entró de nuevo en su cuarto. Al acercarse al espejo se paró sorprendida, asombrada, atonita.

Tenía delante, sobre la mesa del tocador, la *joya* que acababa de perder.

Entre la señorita y la doncella se entabló el diálogo siguiente:

—Marí, ¿qué es esto?

—No sé, señorita.

—¿No me puso V. misma esta pulsera?

—Yo misma.

—Entónces, ¿cómo la encuentro aquí?

—Está ahí..... porque la han traido.

—¿Cuándo?

—Acaban de traerla.

—¿Quién?

—No se sabe.

—¿Cómo que no se sabe?

—Un hombre desconocido llegó, la entregó á Francisco y se fué.

—¡Un hombre desconocido!.....

—Pues.

—Pero ese hombre ¿no ha dicho nada?

—Absolutamente nada.

—¡Es muy raro esto!

—Se conoce que la señorita la ha perdido y algun amigo de la casa la ha encontrado.

—Bien, pero ese amigo, ¿por qué se oculta?

Marí no encontró á la mano respuesta satis-

factoria á la perentoriedad de la pregunta, y se encogió de hombros.

Y en verdad, la respuesta que Margarita buscaba, solamente ella misma podia dársela. Así es que despues de meditar un momento formuló el siguiente raciocinio:

«¿Quién ha podido encontrarse esta joya?»

«Cualquiera.»

«¿Quién ha podido encontrársela y devolvérmela?»

«Un amigo.»

«¿Quién ha podido encontrársela, devolvérmela y ocultarse?»

«Él..... solamente él.»

La lógica de las mujeres es terrible. Cuando quieren una cosa se hacen á sí mismas argumentos incontestables. Dejémosla aquí entregada á la tenacidad de su pensamiento, seguros de que pronto vendrá á buscarnos.

La carta de *un desgraciado* ha caido sobre su corazon como una bomba. Han huido de él espantadas sus más risueñas ilusiones..... Cree que tiene sobre sus acciones y hasta sobre su pensamiento la mirada atenta de un juez inexorable.

Los que no han oido á Tamberlick, no saben lo que es el *do de pecho*, pues parece que

esta nota singularísima es privilegio exclusivo de la voz poderosa del gran tenor. Quiero decir que el *do de pecho* es una cosa rara, muy rara; tan rara como un Othon entre los numismáticos, como *Tirante el Blanco* entre los bibliómanos. Es un prodigio del diapason humano. Nota repentina, inesperada, que vibra un instante y desaparece, dejando en el oido una impresion desagradable y en el ánimo un entusiasmo ardiente. Es poner el grito en el cielo, porque ahí han subido muy pocos, y más allá no subirá nadie.

En la gimnasia del canto es el salto mortal de la voz; grito salvaje que al estallar en la garganta parece que quiere romper el pecho de donde sale.

El *do* de Tamberlick es una nota deslumbradora que no se puede oir cara á cara, como no se puede mirar al sol frente á frente. Es un exceso de la voz que produce en los oidos el mismo efecto que causa en los ojos el exceso repentino de una luz inesperada.

Era la última noche que se cantaba el *Otello*, y ya se sabe que lo último inspira tanto interes como lo primero; lo primero porque empieza, lo último porque acaba.

El teatro comenzó á llenarse contra las leyes de la gravedad, empezó á llenarse por arriba. Primero se llenó el *Paraíso*, despues se llenaron los palcos por asientos, luégo se fueron llenando los palcos principales, y por último, se llenaron los palcos bajos, las plateas y las butacas. Parecia una cascada de gente que se derramaba en semicírculo, formando en el fondo un remanso de cabezas humanas.

Cuando Margarita apareció en su palco acababa de alzarse el telon, lo cual no fué obstáculo para que todos los gemelos y todos los ojos se volvieran hácia el palco de los señores de Miramar.

Iba vestida con suma sencillez, deseando quizás ocultarse más bien que distinguirse; ver más bien que ser vista; pero en el lujo hasta la modestia es lujo, y su presencia ofrecia á la expectacion pública la agradable novedad de un encantador abandono. Era una especie de incógnito que la descubria en vez de ocultarla, y brillaba precisamente porque no aspiraba á brillar. Por lo visto, aquella noche no queria ser ella, no queria ser la misma de siempre; pretendia ser otra. Pretension algo difícil, pues la celebridad impone tambien sus

condiciones, y el mundo está empeñado en que Margarita ha de ser siempre la misma.

Despues de una rápida ojeada, que le bastó para distinguir al primer golpe de vista los semblantes conocidos de los desconocidos, sin obligarla á saludar á nadie, cogió los gemelos, cubrió con ellos sus ojos, y los dirigió á la escena, aunque su mirada furtiva saltaba de cabeza en cabeza y de semblante en semblante por debajo de los gemelos que le servian de pantalla.

Es muy difícil encontrar la cara de la persona que no se conoce; pero, vaya V. á convencer de esto á una niña mimada, que se empeña en creer que lleva en el pensamiento el retrato del original que busca.

En el segundo acto Margarita cambió de posicion, para extender y completar sus cautas investigaciones. Algunos movimientos bruscos, mal reprimidos, revelaban de vez en cuando los desengaños que experimentaban sus ojos inquietos. Creia ver algo, miraba mejor y no veia nada.

Se hallaba á punto de concluir el segundo acto, y la señorita de Miramar á punto de desesperarse. Era aquél, en la historia de su vida,

un dia lleno de contrariedades; por primera vez su voluntad tropezaba con obstáculos que parecian invencibles, y esto mismo aumentaba en ella el impaciente deseo de descifrar el enigma cuyo misterio esparcia en su alma insondables oscuridades.

Veíase en medio de las butacas una que se hallaba desocupada toda la noche, cosa notable en una funcion en que el público se habia disputado las localidades con verdadero encarnizamiento. Margarita reparó en ella, pero ¿qué podia encontrar en una butaca vacía, cuando no encontraba nada en tantas butacas llenas?.....

Cayó el telon como debe caer en todo espectáculo dramático, cortando los sucesos en el punto culminante del interes, para dejar los ánimos suspensos.

Tamberlick arrebató en la escena de los celos, y el *do de pecho*, semejante á un puñal, se habia clavado dos veces agudo y brillante en los oidos del público, como si anunciára la tremenda catástrofe del acto siguiente.

Durante el entreacto volvió Margarita á coger sus gemelos y á levantarlos en todas direcciones con creciente impaciencia. Casual-

mente descubrió en un palco principal á la Baronesa de C..... que solícita la saludaba con su abanico. Quiso responder á tan afectuoso saludo..... mas..... por inadvertencia ó por precipitacion, en vez del abanico cogió el pañuelo, y..... ¿qué hacer?..... Era preciso saludar sin pérdida de tiempo, y lo hizo agitando tres veces su pañuelo, *como quien despide á un amigo que se va para siempre.....*

Despues abandonó los gemelos, se recostó en su asiento y respiró con ánsia; parecia que se le quitaba un gran peso de encima.

¡Qué dichosas son las mujeres cuando hacen lo que quieren sin querer hacerlo!

Pasó el entreacto, porque todo pasa en el mundo, y empezó el último acto, el acto de la catástrofe.

El palco de las señoras de Miramar era un palco contiguo al proscenio, y Margarita se hallaba de modo que tenía la escena á la derecha y el público delante. Excelente posicion para ver sin mirar.

Pronto advirtió que la butaca vacía estaba llena. Esta circunstancia llamó su atencion, y fijándose en la persona que la ocupaba, descubrió inmediatamente el fondo negro de un frac,

no mal cortado, y en aquella parte de la solapa que cae sobre el corazon vió clara y distintamente las sencillas hojas de una margarita.

No pudo contener una exclamacion, que medio ahogó en su garganta. Miró más atentamente y distinguió una cabeza varonil, un semblante noble, una expresion enérgica y dulce, una mirada franca y una sonrisa fina.

¡Era él, era él!

¿Correspondia exactamente el original con el retrato que llevaba ella en su imaginacion? Preciso es confesar que no. Hubo necesidad de hacer algunas rectificaciones de meros detalles que no alteraban la semejanza del conjunto. ¿Qué pintor no corrige sus bocetos?.....

De todos modos, conviene advertir que esta última edicion de su pensamiento salió corregida y aumentada.

Pero..... ¿y su nombre?..... Lo ignoraba..... Al verlo por primera vez, advirtió que era para ella una persona desconocida, mas llevaba la nobleza en el semblante, y no necesitaba saber más. ¿Qué habia de importarle su nombre?..... Ya tiene uno..... Se llama ÉL, nombre misterioso que ella sola conoce, que ella sola entiende.

Sin embargo, Margarita volvió á su casa afligida y despechada.

Aquel hombre tan franco, tan noble, tan generoso, y, preciso es decirlo, tan enamorado, no habia vuelto ni una sola vez la cabeza. La señorita de Miramar tenía certidumbre de ello. Ni una sola vez habia fijado los ojos en el palco de Margarita; ni se dejó ver en los pasillos, ni siquiera se hizo presente bajo los macizos arcos del pórtico, donde las señoras toman sus coches.

Para cualquier mujer semejante indiferencia habria sido un agudo alfilerazo en su vanidad; para Margarita debió ser una puñalada dirigida á su orgullo.

Su corazon queria amarle, su despecho queria aborrecerle, su amor propio ofendido queria humillarle.

Aquella noche soñó una venganza terrible..... Venganza de mujer ofendida.

Soñaba con la idea de provocarlo á un duelo á muerte, en que lo habia de herir con la doble espada de su desden y de su belleza.

Soñó que entraba á sangre y fuego en aquel corazon imperioso. Se soñó á sí misma resplandeciente de hermosura, radiante de faus-

to, vencedora é invencible. Lo veia á sus piés vencido, subyugado por el imperio de su gloria.

¡Oh, qué triunfo!

Este sueño de su soberbia, ¿iria á convertirse en realidad?.....

Ahora lo verémos.

VI.

UN BAILE.

Si el Embajador de la Gran Bretaña se habia propuesto dar á la buena sociedad de Madrid una fiesta espléndida, justo es decir que la buena sociedad, por su parte, se habia propuesto hacerla más fastuosa con su presencia y con su lujo.

Y el caso es que los políticos más sagaces miraban de reojo este suceso, que les parecia inmotivado, que no tenía causa aparente ni pretexto admisible; y como los ingleses todo lo hacen con su cuenta y razon, se empeñaban en que habia de ocultarse en ello algun manejo diplomático de la astuta Inglaterra. Creian, por lo ménos, que se proponia disputar á Francia la influencia decisiva en nuestros negocios, atrayendo á los salones de la embajada, por medio de suntuosas fiestas, á la flor y la nata de la sociedad madrileña; y de aquí los temores de

unos, las esperanzas de otros y la agitacion de todos.

Bien podia ser una mera excentricidad del honorable *Sir*, ó una intriga casera de la espiritual Embajadora; pero admítase tan racional hipótesis, y ¡adios perspicacia de los hombres de Estado!..... No debe perderse de vista que el *Times*, que imprime y publica cuanto se le paga, habia anunciado la fiesta pomposamente; y no se extrañará que los estadistas de corrillo y los políticos de café temieran ó esperáran un cambio de ministerio ó un nuevo rumbo en la marcha del Gobierno; de modo que estaban fijos en el baile de la embajada inglesa hasta los ojos de las gentes que pasan su vida en las plazuelas.

A mayor abundamiento, corria el rumor de que el secretario de la embajada española en Lóndres, que acababa de llegar á Madrid, traia para el Gobierno pliegos importantes, cuyo secreto hubiera sido imprudente confiar al correo ó al telégrafo, y acerca del que hervian las suposiciones, aunque los mejor enterados se hacian lenguas del caso y hablaban misteriosamente, dejando traslucir que se trataba de una vasta conspiracion urdida en España con-

tra el Gobierno, y descubierta en Lóndres por la policía inglesa.

Asegurábase, entre tanto, que teniendo el Gobierno en su mano los hilos de la trama, parecia indeciso en la resolucion que debia adoptarse. Discutíase en repetidos consejos de ministros si se habia de salir al paso del trastorno para reprimirlo, ó si, por el contrario, el Gobierno habia de colocarse á la cabeza del motin para evitar desórdenes. Esto es, vacilaba entre mantener el órden público ó *liberalizarse.* No sabía qué hacer, si castigar á los conspiradores ó adularlos.

En medio de todo, el jóven secretario, marqués por más señas, y rubio por añadidura, era un personaje muy á propósito para dar pábulo á toda clase de rumores. Padecia una verdadera monomanía, ó más bien, una verdadera anglomanía. El mundo para él era Inglaterra, fuera de Inglaterra no habia nada en el mundo.

Afectaba todas las maneras de un lord, hablaba en castellano con acento marcadamente inglés; la seriedad de su rostro ovalado y pálido aparecia encerrada entre dos patillas perfectamente británicas, del mismo modo que se encierra una *O* entre dos admiraciones. De se-

guro habria resuelto suicidarse de puro *spleen*, en el momento en que la fortuna le pusiese en la mano veinte mil libras esterlinas de renta; pero entre tanto tenía la excentricidad de ir viviendo con el mezquino sueldo de su importante empleo.

Este personaje internacional se veia asediado por los curiosos, pretendido por las más altas influencias y adulado por todos, lo mismo hombres que mujeres, pues poseia, al parecer, un secreto de Estado, y ya se sabe el interes que inspira la persona dentro de la que hay algo que queremos averiguar. ¡Ya se ve!..... él, por su parte, se daba todo el aire de un profundo diplomático..... encerrándose en una reserva sospechosa, eludiendo las preguntas con dudosas exclamaciones pronunciadas en inglés..... y dejando caer frases huecas, que se recogian con avidez, llenándolas cada uno con lo que mejor le parecia.

Era, por lo tanto, el hombre de moda en los salones de la embajada inglesa. Y no es inverosímil que tan brillante y despierta concurrencia se equivocára acerca de la importancia del jóven secretario, porque él mismo, allá en sus adentros, se creyó muchas veces un Pitt, y

el mismo Embajador inglés llegó á sospechar si, en efecto, el jóven diplomático sería un grande hombre y estaria encargado de alguna mision secreta, de que el Embajador y ministro plenipotenciario del gabinete de San James no tenía noticia ninguna.

El Marqués se hallaba en el apogeo de su gloria y recibia los homenajes de que era objeto con la petulancia propia del hombre que no está acostumbrado á ellos.

Mas por la inconstancia inseparable de toda popularidad, se vió repentinamente abandonado de la opinion pública; los semblantes que lo circuian, suspensos de sus monosílabos, le volvieron la espalda para mirar á otra parte movidos por un murmullo general que venía propagándose de salon en salon; llegó á encontrarse enteramente solo, y hubo un momento en que nadie le hizo caso.

¿Quién eclipsaba de aquel modo la gloria de su celebridad verdaderamente inglesa?..... ¡Parece mentira! La eclipsaba la gloria de una celebridad verdaderamente española. ¡Quién se atrevia á competir con el grande hombre!..... Esto es más creible: una hermosa mujer.

Margarita acababa de entrar en los salones

como ella misma se habia soñado: *resplandeciente de hermosura, radiante de fausto, vencedora é invencible.* Habia en su mirada rayos de una claridad deslumbradora, y ofrecia su sonrisa tal dulzura que era imposible sentirla y no saborearla. Su faz graciosa aparecia iluminada por dos tonos de luz distintos, como suele verse el cielo de los países meridionales en dias de tormenta, pues llevaba en sus ojos los relámpagos de la tempestad y en sus labios el arco íris. Semejante al enviado de Roma ante los senadores de Cartago, proponia del mismo modo la paz ó la guerra.

Nuestro inglés al verla no pudo evitar una exclamacion involuntaria, y se quedó contemplándola con la boca abierta y los ojos pasmados. Mas no tardó en advertir que habia incurrido en una falta grave, admirando á una mujer, sin duda alguna admirable, pero que al fin y al cabo no era *lady* ni *miss* siquiera. Por otra parte, le ocurrió la siguiente duda: ¿Le sería permitido admirarla sin haber sido previamente presentado?

Entre tanto Margarita cruzaba los salones dejando en pos de sí la alfombra de flores que la más fina galantería echaba á sus piés. Real-

mente se hallaba en el esplendor de su brillo, y la movible multitud se agolpaba ansiosa á su alrededor por verla, por saludarla, por sonreirla. Un observador curioso habria advertido en ella dos pormenores insignificantes, á saber: cierta inquietud interior que no la dejaba quieta en ninguna parte, y una ligera sombra de mordacidad en sus palabras.

Al pasar de un salon á otro asida al brazo de la Baronesa de C..... que orgullosamente la acompañaba en su triunfo, se encontró manos á boca con un jóven que iba á entrar al mismo tiempo que ella salia: él retrocedió un paso, se inclinó con exquisita cortesía y la dejó pasar. Era un hombre al parecer de treinta años, de semblante noble y varonil, de expresion enérgica y dulce, de mirada franca y sonrisa fina. Margarita lo habia visto ya muchas veces entre la concurrencia que llenaba los salones, pero nunca lo habia tenido tan cerca. Era el único que entre tantos admiradores se mostraba indiferente á los encantos de su resplandeciente belleza; era el único que no habia ido á rendir la mirada atónita ante el imperio de su triunfante hermosura, y, hay que decirlo, semejante excepcion la mortificaba

mucho, puedo decir que le llegaba al alma.

Margarita pasó por delante de él con la frente erguida, y el rayo de sus ojos fué á quebrarse en la mirada tranquila é indiferente del jóven.

Los celos son armas terribles que las mujeres despechadas saben esgrimir con funesta destreza, y no hay una que, humillada en su amor ó en su vanidad, no intente herir con ese puñal envenenado.

Hasta entónces la señorita de Miramar no habia hecho preferencia alguna: sus favores, equitativamente repartidos entre todos, á todos los dejaba iguales, y todos quedaban contentos, porque, en rigor, no podia decir ninguno: «Yo soy el preferido.» Mas comprendió sin duda que necesitaba elegir un rival, uno solo, con que poder herir el rostro indiferente de aquel hombre inaccesible.

¡Uno!..... pero ¿cuál?..... Raro capricho de la aritmética de su corazon: entre tantos no encontraba uno: hasta allí su vanidad victoriosa no habia hecho más que sumar cortesanos; pero desde aquel momento su orgullo ofendido empezaba á restarlos, sin encontrar un hombre que oponer á otro hombre. No debió salirle la

cuenta, pues se quedó pensativa, con ese aire particular del poeta que busca en su memoria un consonante que no está en el Diccionario.

El Embajador inglés la sacó del abismo de sus pensamientos acercándose á ella y pronunciando en medio de una larga reverencia las siguientes palabras:

—Señorita, con vuestro permiso os presento á mi honorable colega, Marqués de....., digno representante en Inglaterra de la diplomacia española.

—¡Ah, señor!—le contestó Margarita, haciendo otra reverencia, no tan larga, pero mucho más graciosa.—Me proporcionais la ocasion de conocer á una persona cuya importancia diplomática llena en estos momentos vuestros salones, y os agradezco el honor que me dispensais.

Y dirigiéndose al Marqués, que se inclinaba como abrumado bajo el peso de tan lisonjera acogida, le dijo:

—No crea V., caballero, que vamos á ser muy amigos, pues un espíritu opuesto de nacionalidad nos separa. Sé que es V. furiosamente inglés, y hé aquí que yo soy desaforadamente española.

—¡Oh!—exclamó el jóven diplomático,—sería una temeridad desastrosa romper las hostilidades con tan bella potencia. Seguramente me abandonarian en la lucha todos los gabinetes de Europa, y acabaria por desaparecer del mapa. Ántes, por el contrario, limito mis pretensiones á una adhesion sincera, y si V. desea conquistarme, desde ahora depongo las armas y me declaro sometido..... Éste es mi *ultimatum*.

Margarita replicó:

—No permita Dios que yo viole de ese modo el derecho de gentes: las cancillerías del mundo civilizado lanzarian contra mí terribles notas, y sería á los ojos de la diplomacia europea una usurpacion escandalosa arrebatarle á la noble Inglaterra la admiracion de un hombre tan distinguido. Yo espero que no me ponga V. en la terrible contingencia de un *casus belli*.

No he podido averiguar si el secretario tomó estas palabras al pié de la letra ó les dió un sentido irónico que acaso no tuvieran; ello es que replicó diciendo:

—No obstante, todavía puede haber un recurso político, un término medio que igualmente nos aleje de la sumision y de la guerra.

—Veamos.

—Quiero decir—añadió el Marqués—que debemos tratar de potencia á potencia.

—Sea—contestó la señorita de Miramar.

—En ese caso—dijo el diplomático—propongo una alianza.

—Eso es otra cosa—contestó Margarita.—Una alianza es un buen recurso. Confieso que pensaba en lo mismo. Mi diplomacia es leal, y declaro que la alianza me conviene. Aliémonos.

La Baronosa intervino preguntando:

—¿Tratado secreto?

—No—replicó su amiga—es una simple alianza. Ya ves, en la casa del Embajador de la Gran Bretaña es preciso que triunfe la diplomacia. Sin embargo—añadió riendo á carcajadas—todavía no hemos establecido los preliminares. Va á ser un protocolo muy curioso.

Al hablar de esta manera apoyó suavemente su brazo sobre el brazo del Marqués, y abriéndose paso entre los circunstantes que la rodeaban, le dijo:

—Caballero..... queda abierta la conferencia.

La Baronesa hizo un gesto de admiracion entusiasta, y volviéndose hácia los amigos que

formaban la escolta de honor de Margarita, exclamó :

—Señores..... ¡qué *sprit!* ¡qué *sprit!*

Media hora despues la señorita de Miramar, apoyada en el brazo de su aliado, entraba en el *buffet*.

No le faltaba á la súbita celebridad del diplòmático más que la preferencia de Margarita para llegar al apogeo de su gloria, á ese punto crítico de la fama en que la admiracion acaba, y empieza la envidia. Semejante preferencia no dejaba de ser cruel, porque si hasta entónces el dichoso secretario habia sido un sér envidiable, desde aquel momento iba á empezar á ser envidiado.

Solo un hombre habia allí que permanecia indiferente á tan codiciado triunfo.

Este hombre, sobre quien la señorita de Miramar queria ejercer á todo trance el influjo de sus triunfantes seducciones, y contra el que habia elegido al afortunado Marqués como un arma de combate, los habia visto pasar una vez y otra por delante de sus ojos como quien ve la cosa más natural del mundo; apénas la risueña y animada pareja habia obtenido una de esas miradas frias, indiferentes, pa-

sajeras que nos dignamos dirigir á los objetos que no nos inspiran ni interes ni curiosidad. Sin embargo, allá en el fondo de su alma, solo Dios sabe lo que pasaria, porque solo Dios sabe leer en el fondo oculto del pensamiento humano.

Una de estas veces los siguió con tristes ojos, y si nos es permitido traducir la séria expresion de su rostro, dirémos que los miraba con lástima, con desden compasivo. Mas sintió inesperadamente sobre el hombro el peso de una mano amiga, y volviendo la cabeza exclamó con afable sonrisa:

—¡Hola..... Montero!.....

Montero tenía cuarenta años, largos bigotes, aspecto marcial y aire decidido. Jugador furioso y duelista impertérrito, su duro y su espada estaban siempre dispuestos para un albur y para un lance. No contaba ciertamente con la fortuna del más ínfimo banquero, pero contaba con la fortuna de un buen tirador..... pedia y daba dinero con la misma franqueza, con el mismo desenfado y con la misma naturalidad con que daba y pedia satisfacciones. Como acreedor, no reclamaba nunca sus deudas; como deudor, jamas las pagaba: dejaba generosamente lo que le debian por lo que él debiera,

y vivia como los grandes hombres, de su fama, ó más bien, como las grandes naciones, de su crédito.

Enemigo constante de todo gobierno, era, por lo tanto, un conspirador permanente; habia tomado su inquietud por opinion, y no encontraba la felicidad de su patria, porque no encontraba la suya. Tenía parte en todas las rebeliones; la tenía y la tomaba, unas veces por unos, otras por otros. Su vida pública era una serie de sublevaciones, y su vida privada una conspiracion contínua. Sin embargo de tantos sacrificios, hechos, por supuesto, en aras de la patria, no habia podido pasar de coronel, porque la fortuna suele algunas veces olvidarse del mérito más reconocido y de las más brillantes cualidades. Sin duda alguna era una cruel injusticia de la suerte. Este militar tantas veces exonerado era capaz de matar á medio mundo en nombre del honor.

—Sí—dijo—hace algunos dias que nos conocemos y ya nos tuteamos como si fuéramos hermanos..... Ya se ve, te debo la vida, lo cual no es deberte una gran cosa; pero, sea como quiera, es el caso que si no eres tan listo, aquellos malditos caballos me hacen harina. Hubiera

sido una muerte ignominiosa, y eches por donde quieras, tú me salvaste de ella..... ¿Te ries? Pues mira, no he tenido jamas la mala costumbre de pagar mis deudas; pero ésta es una deuda sagrada que he jurado pagarte. Te debo la vida y desde ese dia soy tu amigo de corazon. Te he visto aquí hecho una estatua con la boca abierta como un niño á quien se le escapa el pájaro que tiene entre las manos, y he venido á repetirte que soy tu amigo.

El jóven á quien el coronel Montero hablaba de este modo, manifestó, encogiéndose de hombros, que no lo entendia.

—Vamos—continuó—puesto que no quieres entenderme, me explicaré más claramente. Ese inglesito que tan triunfalmente lleva del brazo á la señorita de Miramar te revienta.

Su interlocutor fué á interrumpirle; pero le puso la mano en la boca y añadió:

—Á tí te revienta y á mí tambien, y es natural que á los dos nos reviente. Es un danzante que ha hecho su carrera sirviendo á todos los gobiernos..... Conozco muy bien su historia. Primero fué agente de la policía secreta; despues fué amante de..... ya sabes de quién hablo..... de la Duquesa, que lo jubiló metién-

dolo en la carrera diplomática, y ahí lo tienes de primer secretario en Lóndres.

—Tu lengua—advirtió el jóven—es tan temible como tu espada. ¿Qué daño te ha hecho ese hombre para que lo mires con tan malos ojos?.....

—Sé positivamente—contestó Montero—que trae de Inglaterra la lista de todos los que conspiramos en España..... Ya ves, es un delator infame.....

—Lo he oido decir, pero semejante especie me parece absurda..... Yo te pregunto formalmente, ¿es posible eso?

—¡Y tan posible! Como que el núcleo de la conspiracion está en Lóndres..... y si nos han vendido.....

—Verdaderamente—le replicó su amigo—vuestro destino es bien triste..... Si conspirais es porque os compran; si os descubren es porque os venden. Yo quisiera saber si es más honroso ser conspirador que negro de Guinea.

—Tú no eres hombre político—dijo el coronel— y no entiendes de estas cosas.

Durante el curso de esta conversacion se habian ido acercando los dos amigos á la puerta de un gabinete, pequeño museo en donde el

Embajador por lujo y por gusto habia reunido en cuadros y en estatuas, en copias y en originales, preciosas obras de arte.

Montero fué detenido en la puerta por un corro de personas conocidas, en el que al parecer se hablaba y en realidad se mordia. Su amigo entró en el gabinete y se sentó en el extremo de un divan, entregándose á la contemplacion de los bellos objetos que se ofrecian á su vista. Muy pocas personas se veian en este aposento, porque el foco de la concurreucia se hallaba en el salon de baile, circunstancia que hacia allí más cómoda la estancia del jóven, que si no era artista, mostraba por lo ménos aficion al arte.

La historia del hombre se presentaba á sus ojos bajo la forma de dos mujeres. Admiraba en un ángulo del gabinete la estatua mutilada de la Vénus de Médicis, al mismo tiempo que llenaba su alma la celestial belleza de la *Perla* de Rafael.. Vénus, ni madre ni vírgen; María, Vírgen y Madre; Vénus, delicia de los dioses y de los hombres; María, gloria del cielo y de la tierra. Veia la mujer que nos pierde y la mujer que nos salva. Admiraba en la estatua la belleza humana y adoraba en el cuadro la belleza

divina. La estatua le mostraba la pureza de los contornos, el cuadro le infundia la pureza del alma. Descubria en la obra de arte pagano lo que hay de mortal en el genio del hombre; distinguia la obra de la inspiracion cristiana lo que hay de eterno en el espíritu humano, y sacaba estas dos conclusiones: ¿Qué es la Vénus de Médicis?..... Una bella mujer. ¿Qué es la *Perla* de Rafael? Una santa familia.

Entre la estatua y el cuadro habia una puerta que comunicaba con una galería de cristales, verdadero invernáculo, donde al calor de las estufas se desperezaban soñolientas las plantas más raras y las más bellas flores. En aquella puerta aparecieron de pronto la radiante señorita de Miramar y el Marqués dichoso. El amigo de Montero, sorprendido por la aparicion de la brillante pareja, los miró un momento y volvió tranquilamente á sus meditaciones.

—¡Bravo!—exclamó ella entrando.—Este gabinete es un precioso templo consagrado al arte. Convengamos en que los ingleses no tienen genio, pero reconozcamos que tienen buen gusto.

El Marqués se atrevió á replicar y dijo:

—Señora, ¡y Shakespeare..... y Mílton.....

y Shéridan..... y Byron..... y Walter Scott!.....

—¡Caballero!—contestó Margarita—el genio no tiene patria; mas no nos ocultemos que la patria ménos visitada por el genio es Inglaterra.

Diciendo esto se desprendió del brazo del inglés y comenzó á examinar los lienzos que cubrian las paredes, hasta colocarse de espaldas al jóven, que continuaba abismado en sus meditaciones. Poco á poco fué Margarita retrocediendo, como quien busca el golpe de luz conveniente al cuadro que examina, hasta que al fin dijo:

—Aquí está el punto de vista..... Paul de la Roche es un gran pintor.

Retrocediendo, retrocediendo, habia llegado al divan, y mirando el cuadro decia:

—¡Qué admirable expresion la de estos niños!..... Vea V., Marqués, vea V. este cuadro; representa á los hijos de Eduardo..... No se pueden ver sin que las lágrimas acudan á los ojos.

Al pronunciar estas últimas palabras se sentó..... ¡qué casualidad! cerca del hombre que la desesperaba con su indiferencia.

Allí agotó los recursos de la coquetería, se permitió todo lo que la sociedad consiente, en

lo cual entra algo que la honestidad no autoriza. Descubrió su preciosa mano, destacó sobre el fondo oscuro del divan su soberbio brazo y sus hombros de Vénus, marcó con graciosos movimientos las más seductoras inflexiones de su talle; el pié impaciente asomó inquieto bajo las ricas ondas de los finos encajes, estuvo triste y estuvo alegre, habló como una loca y llegó á reir como una tonta. Pero todo fué inútil, no obtuvo ni una palabra, ni una mirada, ni una sonrisa, ni siquiera un suspiro; era una insensibilidad que se acercaba al desprecio.

Aquello era inaudito, no se parecia á nada, jamas hubiera creido que pudiese existir un hombre semejante.

Entónces debió renacer en su pensamiento la sospecha de que podia ser objeto de una burla, pues se levantó airada, y cogiendo de nuevo el brazo del Marqués se dispuso á salir del gabinete; pero al llegar á la puerta se detuvo exclamando:

—¡Ay..... mi abanico!

En efecto, se lo habia dejado en el divan, cerca de aquel hombre impasible que ya le inspiraba ódio; ódio tanto más profundo, cuanto que habia llegado á presumir, á temer que lo amaba.

La exclamacion de Margarita hizo que el jóven reparára en el abanico, y cogiéndolo con sumo respeto se dirigió á ponerlo en manos de su dueña. Ella sin duda esperaba esto, porque apareció en su semblante un gesto de desden tan rápido como expresivo, y clavando en el diplomático su mirada más imperiosa volvió á repetir:

—Marqués..... mi abanico.

El Marqués se adelantó á recogerlo de las manos del jóven, que se acercaba, mas éste lo retuvo, diciendo con voz dulce, aire risueño y exquisita finura:

—Creo, caballero, que la cortesía me obliga á disputarle á V. el honor de poner en manos de la bella señorita de Miramar este precioso abanico, que una feliz casualidad ha puesto en las mias.

El secretario miró á Margarita preguntándole: «¿Qué hago?» y la respuesta fué un brusco movimiento, que literalmente traducido queria decir: «¡Oh, qué impertinencia!» Entónces replicó:

—La cortesía tiene tambien límites respetables que no nos es lícito traspasar.

Y diciendo y haciendo arrebató el abanico

de entre las manos del jóven, que se quedó inmóvil, fruncido el entrecejo y pálido como un difunto, miéntras el Marqués y Margarita salian del gabinete; él satisfecho y ella vengada.

Sólo Montero habia presenciado esta rápida escena, y con la cara más feroz que habia puesto en su vida, se acercó á su amigo y le dijo:

—Dime ahora que el inglés no te revienta.

—No me conoces—le contestó muy tranquilo.—Te juro que no abrigo contra él ni el más ligero resentimiento.

—Pues yo—prorumpió el Coronel—te juro que si acertamos á estar en otra parte, ese miserable te devuelve el abanico de rodillas.

—Felizmente—le replicó—has sabido contenerte por respeto al lugar en que estamos. Te lo agradezco en el alma. ¿Quieres hacerme otro favor?.....

—Pide.

—Prométeme no volver á hablar más de este asunto.

El Coronel se atusó los bigotes, se rascó la frente, miró al techo, y al fin dijo:

—Ea, corriente; te lo prometo.

Pasó el resto de la noche sin ningun incidente digno de contarse.

A la hora avanzada en que la concurrencia empezó á disminuir visiblemente, el secretario de la embajada española en Lóndres salió á la antesala donde se hallaban los lacayos, á pedir el coche de los señores de Miramar. El coronel Montero iba detras del diplomático, y sucedió que al volver el Marqués precipitadamente á decir á los señores de Miramar que el coche esperaba al pié de la escalera, sintió en la pierna derecha, por debajo de la rodilla, un golpe repentino, que le hizo perder el equilibrio hasta tal punto, que vaciló un instante, cayendo al fin de boca. Los circunstantes se echaron á reir sin poder contenerse, y el jóven diplomático se levantó como pudo en medio de una ruidosa carcajada.

En toda caida hay algo más duro, más insensible, más cruel que el suelo que nos recibe, y es la risa de la gente que nos ve caer; risa, por otra parte, tan natural, tan espontánea, tan inevitable, que el mismo que cae se rie siempre que puede.

En otra ocasion hubiera apelado el jóven secretario al recurso diplomático de reirse de sí mismo, pero en la ocasion presente tuvo más á la mano la ira que la risa, y más se llenó la

medida de su enojo al ver al coronel Montero, que haciendo grotescas reverencias le decia :

—Mil perdones, caballero, mil perdones.

La risa de los circunstantes estuvo á punto de estallar otra vez, pero la voz airada del Marqués la detuvo, diciendo:

—Quisiera saber cómo ha sucedido esto.

Era á Montero á quien se dirigia, y Montero le contestó :

—Es muy sencillo, y creo que va V. á quedar enterado. La cosa ha sucedido así : usted venía al mismo tiempo que yo iba, nuestras piernas derechas se han encontrado en el aire cuando ménos lo esperaban; la mia es más fuerte, y V. ha caido.

La cólera del inglés iba en aumento.

—Semejante explicacion—replicó—no puede satisfacerme.

—En ese caso—dijo Montero—no veo más que un medio para que V. se satisfaga. Tambien es muy sencillo. Vuelva V. á encontrarme, yo le prometo á V. que tropezarémos, y entónces podrá V. ver por sí mismo cómo caen los que tropiezan conmigo.

—Eso es ponerse en razon—contestó el inglés.—El medio me parece excelente, y ase-

guro que no perderé la ocasion de hacer la experiencia.

Dichas estas palabras dió media vuelta, dejando á Montero con la risa en los labios.

Pronto circuló por los salones de boca en boca y de oido en oido la siguiente especie: «El inglés tiene un lance.» Y algunos añadian el sitio, la hora, las armas y los testigos que habian de intervenir por una y otra parte.

La Baronesa de C..... cogió al vuelo todos estos detalles, y acercándose á Margarita y bajando la voz, le dijo:

—Querida mia, tu inglés *pur sang* se bate mañana.

Margarita se irguió como debió erguirse Inglaterra cuando supo que Napoleon estaba vencido. Sin embargo, no pareció inquieta, y preguntó sencillamente:

—¡Un duelo!..... y ¿por qué?

—Por nada—le contestó su amiga.—O lo que es lo mismo, por cualquier cosa. Las mujeres por todo lloramos, y los hombres se baten por todo. Imagínate que el Marqués, ciego con el triunfo que le has proporcionado, tropieza *tête-à-tête* con el primero que encuentra, y sin que nadie pueda impedirlo, se le van los

piés y cae de boca; los circunstantes se rien, él se acalora, el otro contesta, y *tableau.* Pero no te inquietes; será un duelo á primera sangre, habrá un arañazo, y asunto concluido.

Cualquiera mujer á quien se le hubiese dicho «tu inglés se bate», habria preguntado inmediatamente, «¿con quién?»; pero Margarita no hizo semejante pregunta, porque..... ¿con quién habia de ser?..... No obstante, preguntó :

—¿Y te parece el suceso enteramente casual?.....

—Puede que no sea enteramente casual. La envidia es mala, hay muchos que te adoran; tú has distinguido al Marqués, y..... Pero ¡bah! no te aflijas, no pienses en ello..... ahora caigo..... no puede ser..... *n'est pas possible.*

—¿Por qué?

—Porque el otro es un insigne calavera, *esprit fort*, incapaz de sentir nada por ninguna mujer; se rie soberanamente de todas.

Margarita se puso pálida como la cera.

—Tú—prosiguió—debes conocerle; estoy segura de que le conoces.

Margarita se puso encarnada como una amapola.

—¡Yo!..... dijo.

—Tú—insistió la Baronesa.—¿Quién no conoce al coronel Montero?..... ¡es tan *remarcable!*.....

Margarita estrujó imperceptiblemente el rico pañuelo que tenia entre sus manos.

Esta conversacion fué interrumpida por la presencia del señor de Miramar. Su hija lo cogió del brazo, le aseguró formalmente que estaba muy cansada, y decidieron retirarse: el coche esperaba ya al pié de la escalera.

Entre tanto, el hombre inaccesible lo mismo á las seducciones que á los ultrajes de Margarita, parecia dominado por una inquietud repentina. Con el aire distraido del que busca lo que no encuentra, recorrió los salones, indagó en las antesalas, registró la galería de cristales, fué al *buffet*, volvió al salon del baile, y todo inútilmente.

La concurrencia empezaba á desaparecer, la fiesta se extinguia poco á poco como una luz que se apaga, y todavía hizo nuevas indagaciones, que fueron tan inútiles como las primeras, y por consiguiente las últimas. Corrió apresuradamente al *guardaropa*, tomó su abrigo y se lanzó á la escalera.

Al bajar los primeros escalones distinguió

al coronel Montero en la puerta de la calle, pronto á desaparecer entre la confusion de convidados que salian, y lo llamó con voz vigorosa. El duelista se detuvo, esperando á su amigo.

Hé aquí lo que hablaron:

—Has provocado á ese hombre.

—Sí.

—Vas á matarlo.

—Sí.

—¿Y te parece bien?

—Sí.

—Vamos á cuentas. La vida de ese hombre me pertenece. ¿No es á mí á quien ha ofendido primero, arrancándome de las manos el abanico de la señorita de Miramar?..... Contesta.

—Amigo mio, prometí formalmente no volver á hablar de semejante cosa, y no hablaré aunque me hagas pedazos. El coronel Montero cumple siempre lo que promete.

Llegaron á una de las esquinas que en ángulo recto forma el palacio de la embajada, y allí hicieron alto, ambos silenciosos, pensativos, sombríos.

Un oficial subalterno, cuyo uniforme anunciaba á un ayudante de campo, se les acercó de

improviso, y saludando militarmente, dirigió á Montero estas palabras:

—Mi coronel..... Debe V. S. presentarse inmediatamente en la Capitanía general..... Es la órden que traigo.

—Hola, hola—exclamó Montero.—El Capitan general me llama con urgencia..... Ya lo adivino..... Tiene, por lo visto, que comunicarme órdenes importantes..... Muy bien. Comprendo el caso..... lo esperaba, aunque no tan pronto. Está bien, está muy bien..... El Capitan general quiere, sin duda, dormir tranquilo esta noche. Caballero oficial, estoy á sus órdenes; iré, porque no sé huir ni cuando me prenden.

Y volviéndose á su amigo, añadió rechinando los dientes:

—Aquí tienes la mano traidora de ese delator infame. ¿Sabes lo que es esto?..... Un viaje de recreo, en que voy á probar todos los medios de locomocion conocidos. Mira el itinerario: desde aquí á la Capitanía general, á pié; de la Capitanía general á las prisiones de San Francisco, en coche; de las prisiones de San Francisco á Cádiz, en ferro-carril; de Cádiz á Canarias, en vapor. Ya ves que conozco perfectamente el camino, lo cual te probará

que sé volver. Pero mañana ese cobarde diplomático se burlará de mí..... irá al terreno y yo faltaré..... ¡Oh!.....

Y alzaba las manos y apretaba los puños, porque en su furor, no pudiendo batirse con un hombre, desafiaba al cielo..... y preguntaba:

—¿Te parece esto divertido?

—Sí, contestaba su amigo.

—¿Te parece bien?

—Si.

—¿Te alegras?

—Sí.

—No me sorprende—añadió bufando de cólera.—Reconozco tu derecho, y sé que darias buena cuenta del inglés..... ¡Demonio!..... Si yo no pudiera ir..... hablariamos. Pero iré, aunque el mundo se hunda. No hay centinela que me detenga, ni prision que me sujete. Si me fusilan, te juro que iré despues de fusilado; el coronel Montero es muy capaz de resucitar para batirse. Ahora, señor ayudante, vamos á ver qué quiere Su Excelencia..... Ya he dicho que estoy á vuestras órdenes.

Diciendo esto, echó á andar con aire majestuoso y marcial continente. Siguióle el oficial á respetuosa distancia con la sumision de un su-

balterno, guardándole las mayores consideraciones. Y yo pregunto: ¿Por qué tanto respeto? ¿Porque era coronel, ó porque era conspirador?

El amigo permaneció en la esquina hasta que los vió desaparecer en el extremo de la calle. Entónces les volvió la espalda, tomando la direccion opuesta, y diciendo entre dientes:

—¡Oh!..... ¡qué sábia es la Providencia!.....

Así acabó el famoso baile de la embajada inglesa.

V.

EL DUELO.

¿No conocen ustedes el saloncito azul de los señores de Miramar?

Pues es el más modesto rincon de la casa. Allí el piano, abierto como una boca que sonrie, muestra sus teclas de marfil y de ébano; el caballete presenta más allá, con la seriedad de un juez, un paisaje recien concluido, en el que real y verdaderamente la tierra se confunde con el cielo. En este lado una lujosa jardinera deja ver sus verdes hojas y sus menudas flores; en el otro un precioso escritorio de palo-santo luce sus elegantes formas. Hay en medio de la estancia un velador cuyas molduras descubren lo macizo de la caoba; cuatro estantes pequeños, que más parecen de encaje que de madera, encierran libros selectos, ricamente encuadernados; anchos espejos cubren los recuadros de las paredes, multiplicando la luz, el espacio, los

muebles y las personas; limpia chimenea de pulido mármol templa suavemente con su fuego el aire que se respira; jarrones de porcelana ostentan sus vivos colores, y alzan sus elegantes brazos ricos candelabros de severo bronce. Y todo esto se destaca sobre el fondo azul que forman el divan, las butacas, los sillones, la alfombra y las cortinas. Es la pieza en que la familia toma café despues de comer, y donde no éntran más que los amigos de confianza.

Algunos de ellos se hallaban reunidos en el salon azul la noche siguiente al baile de la embajada inglesa. El Duquesito con su voz de tiple y César con su voz de bajo entretenian á los demas amigos, sosteniendo una disputa, una disputa que, como todas, parecia interminable.

La señora de Miramar, que habia dormido poco la noche anterior y habia comido muy bien aquella noche, mostraba por al aire meditabundo de su semblante que no era insensible á las seductoras tentaciones del sueño. Margarita, por el contrario, escuchaba con particular atencion á uno y á otro; circunstancia que avivaba el calor de la contienda, porque ninguno de los dos habia obtenido nunca honor semejante. Los demas se permitian de vez en cuando alguna

exclamacion, inclinándose, ya en favor del uno, ya en favor del otro, segun los incidentes del debate; mas en rigor, se puede decir que oian y callaban.

El Duque hacia uso de la palabra en los siguientes términos.

—Yo aseguro, y ésta es la cuestion, que el Marqués ha herido mortalmente á su adversario. ¡Demonio! ¿Qué inconveniente hay en creer esto?

Y César replicaba:

—Uno solo, á saber: que el caso no tiene precedente; que está, por tanto, en oposicion con la historia, y que ademas es absurdo; en primer lugar, Montero cuenta en su hoja de servicios más de veinte desafíos, y no se ha dejado herir en ninguno. ¿Es creible que haya ido á dejarse matar en éste?

El Duque se llevó las manos á la cabeza, y César continuó:

—Poco á poco, que todavía no he concluido. ¿Qué quiere decir un duelo á primera sangro? Claro está: quiere decir que es un duelo en el cual no ha de morir ninguno de los combatientes. Esto es elemental. Las condiciones de un lance son sagradas como las deudas del jue-

go; un desafío es un contrato bilateral, que no puede romperse ni alterarse sino por el mutuo convenio, por el comun acuerdo de las dos partes. Se me dirá que uno de los dos *puede*..... (el *posse* nadie lo niega) violar el convenio y matar á su adversario; pero entónces..... ¿quién lo duda?..... el muerto tiene opcion evidente, incontestable, á una reparacion completa. En resúmen, el duelo de que se trata era un duelo á primera sangre, y por lo tanto, no ha podido causar la muerte de ninguno de los dos adversarios. Tal es el derecho. Mas si alguno, por flagrante violacion del contrato, resulta mortalmente herido, por fuerza el Marqués es el muerto. Ésta es la historia.

Los circunstantes se miraron arqueando las cejas. Querian decir: «¡Oh, oh..... será ministro!» Y en verdad, semejante elocuencia merecia una cartera en cualquier ministerio parlamentario.

—Bueno—replicó el Duque.—Yo no desconozco tu talento ni niego tu erudicion; pero ¡canario! yo sé que el diplomático ha atravesado de una estocada el pecho de su contrincante. Esto se cuenta en el café de donde yo vengo, esto se repite por todas partes sin que nadie lo contra-

diga. Ya sabemos que Montero es un duelista consumado. Corriente; ¿y qué?..... Mi maestro de esgrima dice que hay una estocada imprevista, desconocida, que es la que mata siempre á los grandes maestros, y en el caso presente..... ya ves..... la cosa es clara..... no tiene vuelta de hoja.

—Empequeñeces la cuestion—dijo César—encerrando el debate entre las cuatro paredes de una sala de esgrima. No es eso; hay que mirar más alto. Se trata de un duelo entre un bizarro coronel y un secretario de embajada, y disputamos acerca de quién es el vencedor y quién es el vencido. Pues bien, yo pregunto: ¿dónde la diplomacia ha vencido á las armas? Cuando hablan los cañones callan los protocolos; los nudos más diplomáticos los corta siempre la espada de un Alejandro. ¿Qué valen las notas ante las balas? ¿Qué significa una embajada ante un ejército?..... ¿Qué es una conferencia ante una batalla?.....

—¡Ah, ah!.....—exclamó el duquesito con el punto más agudo de su voz de tiple, y poniéndose de pié, como impulsado por un resorte. —Veamos esto. ¿Qué es una alianza?..... Una gestion diplomática, un protocolo. ¿Quién fué

Napoleon?..... El capitan del siglo..... ¿Dónde acabó el imperio?..... En Waterloo..... ¿Qué fué Waterloo....? El triunfo de la alianza, del protocolo, de la diplomacia sobre el capitan del siglo..... ¡Caramba!

Dijo, y cayó desplomado sobre su ásiento, como si la fuerza expansiva de la réplica lo hubiera tirado de espaldas.

La señora de Miramar abrió los ojos para volver á cerrarlos; Margarita se sonrió, y todos los presentes inclinaron la cabeza en señal de asentimiento. Pero César lleva un nombre glorioso y no se dejaba vencer fácilmente.

—¡Oh, oh!.....—prorumpió imitando las exclamaciones de su adversario.—No nos dejemos deslumbrar por la falsa luz del sofisma. Víctor Hugo, que ha recorrido recientemente el campo del combate, que ha examinado hasta sus más pequeños accidentes, que ha podido contar las señales de las balas en las paredes y en las piedras, que ha visto las huellas de la sangre, el rastro de los escuadrones, los surcos de la artillería, los huesos desenterrados de los cadáveres, y hasta parece que ha oido los gritos de los combatientes, asegura que la batalla de Waterloo no la ganó nadie.

—Sí, sí—advirtió el Duque—pero no hay que olvidar que allí cayó el imperio.

—El imperio—insistió César—vive todavía, miéntras que los tratados del año 15 ya no existen. Mas..... pregunto: los treinta mil prusianos que llegaron á Waterloo en los momentos críticos, ¿eran secretarios de embajada?

—Ahí tienes—contestó el Duque—la estocada imprevista, la estocada desconocida que mata siempre á los grandes tiradores.

Se sabe dónde empieza una disputa, mas es muy difícil averiguar dónde concluye; y es que las disputas no concluyen; se suspenden, se interrumpen, se cortan, pero no se acaban. Dos hombres disputando son dos líneas paralelas, que marchan siempre á igual distancia sin encontrarse nunca.

Un criado detuvo la palabra pronta á salir de los labios de César. Entró llevando en la mano varios periódicos, que colocó respetuosamente sobre el velador de caoba.

—Veamos—dijo Margarita—si los periódicos nos dan más luz que estos señores.

Uno que se hallaba inmediato á la mesa cogió el primer periódico que se le vino á la mano y comenzó á hojearlo. En la penúltima pla-

na debió encontrar lo que buscaba, pues exclemó:

—Señores, oigan ustedes lo que dice *La Correspondencia.*

Todos prestaron atencion, y él leyó lo siguiente:

«Por desgracia no ha sido feliz el resultado del lance pendiente entre un conocido militár y un alto diplomático, pues hay que lamentar una herida ligera, bastante grave, entre el pulmon izquierdo y el pericardio, que tiene más de dos pulgadas escasas de profundidad. La ciencia se propone hacer nuevas investigaciones en la autopsia del cadáver del enfermo, que ofrece muchas esperanzas de salvacion.»

Todos quisieron hablar á un tiempo, sin duda para comentar el párrafo de *La Correspondencia* que acababan de oir; pero Margarita impuso silencio preguntando:

—¿No dice más?

—Sí—contestó el que leia.—Aquí veo otro *suelto* que trata del mismo asunto. Son pormenores interesantes—añadió sonriéndose.—Dice de esta manera:

«Sabemos de un modo positivo que los cuatro testigos del lance son españoles, excepto un

frances. Altos respetos nos obligan á callar sus nombres, que ya corren de boca en boca.»

Hubo un momento de hilaridad general, expansion en la cual no tomó parte Margarita, que parecia vivamente contrariada.

Á la hilaridad producida por la lectura del segundo párrafo de *La Correspondencia* sucedió un momento de silencio, que César aprovechó reanudando la disputa empezada en los siguientes términos:

—Tenemos—dijo—que el lance se ha verificado.

—Eso es lo que yo sostengo, afirmó el Duque.

—Tenemos ademas una herida.

—Cabalmente ésa es mi afirmacion.

—Estamos conformes—añadió César.—Mas..... ¿quién es el herido?.....

—*That is the question.*

Iba el debate á empezar de nuevo; mas el que tenía el periódico en la mano se interpuso diciendo:

—¡Eh, señores! que todavía no he concluido, y me parece que van ustedes á quedar iguales. No hay duelo, ni herida, ni testigos..... ni autopsia siquiera.

—¡Cómo!..... ¡cómo!.....—exclamaron todos.

—La mismà *Correspondencia* contestará á ustedes..... Atencion. Hé aquí sus palabras:

«Competentemente autorizados podemos desmentir á última hora los rumores que circulan acerca del lance de que tanto se habla y de que se han hecho eco los periódicos de oposicion. Sabemos por conducto que nos merece entero crédito que las dignas autoridades de Madrid, con un celo admirable y un tacto exquisito, han intervenido en el asunto, haciéndolo imposible.»

Miéntras escuchaban la lectura de estos renglones, un nuevo personaje se introdujo en el salon, el cual se adelantó lentamente, deteniéndose ante la señora de Miramar, dudoso si deberia saludarla ó esperar á que despertase para ofrecerle sus respetos. Le pareció sin duda una crueldad interrumpir tan profundo sueño, y dejó á la madre sumergida en las dulzuras de su tranquilo letargo, y se volvió á la hija para estrechar su mano.

Este nuevo personaje era un jóven de agradable presencia y finos modales, á quien Margarita solia distinguir entre los diferentes satélites que, astronómicamente hablando, daban vueltas al rededor del astro luminoso de su hermosura.

Al estrechar su mano la señorita de Miramar dijo:

—Va á ser imposible averiguar la verdad. *La Correspondencia* se contradice, embrollando el asunto con sus inagotables dislates, y ustedes no saben nada de cierto.

El recien llegado se sentó diciendo:

—No hagan ustedes caso de lo que dice *La Correspondencia*. Al entrar he oido lo que Casavieja leia. Veo al Duque estupefacto, á César triunfante y á los demas mudos, y, vamos, será preciso que yo rectifique esa noticia para que salgan ustedes de dudas. Estoy perfectamente enterado.

—¿Qué ha sucedido pues?—preguntó Margarita con vivo interes.

El recien llegado exhaló un profundo suspiro, y echando una pierna sobre otra paseó su triste mirada por el auditorio, exclamó con ademan abatido y acento de seguridad completa:

—Ha habido duelo..... herida y testigos.

El Duque vió el cielo abierto, y se apresuró á preguntar:

—¿El coronel es el herido?

—No, fué la respuesta que obtuvo.

—Luego es claro—dedujo César—que la

víctima ha sido el diplomático..... No podia ser otra cosa..... Mis argumentos no tienen vuelta de hoja.

—Tampoco—replicó el recien llegado.—El Marqués saldrá esta noche para Inglaterra, y Montero habrá salido ya para Cádiz.

Todos soltaron la carcajada.

—¡Ah!—exclamó la señorita de Miramar con evidente mal humor.—Esto es insufrible. Parece el juego de los despropósitos, y sea lo que quiera, una cosa tan séria la estamos convirtiendo en asunto de risa.

—Yo hablo formalmente—dijo el jóven.—He sido testigo del lance; vengo en este momento de cumplir mis últimos deberes; y si el caso es raro, irregular, extraordinario, no es por eso ménos cierto ni ménos triste.

Margarita lo interrumpió diciendo:

—Pues acabemos de una vez y sepamos lo que ha sucedido, si por ventura es posible saberlo. Cuente V. lo que sepa..... sin omitir circunstancia ninguna.....—Y bajando los ojos añadió:—Tengo excitada la curiosidad y voy á ser toda oidos.

Los circunstantes tomaron las actitudes más cómodas que pudieron encontrar, y el recien lle-

gado dió principio á su relato de esta manera:

—La cita era á las cinco de la tarde, en el canal. El sitio destinado ántes á los suicidios bien podia servir ahora para un duelo, porque al fin..... ¿qué más da? Todo es ir á matarse. A las cinco ménos tres minutos estábamos en el terreno el Marqués, su otro testigo y yo; y..... la verdad, los tres nos encontrábamos preocupados: el Marqués porque iba á batirse, y eso siempre preocupa; nosotros, porque conociendo á Montero, no dábamos un cuarto por la vida del diplomático. El motivo del lance no era ciertamente para llevar las cosas á un deplorable extremo; mas nuestro orgulloso Marqués iba á verse frente á frente de un terrible adversario, que indudablemente, y Dios sabe por qué, ha buscado esa ocasion de riña..... Conforme se acercaba el momento, nuestros temores de una catástrofe se aumentaban. Sabiamos que el Coronel se hallaba desde la madrugada detenido en las prisiones militares de San Francisco, y no obstante, sus testigos nos habian asegurado que acudiria á la cita, y nosotros contábamos con su influencia y con su audacia, seguros de que haria un esfuerzo supremo para no faltar á la palabra empeñada.

Eran ya las cinco en mi reloj, y nadie parecia. Esperamos dos minutos más, que á mí me parecieron dos siglos; podíamos, pues, retirarnos; nuestro compromiso estaba cumplido. Yo iba á proponerlo, movido por la impaciencia que me agitaba, cuando un ruido lejano llegó hasta nosotros, helándome la sangre. A los pocos instantes vimos llegar un coche, que se paró junto al nuestro; tres personas se apearon, ninguna de ellas era Montero, y..... francamente, respiré.

Aquí hizo una pausa, que los oyentes aprovecharon para colocarse más cómodamente en sus asientos, y prosiguió :

— De las tres personas que salieron del coche, dos eran los testigos del Coronel; la otra no la conociamos. Los primeros vinieron á buscarnos, miéntras el desconocido permaneció junto al coche.—«¿Qué ocurre? pregunté á los que llegaban.—Ocurre, contestó uno de ellos, que el coronel Montero ha intentado escalar su prision, ha querido atropellar al centinela, ha bramado como un toro, ha rugido como un leon, y todo ha sido inútil. En una palabra, no ha podido venir.— En ese caso, dijo mi compañero, firmarémos un acta, donde conste lo

ocurrido, el honor de ambos quedará á cubierto de cualquier sospecha insensata, y asunto concluido, á lo ménos por ahora. — Poco á poco, replicó el otro testigo; Montero no falta nunca á estas citas, y si no traemos su brazo, traemos su espada.» Mi compañero y yo nos miramos llenos de estupor, sin saber qué pensar de las extrañas palabras que acabábamos de oir, pero el que hablaba nos sacó pronto de dudas, añadiendo: «Aquel caballero que ven ustedes allí viene á ocupar su puesto. — ¡A batirse por él! exclamamos todos, llenos de asombro. — Ni más ni ménos, contestó; es cosa convenida entre ellos, y aceptada por nosotros. — Pero esto, le advertí yo, es inusitado. — No lo niego, me dijo con la mayor indiferencia. — Yo pregunté: ¿Y si el Marqués no admite semejante sustitucion?..... — ¿Qué le hemos de hacer? me contestó; firmarémos un acta declarando muy formalmente que ha rehusado batirse, y el Coronel, más tarde ó más temprano, aquí ó en Lóndres, arreglará esta cuenta que deja pendiente con ese caballero.» Nosotros consultamos con el Marqués, que se encogió de hombros, sometiendo el caso á nuestra decision. Mi compañero y yo discutimos el punto, y hé aquí las

reflexiones que nos decidieron á adoptar una determinacion, que tal vez parezca poco meditada. Nosotros deciamos: El adversario que se nos presenta no puede ser tan temible como Montero, y esto es siempre una ventaja. Por otra parte, corre el rumor de que el Coronel ha sido preso por una delacion de su contrincante, y semejante especie, muy en boga, y tanto más creida cuanto más absurda, hace más delicada la posicion del Marqués. Ademas, si en uso de nuestro derecho no admitimos al inesperado adversario, el lance quedará pendiente, el Coronel no lo dejará de la mano, y el encuentro podrá ser atroz; miéntras que ahora es probable que todo quede terminado con un rasguño. En los duelos, la cuestion es batirse; con quién, importa poco. El sustituto presentaba todo el aspecto de un caballero, lo enviaba el Coronel, y venía bajo la garantía de los testigos..... Volverse á Madrid sin haber cruzado las armas, habiendo adversario, era exponerse á los tiros de la maledicencia y del ridículo; era exponerse á ser, á lo ménos por veinticuatro horas, la fábula de la córte; porque la sociedad, que se horroriza del duelo y se indigna contra los que se baten en desafío, se mofa con igual encarnizamiento

de los que no quieren batirse..... Todo lo pensamos, y al fin nos decidimos.

Llegaba el relato al punto más interesante; así es que cada uno se dispuso á prestar una atencion más viva. Hasta la señora de Miramar salió por un momento de las profundidades de su sueño, dió una vuelta indolente sobre los muelles de la butaca, cambió de postura y volvió á dormirse con dulce abandono. La narracion continuó de esta manera:

—El desconocido que venía á sustituir al Coronel, jóven de airosa presencia y de noble fisonomía, á quien recordé haber visto en el baile de la embajada inglesa, y que debe ser el mismo que salvó á Montero del lance de los caballos, que ya conocen VV., nos saludó cortésmente al acercarse. Habiamos aceptado su sustitucion, é iban á batirse. Yo le puse la espada en la mano, y al empuñarla conocí que no era la primera vez que la cogia. Eso se conoce al instante; sobre todo al caer en guardia no pudo ocultar su aplomo y su destreza. Juraria que el Marqués y él se saludaron, como dos personas que ya se han visto otra vez. Ambos permanecieron algunos instantes con las espadas cruzadas, contemplándose, y, al parecer,

ninguno de los dos queria ser el primeto en atacar. Esto me pareció á mí de buen agüero, porque al fin se batian por puro compromiso; ninguna ofensa habia entre ellos que encendiera en sus corazones el enojo. Así estuvieron, como digo, algunos instantes, hasta que al fin el Marqués se fué á fondo con una estocada repentina como un rayo, que se desvaneció en el aire. El diplomático acometia bien, pero el desconocido paraba mejor. A mi juicio, la ventaja estaba de parte del sustituto de Montero. Me parecia más segura su guardia, más firme su mano, más sereno su rostro, y sin embargo, dos veces la espada del Marqués pasó rozando el hombro del contrario, trazándose en el semblante de éste un gesto que parecia decir: «¡Oh, qué lástima!.....» Cualquiera habria sospechado que deseaba ser vencido. Yo, por mi parte, no sabía á qué atribuir tan singular conducta. Así siguió el combate diez minutos más; el Marqués acometiendo siempre, el otro sin hacer más que defenderse. No sé lo que sucedió, y si lo sé, no acierto á explicármelo ni puedo describirlo; cuanto más lo pienso, más inverosímil me parece. El caso es que de repente la espada del diplomático brilló como una cente-

lla sobre la espada de su adversario; el desconocido dió un paso atras, exhaló un grito ahogado, vaciló y cayó de espaldas.

—¡Estaba herido!—preguntó Margarita con una voz que sus amigos no le habian oido nunca.

—Sí; herido, gravemente herido; tenía atravesado el pecho y arrojaba un torrente de sangre. ¿Cómo no pudo parar el golpe?..... No lo concibo. Señores, me precio de conocer algo los secretos de la esgrima, y declaro que semejante estocada es inverosímil, es absurda. Yo me quedé aturdido. Se le hizo la primera cura; sus testigos y yo lo colocamos en el coche, y con todas las precauciones necesarias lo llevamos á su casa. Allí..... ¡qué cuadro!..... Señores..... ¡qué cuadro!..... Una señora con el rostro más dulce que he visto en mi vida salió á recibirnos á la escalera. Al vernos prorumpió en un grito, que debió arrancarse de sus entrañas, y con acento desgarrador, cuyo eco resuena todavía en mis oidos, exclamó: «¡Hijo de mi corazon; me lo traen VV. muerto!» Habia tan amargo y tan justo reproche en sus palabras, que no supimos qué decirle..... Aquella madre, anegada en llanto, nos ayudó á llevar á su hijo

con el valor y con la ternura de las almas grandes. Ella lo desnudó, ella misma le colocó la cabeza sobre las almohadas y le besó la frente, ahogando el ímpetu de los sollozos que hervian en su pecho. El moribundo pudo coger la mano de su madre y la llevó penosamente á sus labios, miéntras ella decia: «¡Hijo de mi alma! ¡Qué sola me vas á dejar en el mundo!..... Yo he presentido tu desventura.» Y alzando los ojos con expresion de angustia inefable, añadió: «Era mi gloria, mi dulce consuelo, toda mi alegría; pero cúmplase, Señor, tu divina voluntad.» Lo confieso; ante aquella pena inmensa, ante aquella santa resignacion, sentí desprecio de mí mismo, y salí de allí porque se me saltaban las lágrimas. En la pieza inmediata encontré al médico, que trasluciendo en la expresion de mi semblante y en mi ademan que iba á dirigirle la palabra, se anticipó contestándome: «Mal, muy mal. En estos casos no se pierde nada con ponerse en lo peor.» La desolada madre habia salido detras de mí, y pudo oir las palabras del médico. «No hay que perder la esperanza, nos dijo con acento de profunda fe; si la ciencia no hace prodigios, Dios hace milagros.» Y cayendo de rodillas á

los piés de un hermoso crucifijo que tenía delante, le oimos decir distintamente : «Perdonadla, Dios mio, perdonadla, como yo la perdono.» Las madres ven siempre en las desgracias de sus hijos la mano traidora de alguna mujer execrable. Se habia llamado á un sacerdote, y acababa de entrar en la pieza donde nos encontrábamos. La señora, al verlo, le cogió la mano y lo condujo apresuradamente al cuarto del herido, y él la siguió pronunciando estas dulces palabras: «Valor, hija mia, valor.» Yo no pude más, sentia despedazada mi conciencia por agudos remordimientos; mi presencia allí me parecia un insulto á la desgracia, y me lancé á la puerta, me precipité por la escalera y salí á la calle con el alma hecha pedazos..... Esto es lo que ha sucedido.

Terminado el relato que acabo de copiar, reinó profundo silencio, que ni César ni el Duque se atrevieron á interrumpir. Margarita, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia sumergida en hondas reflexiones. Sin embargo, ella fué la primera que habló, y lo hizo levantándose bruscamente y diciendo:

—Señores, perdonen VV. esta impertinencia; pero me siento mal y me retiro.

Todos se pusieron de pié, y ella añadió:

—Suplico á VV. que no se muevan; mi madre se alarmaria, y no hay motivo para asustarla.

Sin dar tiempo á observacion ninguna, salió del salon, no quiso llamar á Marí, y se encerró sola en su cuarto.

Los amigos íntimos se quedaron suspensos, sin saber qué hacer; mas no observando en el interior de la casa ni ruido ni movimiento que atestiguáran gravedad alguna en tan repentina dolencia, se tranquilizaron.

No era la primera vez que la señorita de Miramar se retiraba de aquel modo. La niña mimada solia aburrirse de la obsequiosa compañía de sus íntimos amigos, y cualquier pretexto le servia para dejarlos con la boca abierta, ó lo que es lo mismo, con la palabra en la boca.

Ellos estaban acostumbrados á estas irregularidades de su carácter, que la hacian tan original, y que, despues de todo, les parecian encantadoras. Así es que sin la más ligera inquietud se fueron retirando, unos despues de otros, muy discretamente.

Al salir los últimos, César iba diciendo:

—¿Ves, querido Duque, como el coronel Montero se halla bueno y sano, sin herida grave ni leve? No podia ser otra cosa; mi tésis tiene una fuerza incontrastable.

—Pero, ¡Canastos....!—replicaba el Duque.

—El Marqués ha herido mortalmente á su adversario..... ¡Caracoles!..... Ése era mi tema.

Cuando la señora de Miramar se despertó, estaba sola.

VI.

LOS DOS.

Tenemos á la vista dos cartas interesantes, cuya lectura es necesaria para el cabal conocimiento de la presente historia, que, dicho sea de paso, he intentado referir del modo más breve que me ha sido posible; por supuesto dejando siempre al lector en completa libertad de añadirle lo que le falte y de quitarle lo que le sóbre.

Por el movimiento impetuoso de la letra se conoce que la primera de estas cartas ha sido escrita con la impaciencia de la mano empeñada en seguir la rapidez del pensamiento. En algunas palabras faltan las letras finales, como si la pluma hubiera saltado para coger más pronto la idea; en ciertas frases parece que la mano temblaba al escribirlas, y finalmente, se distinguen sombras ligeras, que oscurecen en diversos lugares la blancura del papel, y que pudieran tomarse por señales de lágrimas.

El estilo empieza entrecortado, descubriendo en el tumulto de los conceptos la agitacion del alma; mas poco á poco se va serenando hasta que aparece más tranquilo.

Hé aquí el contenido de esta carta:

«Caballero: La herida que ha recibido V. en el pecho la llevo yo en mi corazon. Usted ha estado quince dias agonizando, y yo hace un mes que no vivo..... Oigame V., porque le hablo por primera vez y acaso sea la última. Yo he provocado ese duelo maldito, y V. se ha batido por mí. ¡Por mí..... que no he sabido comprenderlo!..... ¡Justicia divina!..... ¡Lo comprendo cuando lo pierdo!..... ¡He necesitado que abran bárbaramente su pecho para ver su corazon! ¿Por qué no condenó V. á un justo desprecio mi insensato ultraje?..... ¿Y su madre de usted!..... ¡Dios eterno! ante esa idea no sé dónde esconderme. Es la forma más cruel que pueden tomar mis remordimientos. Sé que me ha perdonado, sé que pide á Dios que me perdone..... pero yo no puedo perdonarme; debo expiar, y expiaré.

»¿Qué pasa por mí? No acierto á darme cuenta; mas, al caer en el abismo de esta desgracia, siento que mi alma se ilumina con los

reflejos de una luz suprema. Despues de llorar veo mucho, veo mejor, lo veo todo; mis ojos se aclaran con las lágrimas, y el llanto, este llanto inagotable, ha roto la venda que me cegaba.

»La noticia del fatal suceso me hirió còmo una puñalada; quise llorar, y no pude llorar; me ahogaban los sollozos, y al fin estalló en mi sangre el incendio de la fiebre. Me han tenido en cama muchos dias..... Me he visto rodeada de médicos..... de medicinas..... creian que iba á morir. No sé lo que habré dicho en mi delirio, pero veo que no han entendido mis palabras. Los médicos están muy satisfechos; dicen que he estado en gran peligro, y atribuyen mi enfermedad á una terrible crísis de mi naturaleza, á un sacudimiento formidable de mi cuerpo, á una explosion vigorosa de mi vida, que la ciencia ha vencido..... ¡Pobres sabios!..... ignoran que esa crísis ha sido la crísis de mi alma, que sólo Dios ha podido vencer.

»Vea V. por qué sencillos medios ha llegado hasta mí su misericordia.

»Una mañana, mitigado el ardor de la calentura, que me habia hecho ver durante la noche las más extrañas visiones, experimenté repentina necesidad de íntima comunicacion; ne-

cesitaba una mano amiga que me ayudára á sostener el peso que me oprimia; oidos que me oyeran, labios que me consoláran. Pero ¿á quién acudir?..... El mundo, que me rodea de vanas lisonjas, no comprenderia mi pena. Dirian unos: «¡qué ridiculez!»; otros: «¡qué capricho!»; muchos: «¡qué locura!» Mis padres ¡ah! los hubiera afligido mi secreto y no hubieran consolado mi pena. Entónces comprendí la espantosa soledad en que me hallaba en medio de tantos amigos, de tantos admiradores, de tanta gente.....

»Hay en mi cuarto, enfrente de mi cama, una joya artística, un cuadro que tenemos en mucha estima, porque es el retrato de un ascencendiente de mi madre, cuyas virtudes forman el más honroso título de mi familia. Muchas veces habia admirado el mérito de este lienzo, donde creo encontrar la correccion de Rafael, la franqueza de Velazquez y el tono de Murillo. Representa á un anciano sacerdote: su calva frente, iluminada por un rayo de luz hábilmente arrojado sobre su rostro venerable, se destaca en el fondo oscuro que la envuelve, como la primera claridad del dia sobre las últimas sombras de la noche. Hay en este contraste de

oscuridad y de luz algo del cielo que se acerca y de la tierra qne huye. Es una cabeza que tiene aureola sin que el pintor la haya trazado; resplandece con la paz del justo, con la esperanza del santo, con la fe del mártir; sus ojos miran y su boca sonrie.

»Mis pupilas inquietas y extraviadas se fijaron en este retrato, que habia visto muchas veces, que habia admirado siempre y que no habia comprendido nunca. Hubo momentos en que creí que se desprendia del lienzo y venía á buscarme; esperaba que la voz resonára en sus labios; me hablaba, sin duda me hablaba, y yo no podia entenderlo.

»Mi doncella se acercó á la cama con mucho silencio, creyéndome dormida, y al verme con los ojos abiertos me preguntó en voz muy baja: «¿La señorita está mejor?.....—Sí, le con»testé, me siento bien; pero me falta una cosa. »—¡Qué! exclamó con ansiedad.—Quiero, le »dije sin saber lo que decia, que venga un sa»cerdote.»

»No sabe V. el asombro que causó en esta casa la noticia de mi deseo: si hubiera pedido una joya imposible; si hubiera querido vestirme y recibir á mis amigos; si hubiera que-

rido montar á caballo, habria causado ménos extrañeza. Creyeron que la debilidad me hacia decir desatinos; como los médicos declararon que me hallaba fuera de peligro, mi deseo era inexplicable y mi pretension incomprensible. ¿Para qué necesitaba yo un sacerdote, si la ciencia declaraba que no me moriria?..... Yo, que vi siempre satisfechos hasta mis más raros caprichos, encontré por primera vez resistencia á mi voluntad. Quisieron persuadirme, convencerme, engañarme; mas insistí, supliqué, lloré..... y el sacerdote vino. Me quedé sola con él, y le descubrí hasta lo más recóndito de mi corazon.

«¡Qué dulce severidad encontré en sus consejos!..... ¡Qué ardiente caridad en sus advertencias! ¡Qué tierna solicitud en sus mandatos!..... ¡Qué gran consuelo!..... Sus santas palabras caian en el fondo ulcerado de mi conciencia como un bálsamo divino. Aquel mismo dia entró Dios en mi alma.

»He querido saber si debia escribir esta carta, y sé que puedo escribirla, y por eso la escribo.

»Pronto abandonaré á Madrid, llevándome en el corazon el propósito de un voto solemne,

el recuerdo cruel del mal que hice y la dulce memoria del bien que V. me ha hecho.

»Lea V. esta carta á su madre; porque la he afligido y debo consolarla.

»Aquí agito tres veces mi pañuelo empapado en lágrimas, como una tierna amiga que se despide..... quizá..... para siempre.

»Hoy cumplo veinte años.

MARGARITA.»

La segunda carta parece escrita por una mano temblorosa y dictada por una voluntad firme.

Su contenido es como sigue:

«Señorita: Yo tambien debo confesarme culpable, más culpable que V., porque he llamado con demasiada violencia á las puertas de su corazon, porque he provocado su curiosidad, excitado su interes y herido su amor propio; porque he arrojado al rostro de su vanidad loca el guante de mi soberbia ciega. Hemos luchado, y hé aquí que Dios nos ha vencido, como Dios vence siempre, salvándonos. Ha sido un duelo á muerte, en el que los dos somos vencedores, porque no hay triunfo más glorioso ni más sublime que aquel que el hombre alcanza sobre sí mismo.

»Pronto estoy á todos los sacrificios; me esconderé para no verla, huiré para no encontrarla, ensordeceré para no oirla, enmudeceré para no pronunciar su nombre; pero no me pida V. que arranque su imágen de mi corazon, porque eso es imposible.

»¿Me he batido por V.?..... Veamos. He descendido al ensangrentado terreno del falso honor. Cierto; mas no movieron mi mano ni el ódio, ni la venganza, ni la vanidad de un valor que tiene cualquiera, ni el miedo cobarde á las burlas del mundo, que todos sienten. He expuesto mi vida, preciso es decirlo, por salvar otra vida; he ido á un duelo para evitar un duelo.

»Una vez provocado el coronel Montero, no hay más remedio que matarlo ó dejarse matar; con la espada en la mano es implacable, y tiene el funesto privilegio de matar siempre á su adversario. Quise salvar al Marqués de una muerte segura, á V. de un justo sentimiento y á Montero de un nuevo homicidio. La prision del Coronel aplazaba el terrible lance, y yo queria más, queria impedirlo. Montero no pudo ir, y fuí yo. Contaba con mi destreza en el manejo de la espada para reducirlo todo á unas cuantas

gotas de sangre, que estaba dispuesto á derramar, dejándome herir ligeramente. Dios ha querido otra cosa, y estoy contento.

»Nos hemos encontrado en el camino de la vida como dos viajeros extraviados que se ven por primera vez y no se conocen; se miran con desconfianza, se saludan, y cuando se comprenden, distinguen la senda que deben seguir y se despiden con la alegría de haberse encontrado y con la pena de tenerse que separar..... ¿Nos volverémos á encontrar?....

»Lleva V. en su corazon el propósito de un voto solemne. Sea..... Usted hace el propósito, y yo me resigno al sacrificio; la mitad de ese voto es mio. Cúmplalo V.; mejor dicho, cumplámoslo.

»Mi amor ha sido injusto, y es justo que padezca mi amor. Se llega á la felicidad por el camino de los dolores, como se llega al cielo por el áspero camino de la tierra. En el mundo el que no padece no ama; es decir, no vive. La expiacion purifica, y debemos purificarnos.

»Con muchas lágrimas en los ojos ha leido mi madre su carta de V., y la ha besado y la ha bendecido, y ha dicho: «Hijo mio, llévala »siempre sobre tu corazon.» Y le he contesta-

do: «La llevo dentro de mi alma.» Esta respuesta me ha valido un abrazo.

»Mi médico me envia á Alemania, á unos baños que han de restablecerme por completo; los tomaré, porque siento un ánsia de vivir indecible.

»El amor profundo y verdadero..... ¡qué esperanza infunde..... qué fe inspira..... qué valor da!..... Esperanza, pues, fe y valor.

L. G. de C.»

Es posible que el lector, al llegar aquí, cierre el libro, exclamando: «¡Bah!..... Esto pasa de raya..... No hay motivo para tanto. ¿Qué crímen han cometido, para que se impongan tan severa pena? Buscar el corazon de una mujer irritando su vanidad y provocando su orgullo, no es delito que esté penado en ningun código. En cuanto á ella..... ¿será la primera mujer que ha puesto á dos hombres en el caso de romperse el bautismo?..... ¿No es ése el pan de cada dia?.....» Reconozco la bondadosa indulgencia del lector que así se explique, pero hemos convenido en que sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena; y si ellos creen, como vemos, que la cosa es más séria de lo que al

lector benévolo le parece, vaya V. con esas reflexiones á calmar las inquietudes de sus conciencias atribuladas.

Hace muchos meses que tenía detenida la continuacion de este sencillo relato por falta de noticias acerca de los dos principales personajes que en él aparecen, esperando para proseguirlo nuevos acontecimientos dignos de referirse. Muchas veces hice ánimo de darlo aquí por terminado, en atencion á que los sucesos no llegaban y el tiempo corria. Pero ¿cómo dejar en separacion perpétua á dos seres que, sea el que quiera el interes que hayan podido inspirar, parece, por lo que hemos visto, que han nacido el uno para el otro?

Ademas, yo, tan curioso como cualquiera de los lectores, deseaba saber si volvian á encontrarse, si volvian á verse, si llegaban á hablarse, si seguian amándose; en una palabra, si acababan por casarse, como si esto fuera lo último que pudiera sucederles; es decir, como si casarse fuera morirse.

Mas hoy mismo he recibido noticias seguras, que por de pronto me obligan á suspender por ahora el curso de estas páginas, cortando

el hilo de la narracion donde los sucesos han querido que lo corte.

Hé aquí mis noticias :

Sé, ante todo, que los señores de Miramar han muerto en París, en muy poco tiempo, de la misma enfermedad, de la última, de la enfermedad que no tiene cura. Sé que Margarita ha hecho donacion de sus rentas, aplicándolas á objetos de piedad y de beneficencia; y sé, en fin, que ha tomado por dos años el hábito de Hermana de la Caridad.

Sé más aún : sé que Marí la acompaña, que á pesar de estar en París, se llama á sí misma la hermana María, y me consta que daria lo que le pidiesen por oirse llamar *Maruja*.

En cuanto á él, mis averiguaciones no son ménos interesantes : ha hecho en Alemania íntima amistad con un músico español, ciegamente apasionado del arte clásico, que cambiaria todas las notas del discurso académico más erudito y todas las notas diplomáticas del mundo por una sola nota de Mozart. Ambos amigos no se separan nunca, y hablan mucho de Margarita; el músico porque se desespera al recordarla, y el otro porque se regocija nombrándola.

Y no sé más.

Sin embargo, no pierdo la esperanza de que al fin se encuentren, se vean y se casen. Pero..... francamente, no es más que una esperanza; mas, si así sucediese y los pormenores del caso merecieran el honor de ser referidos, desde ahora me comprometo á contarlos, escribiendo la segunda parte de esta interesante, sencilla y verdadera historia.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

DOS AÑOS DESPUES.

I.

EL 22 DE JUNIO DE 1866.

Ya sabemos el término que tuvo el trastorno inmediatamente producido por la rebelion militar de 1854. Los dos partidos aliados vinieron al fin á las manos, y anduvieron á cañonazos durante dos dias, ensangrentando patrióticamente las calles de Madrid. Los progresistas, más lógicos que sus adversarios, querian atropellar una vez más la régia prerogativa, que se habia decidido en favor de O'Donnell. Y francamente, tenian razon; porque, ¿dónde existia ya semejante prerogativa?..... ¿Y era acaso la union liberal la que podia amparar sus ambiciones de partido á la sombra de ese derecho, por ella misma violado?..... Pero no tenian razon; porque su concurso en el poder hacia imposible el órden en la administracion, y ni áun siquiera consentia la materialidad del órden público. Llegó el momento supremo de

la crísis, y ambos partidos, igualmente armados, rencorosos y conspiradores, presentaron al trono la cuestion, reclamando cada uno para sí, en actitud amenazadora, el fallo favorable.

O'Donnell ó Espartero.

La corona, no en su alta sabiduría, sino bajo la presion de las circunstancias, optó por O'Donnell, que le ofrecia más seguridades; se dió la batalla, y el ejército deshizo á balazos su propia obra. Desapareció Espartero de la escena del mismo modo que desaparecen los personajes en las comedias de magia cuando el escotillon se los traga, y fué á llorar en su retiro de Logroño las ingratitudes de la libertad, miéntras O'Donnell, sin dejar el Ministerio de la Guerra, constituia bajo su presidencia el nuevo Gobierno que iba á regir los destinos de la nacion. La espada de Lucena oscureció para siempre á la espada de Luchana.

¿Qué dejó la sedicion de 1854?..... Dejó un trono humillado, el cáos en todas las esferas del Gobierno, el tesoro exhausto, la autoridad vilipendiada, la corrupcion que engendra la licencia; rastros de sangre en casi todas las poblaciones de España, la ruina del comercio, la agonía de la industria, la miseria pública, los

incendios de Valladolid, la deuda aumentada con gastos escandalosos y con empréstitos desesperados; en fin, el gérmen desastroso de la indisciplina y de la rebelion en las entrañas del ejército y el feto de una Constitucion *nonnata.*

Por un sentimiento de honradez y de dignidad, que no sería justo negarle, el general O'Donnell se propuso contener los desastrosos efectos de su obra; pero, demasiado soberbio para reconocer y confesar su falta, se obstinó en justificarla y enaltecerla; y como Dios ciega á los que quiere perder, lo abandonó con suprema justicia á la ley inexorable de su fatal destino.

Contaba el general O'Donnell, para llevar á cabo su propósito, con el ejército, que en efecto le ayudó á mantener el ejercicio de la real prerogativa, de la misma manera que dos años ántes lo habia seguido para atropellarla, y contó ademas, para perpetuarse en el Gobierno, con cuatro mil millones de reales que produjo el nuevo despojo hecho á la nacion y á la Iglesia, decretado por aquellas Córtes Constituyentes. Nada conservó de cuanto hizo la asamblea de los aliados; la Constitucion fué enterrada ántes de nacer, y las leyes orgánicas fueron in-

mediatamente abolidas..... pero mantuvo en vigor las leyes en que los rebeldes se otorgaron toda clase de premios y mercedes: la escandalosa ley del abono de los once años y la ley desamortizadora (1). Hay que volver á repetirlo: *Quos Deus vult perdere, prius dementat.*

Con cuatro mil millones delante y cien mil soldados detras, O'Donnell se las prometió muy felices. Lisonjeóse á los vencidos, reconociéndoles el mérito de la rebeldía en la confirmacion de los premios que por ella se habian otorgado; se aduló al trono, prometiéndole la inalterabilidad del órden público; se acordó en los conciliábulos del nuevo poder el exterminio de los que no quisieran doblar la rodilla ante la divinidad naciente, y se compraron cuantos partidarios quisieron venderse. Comenzaron de nuevo las intrigas palaciegas arriba, se reanu-

(1) Únicamente se suspendió la ejecucion del decreto concediendo pensiones á los huérfanos, viudas y padres de los patriotas muertos ó inutilizados en las barricadas. Rios Rosas, como ministro de la Gobernacion, mandó verbalmente la suspension indefinida del curso de estos expedientes, que ¡oh prodigio! empezaron á ser innumerables. Ni en la batalla de Clavijo hubo, segun el número de estos expedientes, más muertos ni más heridos.

daron abajo los hilos rotos de la conspiracion permanente, y dió principio la gran francachela de la union liberal, que, con ligeras interrupciones, duró diez años.

Un periódico de aquel tiempo (*El Clamor Público*, si no recuerdo mal), juzgando los sucesos de 1856, que pusieron término al trastorno de 1854, terminaba con estas proféticas palabras:

«Para Espartero el olvido, para O'Donnell la expiacion.»

Nadie hizo entónces, ni ha hecho despues, mérito alguno de esas palabras, que se han cumplido al pié de la letra.

O'Donnell, sinceramente católico, persigue á los obispos, coarta la libertad de la Iglesia y reconoce las usurpaciones del Piamonte.

O'Donnell, militar pundonoroso, es el jefe de una sedicion militar y el dispensador de gracias y honores á los rebeldes.

O'Donnell, monárquico tradicional por carácter, por educacion y por orígen, se subleva contra el poder real, y le impone la perpetuidad de su dominacion, como la única prenda segura de su lealtad.

O'Donnell, aristócrata orgulloso del nobiliarismo de su estirpe, tanto que sus lisonjeros

han creido ver sangre real en sus venas, llega hasta á hacerse cómplice de los *descamisados;* más aún, cortesano de los demagogos. Rivero, en pleno parlamento, lo llamó el gran institutor de la democracia.

O'Donnell, en fin, sobrio, modesto, sencillo en sus costumbres privadas, consiente el despilfarro por sistema, el lujo mentiroso de una prosperidad aparente, y acepta la interesada adhesion de los especuladores políticos, que acuden á depositar á los piés del ídolo sus caras lisonjas. Al amparo de su espada se celebraron todas aquellas contrataciones públicas, que fueron designadas con el nombre de *resellamientos.*

No es fácil hallar contradiccion más constante y más deplorable entre el carácter y la conducta de un hombre.

El talento del general O'Donnell no traspasaba los límites de la medianía, pero estaba dotado de cierta penetracion y de cierta tenacidad, que, unidas á un gran sentido práctico, tomaban el aspecto de dotes de mando. Su ignorancia, poco comun en hombres que llegan á tanta altura, estaba compensada por un gran conocimiento de los hombres; tenía una idea

tristísima del género humano, la idea que forzosamente habia de sugerirle la lucha de ruines pasiones y de viles intereses en que se hallaba empeñado, sobre los que no supo nunca elevarse.

A mi juicio, si O'Donnell hubiera sido un hombre civil, no habria salido de la oscuridad en que vive y muere la gran mayoría de los hombres; pero elevado á las primeras dignidades de la milicia por sus actos militares, pudo ser el personaje necesario en el momento en que la fortuna comenzó á favorecer sus deseos de mando, de autoridad y de dominio.

Indudablemente al encontrarse dueño del Gobierno, sin rival que pudiera formalmente disputárselo, pensó en el bien público, quiso la paz, el órden y la justicia; mas no tuvo el valor de su noble propósito, y en vez de imponer silencio á la algarabía de los partidos, comerció con ellos, negociando la falsa popularidad de los intereses egoistas, que se creyeron asegurados de nuevos trastornos. La Bolsa empezaba á subir; ¿qué más podia pedírsele al jefe del nuevo Gobierno?

Tengo para mí que su influencia en el palacio real más era debida al miedo que infundia

que al afecto que inspiraba; porque no se resignaba á vivir tranquilamente en Logroño, como Espartero, ni buscaba en las delicias de París, como Narvaez, el olvido de las desazones políticas; O'Donnell caia siempre amenazando; su presencia en Madrid era un temor para la corona y una esperanza para los partidos revolucionarios. La política de la union liberal consistia únicamente en hacer imposible todo Gobierno que no fuera el suyo; se habia adjudicado la perpetuidad del poder por derecho de conquista, y transigia con todo ménos con abandonarlo; el poder era su elemento indispensable de vida, y ningun partido político ha sentido nunca más ferozmente el ciego instinto de la propia conservacion. Por una fatal consecuencia del estado de las cosas y del creciente descreimiento de los hombres, surgió el mercantilismo político, y la union liberal, tal vez á despecho de los hombres honrados que en ella militaban, semejante á los gusanos, necesitó la corrupcion para ir viviendo.

O'Donnell debió creerse que no tenía sustitucion posible en el Gobierno; y seamos justos, si lo creyó así, no le faltaron razones para creerlo. Y véase qué triste combinacion, lo

mismo que lo incapacitaba en el poder para representar la autoridad y el respeto á la ley, era lo que le servia de base para mantenerse en el mando. La hazaña del Campo de Guardias era á la vez su desgracia y su fortuna.

En cualquiera otra época ménos corrompida, en cualquiera otra sociedad ménos desquiciada, habria sido el general O'Donnell un hombre muy á propósito para gobernar honradamente á España; pero en los tiempos presentes no se atrevió á hacer útiles sus cualidades, y en cambio se agrandaron sus defectos. El hombre que, segun su propia expresion, *se jugó la cabeza* en 1854 por derribar á un Gobierno que ciertamente no fué peor que el suyo, no se atrevió en 1858 á jugarse el poder, salvando á la sociedad española del vírus corrosivo que falsas libertades habian infiltrado en sus entrañas.

Quiso el bien, y empleó los peores medios; su militarismo, que llegó á ser omnipotente al terminarse la guerra de África, no sirvió más que para sostener la dominacion de un partido escéptico. A la sombra de sus bayonetas triunfantes pudo hacer la demagogia la predicacion y la propaganda de sus más desenfrenados errores; y miéntras la espada del Duque de Te-

tuan mantenia la materialidad del órden público, circulaban por las últimas capas del pueblo las sordas corrientes del socialismo asolador, urdiéndose nuevas conspiraciones, tanto más terribles y más feroces, cuanto que eran la horrible consecuencia de los principios establecidos. Podia decirse con exactitud que iba delante del motin para evitar desórdenes.

Entre tanto el festin de Baltasar continuaba, y aunque los cuatro mil millones estaban agotados y la union liberal dividida en diversas fracciones, roto el *tacto de codos* de las mayorías compactas, y aunque Rios Rosas habia lanzado sobre la cabeza del Ministerio su *delenda est Cartago*, y Cánovas del Castillo habia pronunciado su terrible *pan-liberalismo*, y aunque, en fin, el sentimiento público, deslumbrado hasta entónces por las apariencias, empezaba á entrever la desastrosa realidad de las cosas, todavía le quedaban á O'Donnell dos elementos para mantenerse en el poder; eran éstos el ejército, cuya fidelidad al caudillo de Vicálvaro parecia incorruptible, y toda aquella parte de furiosos partidarios, á que se dió la denominacion de *guardia negra*.

Sobre estas dos piedras angulares formó

O'Donnell su último Ministerio; y en verdad que con sólo el ejército hubiera podido pasar en la Presidencia del Consejo de Ministros el resto de sus dias.

Pero el 22 de Junio de 1866, oculto en las oscuridades de lo que está por venir, venía á más andar, y era el dia destinado por la Providencia á la expiacion de muchas faltas, de muchos errores y de muchas torpezas.

Ya Prim, sublevando dos escuadrones de caballería en Ocaña, hizo ver en los primeros dias de Enero de aquel mismo año que los mil setecientos caballos de Vicálvaro no habian perdido del todo la costumbre de sublevarse. Este suceso, que por de pronto no tuvo más consecuencias que el doble paseo militar ejecutado por los rebeldes y sus perseguidores desde Aranjuez á la raya de Portugal, en vez de abrir los ojos del general O'Donnell, sólo sirvió para aumentar su ceguedad funesta y su deplorable confianza.

Ya se ve, el abandono en que sus mismos parciales dejaron á Prim, por razones que no son de este lugar, y el celo con que el general Vega impidió que la sedicion se propagára á los regimientos de caballería acantonados en

Alcalá, redujeron la sublevacion de Ocaña á una ridícula intentona, y el Gobierno se adjudicó entera la gloria de aquel triunfo moral. Mas si la persecucion de los rebeldes no fué tan enérgica como debió ser, en cambio los periódicos adictos al Ministerio se despacharon á su gusto, concitando el horror público contra los sublevados, que marchaban muy tranquilamente camino de Portugal. Entónces dijeron que entraban en el plan de la conspiracion los presidiarios de Alcalá, especie que verdadera ó falsa corrió de boca en boca, causando indignacion, pero no sorpresa. Pronto verémos cómo seis meses despues la confirmó en cierto modo el general O'Donnell desde la tribuna del Congreso.

Pasó este primer relámpago de la tempestad que se acercaba; cantó la union liberal su triunfo, convocó al rededor del Gobierno á todas las fuerzas conservadoras de la nacion, pidió auxilio á la sociedad, amenazada en sus más caros intereses, y O'Donnell se creyó más fuerte en el momento precisamente en que iba á faltarle su último recurso.

Amaneció, en fin, el dia 22 de Junio de 1866, y comenzó la expiacion.

Madrid se despertó conmovido al estruendo de la artillería, los puntos estratégicos de la poblacion se hallaban erizados de barricadas, y los gritos de las turbas armadas anunciaban un dia más de desolacion y de sangre..... «¡Viva Prim!» Ésta era toda la bandera de la rebelion..... Dos regimientos del cuartel de San Gil habian comenzado esta nueva fiesta de la *libertad*, asesinando á los oficiales reunidos en el cuarto de banderas y á otros jefes que acudian á sus puestos. No es posible saber lo que pasaria por el alma del general O'Donnell en aquel momento en que, creyendo seducida á toda la guarnicion, sólo pudo tener confianza en la Guardia Civil, acerbamente vituperada por él mismo dos años ántes.

Con una escolta de esta fuerza se lanzó á la calle. Ya Serrano, protegido por Narvaez, se habia apoderado del cuartel de San Gil, y comenzó la lucha. La base de la rebelion eran los dos regimientos de artillería sublevados; pero dirigidos por los sargentos y desmoralizada la tropa, fueron rechazados de la *Puerta del Sol*, sin que consiguieran tomar la Casa de Correos, y en pocas horas perdieron las cuarenta y ocho piezas que habian sacado del cuar-

tel, huyendo desalentados los que no cayeron prisioneros. Destrozada y vencida esta fuerza en todos los encuentros, el paisanaje armado no llevó más allá su resistencia, y á las cinco de la tarde la sublevacion estaba completamente dominada.

Sería una injusticia insigne negarle á las cualidades militares del general O'Donnell el honor de aquella sangrienta jornada. Su actividad y su energía contuvieron la sedicion, aislándola en los dos regimientos del cuartel de San Gil; su presencia en los sitios principales del combate impidió nuevas traiciones y animó el espíritu del soldado, haciendo sentir á todos la indignacion de que debia estar poseida su alma. Pero ¡ah! empezaba á cumplirse la ley de la expiacion..... y tan señalada victoria fué su gran derrota. No bastaba ser vencedor, era preciso tambien ser juez; la ley ultrajada le exigia al triunfo el castigo de los culpables; la sangre derramada pedia sangre, y el General victorioso tuvo que dejar la espada del combate para empuñar la espada de la justicia. Se organizaron los consejos de guerra, y á sus rápidas sentencias siguieron los fusilamientos.

Tres dias despues, pidiendo el Duque de Tetuan la suspension de las garantías constitucionales, decia en el Congreso:

«Hoy puede asegurar el Gobierno lo que ya dijo en otro tiempo: que si el hecho primero ha empezado por una sublevacion militar, los partidos progresista y democrático son los que han sostenido esta conspiracion y los que la han llevado á cabo. Hoy no pueden esconderse detras de la cortina, hoy han hecho actos públicos que han escandalizado al país, que los hacen responsables ante los tribunales y la opinion pública indignada. Ellos han detenido á jefes que iban á unirse á sus cuerpos; oficiales de todas graduaciones han sido maltratados y áun asesinados despiadadamente; se ha encontrado á individuos de esos partidos que figuran en los comités como representantes de un gobierno provisional, otros han sido vistos mandando las barricadas; es decir, que hoy el velo se ha descorrido, y no pueden echar la responsabilidad sobre los desgraciados que sufren en este momento el castigo que han merecido por su inmenso crímen; pero por grande que éste sea, no por eso dejan de ser simples instrumentos, y no puede echarse sobre ellos solos la res-

ponsabilidad con que han ensangrentado las calles de la capital.»

¡Ah!..... ¡necesitaba el general O'Donnell el sangriento testimonio de los sucesos del 22 de Junio para que se descorriera á sus ojos el velo! Empezaba á ver claro el caudillo de la union liberal, pero ya era tarde. Más adelante exclamaba:

«¡Ay de ese desventurado pueblo si hubiese podido triunfar por dos horas siquiera la revolucion! Los horrores de la revolucion francesa no se hubiesen parecido en nada á lo que habria pasado aquí; en medio de los excesos de aquella revolucion habia un principio de patriotismo, y aquí no existian más principios ni otro objeto que el *saqueo, el asesinato y la desaparicion de los fundamentos sociales*: ése era el único móvil que dominaba en esas masas; no aspiraban á otro objeto ni proclamaban otro principio.»

Un diputado, adicto entónces al Gobierno, y su intérprete en aquel momento, añadia:

«La necesidad del proyecto de ley, su urgencia, su imprescindible necesidad, está escrita con sangre en las calles de Madrid, la está pregonando el luto y el desconsuelo de multitud

de familias. A ésas es necesario preguntarles si el sentimiento unánime de todos los hombres honrados de la monarquía española no exige que no se consienta que los promovedores de esos motines lancen á las calles sus miserables instrumentos, para que mañana sufran éstos la severidad de las leyes, miéntras los instigadores tienen la cobarde habilidad de ocultar sus personas y eludir la accion de la ley.»

La semilla sembrada por la sedicion militar de 1854 mostraba en 1866 su horroroso fruto; á los mil setecientos caballos de Vicálvaro contestaban las cuarenta y ocho piezas de artillería del cuartel de San Gil.

El *Diario Español* preguntaba:

«¿Puede nunca creer nadie que los sediciosos del 22 son hombres que obedecen á otra cosa que al puñado de oro que les dan los turbulentos ambiciosos que explotan su miseria y sus malos instintos para satisfacer sus ruindades?.....»

El mismo periódico decia:

«Para vivir así, mejor sería que desapareciéramos; para vivir sin artes, sin industria, sin comercio, hollado todo derecho, siempre á la merced del más fuerte ó del más afortunado, usurpando á la libertad su augusto nombre,

para dárselo á la más vergonzosa de las licencias; para vivir así, repetimos, siendo el ludibrio y el escándalo de Europa, preferible es cien veces desaparecer del mapa de las nacionalidades; que más vale dejar de ser por completo, que arrastrar una vida tan odiosa y miserable.»

Tambien decia el mismo periódico que «con la sombra de la bandera revolucionaría se cobijaban hombres que, salidos de lo más abyecto de la hez social, el triunfo significaba para ellos un gran reparto de botin.»

Triste es decirlo; pero tales fueron los sucesos del 22 de Junio de 1866, juzgados por los mismos que dos años despues habian de ser cómplices de aquellos rebeldes y se habian de servir de los mismos instrumentos.

La caida del ministerio O'Donnell no se hizo esperar, y aunque reconozco que la gravedad de los acontecimientos, constitucionalmente hablando, lo arrastraban fuera del poder, yo lo hubiera mantenido en el mando, porque era preciso hacer con él la última prueba. Si habia sido útil en su ceguedad, mucho más útil podia ser á la nacion y al trono una vez iluminado su entendimiento con la triste luz de tan

terrible desengaño. Mas téngase en cuenta que es regla constante en los gobiernos parlamentarios la caida de los ministerios que, aunque triunfen, tengan que andar á tiros con los revoltosos : es de necesidad lógica en el constitucionalismo moderno romper inmediatamente la espada que se ha empleado en castigar á los culpables. El castigo que se hace necesario, que se hace indispensable, se hace á la vez odioso, porque si tranquiliza y satisface á la sociedad alarmada y ofendida, aumenta al mismo tiempo el rencor de los conspiradores vencidos.

Triste suerte es la de los gobiernos parlamentarios : expuestos siempre á las turbulencias de los descontentos, perecen si la rebelion triunfa, y caen si la vencen, y caen más pronto si la castigan. Tristísima condicion es tambien la de los reyes constitucionales, que despues de castigadas las sediciones tienen que sacrificar á los manes de los delincuentes vencidos al hombre que ha salvado á la sociedad y al trono de los horrores de un motin triunfante. Entre los partidos políticos que se disputan el mando, por condicion de su naturaleza, el castigo es impopular, la ley los encoleriza y la justicia los indigna. La severa figura que ha

sabido vencer y castigar horroriza á los partidos conspiradores. Un ministro manchado con la sangre de los delincuentes es un ministro muerto.

Constitucionalmente considerando el caso, O'Donnell debia caer y cayó..... Le habia faltado el ejército, que era su último recurso, para flotar sobre el *teje-maneje* de los partidos; se hizo para la revolucion tan odioso como Narvaez, y se le consideró inútil para ir tirando con nuevas transacciones. En una palabra, cayó por su propio peso.

Si la historia le hace justicia, será severa con sus faltas, compadecerá su suerte y lo mostrará como ejemplo de los hombres que, pudiendo sobreponerse á las miserias y á los errores de su tiempo, se dejan llevar por las corrientes agitadas de las mezquinas ambiciones.

Pudo ser el hombre de la nacion, y no fué más que el jefe de un partido; partido antipático al sentimiento público.

Mas si no supo emplear en bien de la patria y en su propia gloria las cualidades con que el cielo le habia dotado, supo al ménos morir á tiempo para no ser testigo de la última catástrofe.

Tal vez su muerte anticipó los sucesos de Setiembre de 1868; tal vez se hubiera visto comprometido en ellos por la frenética impaciencia de sus partidarios.

Sobre su sepultura han pasado rápidamente los honores que la union liberal se apresuró á tributarle, como pasan todas las pompas y las vanidades de la tierra. Su partido lo dejó en el último asilo, cerró su sepulcro, y voló en busca de un nuevo jefe que lo elevára otra vez á las dulzuras del mando.

¡Qué pocos de sus más ardientes cortesanos se acuerdan ya de aquel hombre poderoso, que, como ántes Narvaez, tuvo en su mano los destinos de la patria!..... Casi al mismo tiempo lo han olvidado sus amigos y sus enemigos; éstos porque ya no les estorba, aquéllos porque ya no les sirve..... A lo ménos los partidos que él venció con las armas en la mano, una vez en 1856 y otra vez en 1866, han echado un velo sobre su memoria y no ultrajan su nombre. Pero los que cantaron con ardiente entusiasmo uno y otro triunfo, aprovechándose de victorias á tanta costa ganadas, no han vacilado un instante en hacer causa comun con sus más fieros enemigos..... ¿No es éste un ultraje hecho

á la memoria del general O'Donnell?..... ¿Sería este triste detalle el último término de la expiacion decretada por la Providencia?.....

Nosotros, que no fuimos sus cortesanos en la fortuna ni sus detractores en la desgracia, recordamos aquí su nombre con sincera pena, y tributamos á su memoria el homenaje de una noble compasion y de un justo respeto.

II.

LA BARRICADA.

Ha sido preciso buscar la continuacion de nuestro relato en los sangrientos sucesos de 1866, porque en ellos encontramos, como en su propio lugar, á uno de los personajes que hemos visto aparecer en la primera parte de este libro, y que nos es absolutamente indispensable para proseguir la narracion comenzada, por el papel importante que le verémos desempeñar en el curso sucesivo de nuestra historia.

Tal vez si aquellos acontecimientos no hubieran ocurrido no habria tenido ocasion de suceder lo que vamos á referir, y en tal caso yo nada tendría que contar.

Ántes de amanecer aquel dia, que no fué por cierto el último de nuestras desdichas, las gentes que trasnochan pudieron ver las primeras sombras de la tempestad que se venía encima. Grupos de siniestras figuras cautelosamente am-

parados, ya en una esquina, ya en otra, en órden estratégico, anunciaban que el sol pronto á aparecer en el horizonte debia alumbrar terribles escenas. El centro directivo de la conjuracion, servido á la vez por diversos emisarios, debió lanzar su última órden, pues casi á un mismo tiempo comenzaron los sordos trabajos de las barricadas por todo el ámbito de la poblacion.

En una de las calles que por su posicion debia ser objeto de los primeros ataques, y que hasta entónces habia permanecido desierta, apareció un grupo silencioso como de unos doce hombres, dirigido por otro que marchaba delante, andando con la precaucion del que trata de evitar el ruido de los pasos, precaucion que á su vez imitaban los doce hombres que lo seguian. Antes de llegar al extremo de la calle el jefe se detuvo y alzó el brazo, á cuya señal el grupo hizo alto. Así permanecieron un momento como quien escucha ó como quien espera. Por el extremo de la calle á que daba frente tan silenciosa avanzada se adelantó una sombra, llegó al primer farol y la luz se apagó, pasó al segundo y sucedió lo mismo; de esta manera se fueron sucesivamente apagando los faroles que

iluminaban la calle. El autor de esta operacion, digámoslo así, tenebrosa, era un empleado de la empresa encargada del alumbrado público, que, como todos los dias al amanecer, iba cerrando los tubos del gas. Al acercarse al grupo, en el cual sin duda no habia reparado hasta entónces, pareció sorprendido y receloso, y se detuvo preguntando á media voz:

—¿Se puede pasar?

—Adelante—le contestó el jefe—y silencio.

El hombre pasó y continuó apagando luces. Llegó á la primera esquina y dobló la calle á tiempo que de la puerta entreabierta de una taberna inmediata salia un sereno.

—Hola, compañero—exclamó el apaga-luces.—Parece que la cosa va de véras.

—Vaya si va—añadió el sereno guiñando un ojo.—Ántes de media hora arde Madrid.

Dentro de la taberna sonaba un rumor semejante al que produce el vuelo de un enjambre de abejas.

Entre tanto el jefe del grupo que hemos dejado en medio de la calle se acercó á una puerta sobre la que habia una tabla pintada de azul, dejando destacar en letras grandes y negras la palabra «Prendería.» A esta puerta tocó

dando un solo golpe y haciendo sonar las puntas de los dedos como si imitára el redoble de un tambor. Abrióse la puerta y el que habia llamado dijo:

—Vamos.....

Adelantóse el grupo y fué poco á poco desapareciendo en el hueco oscuro de la puerta entreabierta, sólo el jefe permaneció en la calle, pero no estuvo mucho tiempo solo, porque á los pocos instantes comenzaron á salir uno á uno los que habian entrado; cada uno sacaba en las manos un instrumento á propósito para la obra que iban á emprender.

—Aquí—dijo el jefe señalando el sitio que él ocupaba, y extendiendo el brazo de una acera á otra.

Inmediatamente comenzaron á desempedrar la calle unos, miéntras otros colocaban las piedras formando un ancho muro que partia la calle, formando una elipse. Sobre este muro, que llegó á tener la altura regular de un parapeto, se construyeron troneras para que doce hombres pudieran hacer fuego á cubierto de las balas enemigas.

Detras de esta barricada y á una distancia de cincuenta pasos, levantaron otra. Ambas fue-

ron revestidas por la parte exterior con un segundo muro formado de sacos de arena, que previamente se habian reunido en el sótano de la prendería.

Ya habia salido el sol cuando la obra quedó terminada. En aquel momento se oyó lejana gritería, cuyo tumulto fué acercándose poco á poco, viéndose la calle invadida por una turba que venía escoltando un convoy de armas y municiones extraidas del cuartel de San Gil, donde ya ardia voraz el incendio de la insurreccion.

El jefe del primer peloton que vimos llegar, apartó á los que le rodeaban, adelantándose á recibir á los tumultuarios. Vestia una americana de color gris y un pantalon de la misma tela, sujeto desde la rodilla al pié por polainas de cuero; ceñia su cuerpo, marcando la rectitud de la espalda y la anchura de los hombros, un cinturon de correa negra, del cual pendia una bolsa al lado derecho, repleta de municiones. Inclinada sobre la frente hasta tocar sus bien marcadas cejas, caia el ala abarquillada del sombrero *hongo*, tambien ceniciento, que cubria su cabeza con gallardía y con gracia, dando á las lineas enérgicas de su varonil fisonomía la sombra imponente de la audacia; y por último, sujetaba en

sus manos una magnífica escopeta de dos cañones.

La mirada viva y penetrante, los bigotes largos, la soltura de los movimientos y el tono imperioso de sus palabras, distinguian su persona del resto de las figuras, más ó ménos grotestas, más ó ménos patibularias, que le rodeaban. Era indudablemente, como ya hemos supuesto, el jefe de aquellas fuerzas, que de un momento á otro iban á entrar en combate, pues en medio de los gritos de la muchedumbre que daba vivas y pedia armas, se oia el estampido del cañon que retumbaba á lo léjos.

Era el jefe, y ademas debia serlo; se imponia con su sola presencia, llevaba en su valor y en su persona los títulos de su autoridad; se hubiera hecho obedecer, aunque no hubieran querido obedecerle.

De un brinco ágil y vigoroso saltó sobre la segunda barricada y se lanzó al encuentro de los que venian. La turba se detuvo al verle, hizo depositar en el suelo los pertrechos de guerra, y comenzó á repartir equitativamente armas y municiones: eligió cuarenta hombres, organizó el resto de la fuerza en pelotones de diez, dió á cada uno su jefe y los distribuyó á reta-

guardia de las barricadas en los puntos que consideró más convenientes para reforzar los parapetos si era necesario, ó cubrir la retirada en caso preciso, que se habia de verificar por las calles laterales.

Uno de los jefes de peloton, queriendo infundir entusiasmo en su gente, ó tal vez deseando ocultar su propio miedo, prorumpió con voz desaforada en un *viva* intempestivo. El hombre de las polainas de cuero blandió enérgicamente su escopeta, impuso silencio y dijo:

—Ahora se trata de saber morir, despues vivirémos.

El ruido de la calle penetró en las casas, cuyas puertas y cuyos balcones comenzaron á abrirse, las primeras para volverse á cerrar, y los segundos para dejar ver las caras atribuladas de los vecinos asustados. Sin embargo, el momento supremo del terror no habia llegado todavía, y entre tanto los vecinos pacíficos gozaban más ó ménos tranquilamente del espectáculo que la calle les ofrecia. Cada uno haria interiormente los votos que quisiera; pero ello es que aquellos semblantes espantados, pálidos y soñolientos, tenian bocas para sonreir á la in-

surreccion que amenazaba con todos los desastres de un profundo trastorno.

Aquel poder invasor y tumultuoso que áun no habia triunfado, empezaba ya á tener cortesanos; la opinion pública aterrada se mostraba alegre, queria aparecer cómplice de los mismos que la llenaban de terror y de espanto.

Sólo tres balcones permanecian insensibles bajo las cortinas de sus persianas verdes; correspondian á una casa cuya puerta caia detras de la segunda barricada. En uno de estos balcones, y oculto bajo la persiana, se hallaba un hombre jóven, en la plenitud de la virilidad, que con mirada atenta seguia los pasos y espiaba los movimientos del que hemos declarado jefe de la insurreccion en aquel departamento.

A la parte interior del balcon una señora de nobilísima presencia asia con sus dos manos la mano del jóven y lo atraia hacia sí con dulzura, diciéndole:

—Vamos, Luis, tu curiosidad nos puede ser funesta; esa gente no respeta nada..... los pobres no saben lo que se hacen..... y ya ves, puede escaparse un tiro y suceder una desgracia. Entrate, Luis, éntrate.

—No—le contestaba Luis—todavía no hay

peligro en estar en el balcon. Es fácil que se escape un tiro, pero sería muy raro que viniera á herirme.

—No digas á herirte, di á herirme—replicó la señora.

Él besó por toda respuesta las manos que sujetaban la suya, y la señora añadió:

—Vamos, hijo mio, vamos. Si con tu sangre pudieras evitar una sola de las muchas desgracias que van á ocurrir en este triste dia, doblaria la cabeza ante los designios de la Providencia y hasta envidiaria tu suerte; mas exponerte así inútilmente.....

—Ya sé que mi vida no me pertenece—dijo él—y ya sabe V. cuánto la estimo y cuánto la guardo; pero no veo aquí peligro ninguno.

—Tú no conoces el miedo; por consiguiente nunca ves el peligro.

Pronunció la señora estas palabras con acento de temor y de orgullo, y el jóven contestó:

—Bien, me complace mucho que mi madre tenga de mí tan ventajosa idea. Sin duda alguna cree V., señora, que soy un héroe, porque permanezco en el balcon habiendo en la calle una turba armada que no sabe lo que quiere.

—No—replicó la madre—no es heroismo exponerse á la contingencia de una bala perdida, cuando ninguna causa noble ni ninguna razon justa te obliga á ello.

—Vamos, quiere V., que el héroe de su hijo, que no conoce el miedo, sea hoy tan cobarde que se esconda en el último rincon de la casa miéntras, mire V., miéntras todo el mundo está en los balcones.

—Aun así—dijo ella—¿qué curiosidad puede inspirarte ese espectáculo?..... ¿No te repugna la ceguedad de esos hombres que la ambicion desencadena lanzándolos á los horrores de un combate?

—Verdaderamente no es curiosidad, sino compasion, lo que me inspiran, porque en la imposibilidad de desengañarlos, debemos compadecerlos.

—Pues bien, compadécelos, hijo mio, á la parte adentro del balcon.

Diciendo esto atraia hacia sí al jóven, que se dejó arrastrar sin resistencia.

—Vén—añadió—vén y verás.

Sin soltar la mano de su hijo cruzó el gabinete en que se hallaban, y por una puerta de escape salió al pasillo.

—¿Me va V. á esconder debajo de su cama?—preguntó el jóven.

—Entra—dijo la señora descorriendo una cortina á la cual se habia acercado.

Ambos entraron en una habitacion pequeña contigua al dormitorio de la señora. Enfrente de la puerta se levantaba un altar, formado por una mesa cubierta con un paño blanco, y sobre la mesa descansaba un hermoso crucifijo de talla, al que alumbraban dos velas de cera sostenidas por dos candeleros de plata.

—Aquí—exclamó ella—debemos pedirle á Dios que los ilumine.

En aquel momento alzóse en la calle espantosa gritería, mezclada al estrépito de puertas apresuradamente cerradas, sucediendo despues un triste silencio, silencio pavoroso, que fué interrumpido por la detonacion de un fusil. A esta voz de fuego, lanzada por el fuego mismo, contestó una descarga que retumbó en la calle como un trueno.

La madre cayó de rodillas delante del altar, y ocultando el rostro entre las manos, comenzó á recitar en voz baja una oracion fervorosa. Los tres criados que formaban la servidumbre de la casa entraron despavoridos en el oratorio.

Luis permanecia de pié detras de su madre, con los brazos cruzados y la frente erguida. Poco á poco fué retrocediendo hasta encontrarse en el pasillo. Entónces se deslizó silenciosamente y se lanzó al balcon de donde su madre lo habia quitado. Allí se tendió en el suelo, y adelantando la cabeza miró por debajo de la persiana.

Al pronto no vió más que una nube de humo; luégo distinguió á alguna distancia de la primera barricada las fornituras amarillas y los sombreros fundados de la guardia civil, que atacaba, adelantando por ambas aceras de la calle de portal en portal. Pero este ataque era débil para dominar el fuego contínuo que salia de la barricada, defendida por veinte hombres, que disparaban de diez en diez, dirigidos por el hombre de las polainas de cuero, cuya escopeta estallaba de vez en cuando con terrible puntería.

—Malo—dijo Luis hablando consigo mismo y teniendo pegada la cabeza al suelo del balcon.—De ese modo no va á quedar un guardia en pié.

Y en efecto, ya habia algunos tendidos en las aceras sin movimiento, miéntras que otros se arrastraban heridos.

—Bravo—exclamó de repente viendo adelantarse una masa de soldados que llenaban la calle de acera á acera.—Cargan á la bayoneta.

Así era la verdad : la masa avanzaba sobre la barricada, formando una ola de fusiles. De repente vaciló, detenida por una tremenda descarga, se arremolinó sobre sí misma, é inmediatamente presentó su primera fila alineada y compacta como si el fuego del enemigo no hubiera penetrado en ella.

—Bien—gritó Luis desde el balcon sin poder contenerse.

En el momento mismo la columna que avanzaba rompió á la carrera, saltando impetuosa sobre el parapeto ántes que pudieran hacer una nueva descarga los que lo defendian.

El hombre de las polainas de cuero, de quien Luis no quitaba los ojos, se encontró solo entre las dos barricadas, y emprendió la retirada sin volver la espalda al enemigo. Dos veces disparó su escopeta y dos víctimas cayeron, miéntras él, semejante á Aquíles, parecia invulnerable; las balas no se atrevian á tocarle.

Al saltar sobre el segundo reducto volvió la cabeza y se echó atras el sombrero. Luis pudo

distinguir sus audaces facciones, y al verlas exclamó sin poder contenerse:

—¡Ah..... es Montero!... no podia ser otro.

Inmediatamente empezó el ataque de la segunda barricada, que debia resistir enérgicamente el ímpetu de los soldados victoriosos.

Montero esperó el ataque de pié sobre el parapeto. Este acto de serenidad y de arrojo contuvo á los fugitivos, y ántes que empezára el asalto comenzó la resistencia.

De pronto vió Luis á Montero vacilar sobre la barricada; vió que la escopeta se escapó de sus manos, lo vió extender los brazos en el aire, doblar las rodillas y caer de cabeza por la parte interior del parapeto. No se detuvo; abandonó el balcon, y como fuera de sí se lanzó á la puerta que daba á la escalera.

Su madre, que lo habia echado de ménos en el oratorio, le salió al encuentro exclamando con angustia:

—¡Dónde vas!.....

—Voy—le contestó—á salvar una vida y tal vez un alma.

—Yo voy contigo—dijo la madre asiéndose al brazo de su hijo.

—De esa manera me quedo—contestó el jóven con firmeza.

La señora alzó los ojos al cielo, abrió la puerta de par en par, y señalándole la escalera pronunció estas palabras:

—Vé, y cumple tu designio.....

Lùis le besó la mano y desapareció, miéntras ella se oprimia el pecho con ambas manos, como si quisiera contener los impulsos de su corazon de madre.

III.

HERIDO Y PRISIONERO.

En el mismo gabinete desde cuyo balcon hemos visto, aunque ligeramente, una de las sangrientas escenas del dia 22 de Junio de 1866, se encuentran dos personas de bien distinto aspecto, sentadas una enfrente de otra. La primera parece que está en su casa, segun el traje y la actitud. Envuelta en una bata verde de largos cordones y anchos bolsillos, se reclina con completo abandono en los brazos siempre abiertos de una inmensa butaca, con la cabeza apoyada en el respaldo, dejando vagar la mirada por los espacios del techo, y echando al aire de tiempo en tiempo suaves bocanadas de humo que extrae de un soberbio habano por medio de una arrogante boquilla de espuma de mar. Con sus prolongados bigotes, que se extienden hasta caer por uno y otro lado de la cara, con sus mejillas macilentas y un tanto hundidas,

con sus piernas cruzadas y sus ojos soñolientos, parece el gran turco que fuma indolentemente descansando de las agitaciones del serrallo. Esto, por supuesto, tomando la butaca por otomana, la boquilla de espuma de mar por pipa, y por turbante el vendaje que rodea su cabeza cubriéndole en parte la frente.

La otra persona ocupa una silla, sobre la cual mantiene el cuerpo derecho, si bien la cabeza se inclina hácia el suelo, donde al parecer tiene fija la mirada al traves de los cristales de las gafas con que surte á sus ojos de la vista perdida. En su frente, que empieza á ser calva, se marcan las arrugas de la gravedad reflexiva, y su fisonomía aguda revela penetracion y viveza. La limpieza esmerada que se advierte en su modesto vestido, sus manos blancas y sus uñas perfiladas, la precision rigorosa de sus patillas rubias, sobre las que empieza á caer la nieve de los años, descubren la coquetería natural de un hombre acostumbrado por necesidad ó por gusto al trato frecuente de la sociedad que brilla. Pudiera tomársele por un médico de esos que se ven favorecidos por espléndidas clientelas; pero, en primer lugar, no se advertia en él lujo alguno: en sus zapatos de

charol se ve el polvo de la calle, señal evidente de que no anda en coche, y un médico famoso en Madrid no puede andar de otra manera. Ademas, se conoce que no tiene prisa, y semejante circunstancia es impropia de un médico. Bien observado, puede creerse que en medio del mundo real y positivo que lo rodea vive en otro mundo aparte que lleva dentro de sí mismo : su inteligencia respira, al parecer, la atmósfera de regiones desconocidas para el vulgo de los hombres.

El gran turco rompe al fin el silencio, y desembarazando su boca del humo del cigarro, exclama :

—¡Oh!..... gran chasco se lleva el que escuche nuestra conversacion. Parece que á los dos se nos ha pegado la lengua al paladar. Ea, hablemos de algo : Maestro, ¿qué dicen de nuevo las corcheas?

—Las corcheas, señor Coronel—contesta el Maestro—hablan un lenguaje que no todos entienden, y dicen cosas tan grandes, que no encuentran expresion completa en ninguna lengua humana, y todo lo que dicen es verdad, porque todo lo que dicen se siente.

—Reconozco el poder de esas señoras. Ya

sé que la música á las fieras domestica, y no ignoro que Orfeo levantó los muros de Tébas al són de su lira; pero yo, como V. ve, soy muy duro de cascos. Aquí tiene V. debajo de este maldito vendaje que me cubre la frente la señal de una bala presuntuosa que aspiró á penetrar en mi cabeza.

—Afortunadamente, no pudo conseguirlo.

—Sin embargo, Maestro, el golpe fué terrible, tan terrible que me hizo caer como un leño, dejándome á la vez sordo, mudo y ciego. Cuando volví en mí me llevé la mano á la cabeza, porque me pesaba tanto que creia que iba á aplastarme, y eso que descansaba sobre las cabeceras de esa cama, donde me han tenido sujeto como á un niño ó como á un loco. ¿Y para qué?..... Para conservarme una vida que no me sirve de nada..... Aquí me tiene V. herido en la cabeza y oculto en esta casa, sin salir á la calle ni asomarme al balcon, porque, es claro, si me descubren me cogen, y si me cogen me fusilan; vivo indudablemente; pero sin vivir.....

El músico se encogió de hombros y arqueó las cejas, cubriendo su frente de extensas arrugas, y dice:

—Es verdad, y no veo más remedio que huir.

—Sí—replica el herido—pero la fuga no es tan fácil en estos momentos, en que se ejerce escrupulosa vigilancia.

—La *fuga* es siempre difícil, caballero—exclamó el Maestro.—Es lo supremo del arte. La fuga y el contrapunto, ésa es la música.

—Muy bien. Por lo que hace al contrapunto puedo asegurarle á V. que no me quita el sueño. Mi ambicion se reduce á combinar una fuga en toda regla, cuya ejecucion deje á la policía con la boca abierta. Ea, admirador de Mozart, invoque V. el genio del gran maestro. Una fuga; porque ha de saber V. que me buscan de véras, y al fin van á dar conmigo.

Miraba el músico al herido con ojos compasivos, y en verdad, no tanto por lo apurado de su situacion, como por el desden con que hablaba de los sublimes misterios del divino arte. Para él se hallaba el universo entero encerrado dentro de la severa é interminable extension de las cinco paralelas del pentágrama. Fuera de este mundo poblado de melodías en que vagaba su espíritu, no encontraba en las vulgares realidades de la vida más que horro-

rosas desafinaciones. No obstante, se dignaba descender de las alturas de sus pensamientos musicales y tomar parte en las inquietudes del mundo.

Comprendo — dice — que el caso merece pensarse. Despues de haberse salvado del peligro del combate y de la gravedad de la herida, no es cosa de dejarse coger para..... friolera..... para ser fusilado..... Sería un lance terrible. ¡Caramba! á Luis le costaria la vida. Imagínese V. que muchas noches de las que hemos pasado aquí velándolo me decia : «Maestro, si Montero sucumbe no me consolaré nunca de su pérdida.» Como nosotros dos eramos sus únicos enfermeros durante la noche, yo lo veia agitado entrar como una sombra, inclinar la cabeza sobre la cama, y espiar con ánsia hasta los más pequeños accidentes. Unas veces movia la cabeza con desaliento, y exclamaba : «Sus manos arden, la respiracion es entrecortada y penosa.» Otras se animaba diciendo : «Creo que la calentura desciende..... me parece que tenemos hombre.» En fin, en todo este tiempo no hemos hablado de *ella* ni una sola vez, y *ella* es el tema obligado de nuestra conversacion favorita.

El herido interrumpe al Maestro, incorporándose sobre la butaca en que está casi tendido, y exclama:

—¡*Ella!*

—Sí, *ella*—repite el músico.—Mi desesperacion y la suya. Una mujer que á los dos nos ha hecho perder el juicio, á cada uno por su estilo. Pues bien; durante esas noches no hemos hablado de *ella;* V. ha sido el objeto exclusivo de nuestras conversaciones..... Vamos, es preciso que no se deje V. coger..... Sería un desastre.

—Eso es lo que deseo, pero huir se me resiste, y sin embargo, quiero vivir á toda costa. Debo tres vidas y no quiero morirme sin pagarlas; despues no me importa que me fusilen. Jamas he pensado en pagar mis deudas, porque el dinero, sea la que quiera su importancia, no vale la pena de que un hombre lo tome en serio; pero deber la vida ya es otra cosa, y deberla tres veces pasa de castaño oscuro. No me resigno á morir con semejante *déficit*.

El Maestro, para quien no son desconocidos los rudimentos de la aritmética, pregunta:

—¿Y cómo se pueden pagar tres vidas no teniendo más que una?

—La vida, músico insigne, representa diferentes valores: el que es dichoso no la da por ningun dinero; los desgraciados la dan hasta de balde. La mia no ha valido nunca gran cosa..... y sin embargo, ha costado muchas; pero desde que la necesito para liquidar mis cuentas, me parece que vale tres veces más de lo que valia. Mas hagamos el cálculo de otra manera. Vamos á ver. ¿Qué cosa hay en el mundo por la cual diera Luis tres veces la vida?

—¡Oh!—contesta el Maestro.—Hay muchas.

—Veamos una.

—Por V. la ha expuesto ya dos veces.

—Cierto, la primera lanzándose sobre aquellos malditos caballos que iban á aplastarme. Desde aquel momento empieza nuestra amistad y mi deuda. Quise pagarle esta primera partida á su favor, enseñándole al inglés de *marras* cómo caen los hombres que tropiezan conmigo, pero las cosas se combinan de modo que va Luis al terreno y se deja herir por aquel farsante. Aunque á mí no me hubiera herido el secretario de embajada, paso por ello y anoto en mi cuenta: segunda vez que le debo la vida. Preso en Canarias permanezco dos años; vuelvo, Dios sabe

cómo. Todo estaba dispuesto para que nuestro triunfo fuera completo; nos echamos á la calle, y la fortuna nos volvió la espalda, los sargentos pagaron el pato y asunto concluido. Yo caí al pié de la segunda barricada y perdí..... vea V. qué cosa tan singular, la cabeza que jamas he tenido..... Cuando pude darme cuenta de lo que me pasaba, fijé mis ojos, turbios por la fiebre, y vi junto á mi cama á Luis..... que me recogió moribundo y me ocultó en su casa al mismo tiempo que mi gente huia y los soldados cargaban á la bayoneta. Sin este hombre, que parece el Ángel de mi Guarda, habria caido prisionero, y á estas horas estarian acabando de curar mi herida para fusilarme. Tercera vez que le debo la vida; por consiguiente, señor músico, yo no entro en cuenta y vuelvo á preguntar: ¿Qué cosa hay en el mundo por la cual diera Luis su vida tres veces.....?

—Oh..... Hay una.....

—¿Cuál?

—*Ella*.....

—Eso quiere decir que está perdidamente enamorado.

—Eso es.

—¿Y no sabe la casa?

hecha— que el robo de la reina Victoria hará que los ingleses pongan el grito en el cielo. Vendrán reclamaciones enérgicas, se mezclará Francia en el asunto y será el pretexto de la guerra continental á que todas las naciones de Europa se disponen; y si hay por el mundo algun Homero, tendrá ocasion de inmortalizarse cantando las hazañas y los desastres de esta nueva Iliada. ¿Qué tal?.....

—No lleve V. tan adelante el ímpetu de sus pensamientos. La cosa es mucho más sencilla y algo más difícil que todo eso.

—¡Mas sencilla, más difícil!.....—exclama Montero.

—Sí—añade el Maestro.—Luis tiene puestos los ojos de su alma.....

—¿En quién?

—En una Hermana de la caridad.

—¡Hola! ¡hola.....! eso es original. Y dígame V., ¿es correspondido?

—Antes lo era.

Montero se rasca la cabeza por encima del vendaje y pregunta:

—¡Antes.....! ¿qué quiere decir ántes?

—Quiere decir que hace dos años se separaron.

—¿Quién los obligó á separarse?

—Nadie.

—¿Y despues?

—Despues no han vuelto á verse.

Montero se pasea de un extremo á otro del gabinete y habla consigo mismo, pronunciando frases entrecortadas, de las que el músico no saca nada en limpio.

—¡Hermana de la caridad.....!—dice—¡qué diablura! ¡Asaltar un convento de monjas.....! Al demonio se le ocurre..... y ello es preciso.....

De pronto se vuelve al músico y le pregunta:

—De todo lo que acaba V. de decirme no saco gran cosa en limpio, mas mi curiosidad no es muy exigente. Sé que nuestro hombre se halla ciegamente enamorado de una Hermana de la caridad. Los pormenores del caso no me importan. Supongo que se vieron, que se miraron y que arrastrados por mutua é irresistible simpatía acabaron por adorarse; ésta es la historia de siempre. Dos años de ausencia son capaces de acabar con el amor más loco, y Luis, por ser original en todo, se empeña en ser á sus propios ojos un modelo inverosímil de constancia, haciéndose á sí mismo héroe de su amorosa

novela. Perfectamente; á mí lo mismo me da..... ¡Pobre muchacho! es demasiado tímido para las mujeres y deja que se le escape de entre las manos una conquista que no deja de tener mérito. Vamos, señor Maestro, ¿en qué convento, en qué asilo, en qué casa de beneficencia se encuentra á estas horas esa Hermana de la caridad, bien cruel por cierto, pues no acude á curar la herida que ha hecho?

—Quizá—contesta el músico—se halle en París, tal vez se encuentre en la India, acaso en América, acaso en África..... y tambien es posible que haya muerto.

Al oir esta respuesta, Montero se deja caer en la butaca con visible desaliento, mas en su naturaleza activa é impetuosa los desalientos son pasajeros, porque su alma enérgica encuentra siempre un rayo de esperanza para persistir en sus propósitos, por descabellados que sean.

—¡Muerta!—exclama—¡Oh! eso lo verémos.....

Y poniéndose nuevamente de pié dice:

—Sólo me resta saber su nombre.

—Su nombre—replica el Maestro—es un secreto que no me pertenece.

—Le prometo á V.—añade Montero—que

caerá en mis oidos como en un pozo. ¿Cree V. que yo abuse de esa confianza? Ademas, ¿qué crímen ha cometido esa buena Hermana, para ocultar de ese modo su nombre?..... Ademas para mí será un nombre desconocido..... Teresa ó Juana, Antonia ó Manuela, no importan nada si no se conoce á la persona.

—Ciertamente—replica el Maestro—y por lo mismo llámela V. Juana ó Antonia, Manuela ó Teresa; ¿qué más le da, si la persona le es desconocida?

Ninguno de los dos habia visto á Luis, que acababa de llegar, deteniéndose en el quicio de la puerta, desde donde pudo oir las últimas palabras de Montero y la réplica del Maestro. Éste añade:

—Imagínese V. que es una mujer, más aún, una Hermana de la caridad..... no puedo decir más.

Aquí Luis los interrumpe diciendo:

—Montero..... ¡qué curioso eres!..... Maestro, es V. demasiado escrupuloso..... La mujer cuyo nombre quieres averiguar te es conocida, puesto que tú conoces á todo el mundo. Aguza, pues, el ingenio, y vamos á ver si la adivinas.

IV.

LAS DOS CARTAS.

No era el talento de Montero un talento, digámoslo así, especulativo, porque precisamente la reflexion era contraria á la índole de su genio; lo que no comprendia pronto, no lo comprendia nunca. Lo que Alejandro hizo delante de la ciudad de Gordios por desden, lo hubiera hecho Montero por impaciencia, habria confiado al filo de su espada la resolucion del problema, y habria partido el nudo famoso como el hijo de Filipo, exclamando: Lo mismo da deshacerlo que cortarlo.

Su pensamiento participaba de la prontitud ejecutiva de la pólvora; en él eran dos actos simultáneos pensar y ejecutar, sus ideas se convertian inmediatamente en hechos..... Pertenecia á esa clase de hombres que en el lenguaje comun se designan con el dictado de *truenos*, pero más que el trueno, era el rayo.

No debia ser, por consiguiente, un ejercicio muy de su gusto la averiguacion que Luis le proponia. Y ciertamente, los datos hasta entónces conocidos no eran excesivamente luminosos para despejar la incógnita del nombre que deseaba descubrir. No obstante, cerró los ojos y lanzó su imaginacion aturdida por las oscuridades de su entendimiento. Andaba á tientas por los enmarañados caminos de su memoria, buscando una mujer conocida, indudablemente jóven, y probablemente hermosa, capaz de infundir en el alma de su amigo un amor á toda prueba; esta mujer era Hermana de la caridad. Semejante circunstancia, que para otro habria sido un rayo de luz, era para Montero la mayor oscuridad; no habia tenido nunca trato ni comunicacion ni conocimiento con ninguna mujer capaz de ser monja. Por primera vez de su vida discurria formalmente, y sacaba por consecuencia que siendo Hermana de la caridad la habria conocido ántes de que abandonára las delicias del mundo por las amarguras de los hospitales y las tristezas de la miseria. ¿Quién podia ser? Repasaba la lista de cuantas mujeres conocia, y no encontraba ninguna de quien pudiera sospechar resolucion tan heroica.

Hay que tener en cuenta dos circunstancias para comprender sus dudas. Primera, que tenía de las mujeres una idea poco lisonjera; opinion de que participan los hombres afortunados, que por la vida que hacen sólo se encuentran á las mujeres que se pierden. Y segunda, que confinado en Canarias durante dos años, no se hallaba al corriente de muchas cosas que habian sucedido en Madrid en el trascurso de su ausencia.

Su imaginacion, pues, se perdia en un laberinto de conjeturas, del cual no acertaba á salir, barajando impacientemente en su memoria todos los nombres de mujer que se encuentran en el calendario, y todos los apellidos, más ó ménos ilustres, que á la sazon llenaban el catálogo de la buena sociedad; pero no distinguia entre tantas combinaciones la combinacion del nombre que buscaba..... Huérfana, rica, hermana de la caridad..... Repetia mentalmente estos tres datos sin conseguir nada. Su pensamiento impetuoso daba asaltos terribles, pero siempre era rechazado.

Luis y el Maestro lo contemplaban en silencio; el primero con la sonrisa en los labios; el segundo con atento interes, porque el músico

deseaba que Montero adivinára el nombre de aquella mujer, por pura bondad.

Montero al fin se cruzó de brazos, miró alternativamente á sus dos espectadores, y prorumpió en estas palabras:

—Conocida la capacidad de un buque, dadas las millas que hace por hora y sabido el rumbo que lleva, averígüese el nombre del capitan..... Señores, esto no es serio.

La formalidad con que pronunció la fórmula problemática que acabo de escribir, despertó la hilaridad de las dos personas que lo escuchaban, y ambas soltaron la carcajada. Montero se echó tambien á reir y dijo:

—La gracia consiste sin duda en que yo, con todos mis años y toda mi experiencia, me ponga muy formalmente á adivinar el nombre de una mujer á quien de seguro no conozco.

—Sí la conoces—le contestó Luis.—La conoces tanto, que por su causa has estado á punto de hacer una de las tuyas.

—En efecto—añadió el Maestro moviendo la cabeza como si marcára el compas.

—Imposible—exclamó Montero.—No hay en mi vida locura alguna que reconozca por causa á una mujer. Mis disparates han tenido

siempre más sólido fundamento. Ademas, sería curioso que estuvieras tú enamorado como un cadete de la mujer por quien yo hubiera hecho una de las mias..... Vamos, esto no tiene piés ni cabeza.

— Afortunadamente — prosiguió diciendo Luis — no pudiste realizar tus designios.

— Es muy cierto eso — dijo el músico. — El hombre propone y Dios dispone.

— Ya lo creo — añadió Luis. — Imagínate que á tí te debo la inmensa dicha de conocerla.

— ¡Qué estas diciendo!.....

— Sí, tú fuiste el instrumento ciego que sirvió para que al fin se entendieran nuestros corazones. Sin tí probablemente no nos hubiéramos conocido nunca. No alabo el feroz proyecto que concibió tu cabeza destornillada; era un intento criminal, pero, ¿qué quieres? yo lo recuerdo con alegría y muchas veces exclamo: ¡Dichosa locura!.....

Montero miraba á Luis con ojos desmesuradamente abiertos, como los abrimos cuando rodeados de oscuridad pretendemos sondear las tinieblas en que nos hallamos sumergidos.....

— Hablas en griego — dijo — porque te juro que no entiendo ni una palabra.

—Pues es muy sencillo—advirtió el músico.—Usted es la causa de todo..... Usted fué el autor de la catástrofe..... por V. es ella Hermana de la caridad. Usted los ha separado quizá para siempre..... por V. ha perdido el arte una voz prodigiosa, unas manos superiores y un talento musical incorregible, pero admirable. Me parece que la cosa es bien clara.

Montero se cruzó de brazos, y balanceándose sobre las puntas de los piés exclamó:

—Señores, con tan luminosos datos me sería más fácil descubrir la cuadratura del círculo que el nombre de esa mujer.

Luis se acercó á su amigo y poniéndole las manos en los hombros le dijo:

—Siéntate.

Montero se sentó.

—Ahora—añadió—lee.

Y puso en sus manos un papel que en repetidos dobleces llevaba oculto en un pequeño relicario, que pendiente de un cordon de seda se escondia debajo de la solapa del chaleco, viniendo á caer sobre el lado del corazon.

Montero desdobló el papel con desconfianza, y viéndolo escrito por las cuatro caras dijo:

—¡Demonio!..... esto es un protocolo.

Y con la impaciencia natural de su carácter fué á buscar el fin de lo escrito ántes de haberse enterado del principio.

—¡Margarita!.....—exclamó, dándose una palmada en la frente sin acordarse de la herida que tenía en la cabeza.—Y bien—añadió.—¡Qué Margarita es ésta!

—Lea V., lea V.—le dijo el músico—y encontrando la frase, digámoslo así, musical, que más se acomodaba al caso, añadió con aire satisfecho:—Carta canta.

Montero debió reconocer toda la fuerza de la observacion hecha por el Maestro, pues volvió el papel y clavó los ojos en el primer renglon, comenzando á dibujarse en su enérgica fisonomía las diferentes impresiones que la lectura iba causando en su ánimo.

El contenido del papel que tenía en sus manos empezó por sorprenderlo, y la expresion fruncida de su entrecejo decia bien claramente que no acababa de comprender lo que estaba leyendo. De repente debió iluminarse su entendimiento ofuscado, porque sus ojos chispearon, apretó los puños y el papel tembló entre sus manos, temeroso sin duda de verse aniquilado.

Poco á poco se fué disipando aquella tem-

pestad muda y repentina que pasaba por el fondo de su alma. Se aflojó la amenazadora tirantez de su rostro, desarrugó el entrecejo, y continuó leyendo con vivo interes, con interes creciente y hasta tierno.

De vez en cuando respiraba con violencia por medio de aspiraciones y de inspiraciones profundas, formando una especie de suspiros prolongados, semejantes á los que exhala un fuelle lentamente dilatado y lentamente comprimido.

Terminó la lectura y dobló cuidadosamente el papel por sus mismos dobleces, y entregándoselo á Luis dijo:

—Jamas hubiera adivinado lo que acabo de saber..... Si me lo hubieran dicho no lo habria creido, y puesto en la necesidad de creerlo, habria sido para mí un hecho inexplicable. Sólo leyendo esta carta he llegado á comprender cómo la señorita de Miramar ha podido concebir la idea y realizar el proyecto de hacerse Hermana de la caridad; porque no sé..... no sé qué fibra oculta de mi corazon se ha conmovido con la lectura de esa carta.

Diciendo esto dejaba ver el semblante más pálido que de ordinario. Su voz dura y firme

descubria en este momento inflexiones dulces, parecia agitada por un temblor casi imperceptible, y su mirada imperiosa, burlona y atrevida habia perdido algo de la arrogante majestad que daba á su fisonomía la expresion de la audacia.

Mostrábase Luis complacido del efecto producido por la lectura de la carta, y contemplaba al coronel Montero con el interes del médico que examina en el enfermo los síntomas favorables producidos por la eficacia del medicamento que acaba de administrarle. Sin duda advierte en la emocion de su amigo los primeros síntomas de una reaccion victoriosa; la carta de Margarita ha obrado en su espíritu como un revulsivo, y no es más que la primera dósis.

Por su parte el músico mira á uno y á otro, sin determinarse á romper el silencio de aquellos compases de espera.

—Muy bien—exclamó al fin Montero.—Comprendo la resolucion de Margarita; por rudo que sea mi entendimiento no se me oculta la noble delicadeza de semejante modo de sentir. Bueno..... ella está en su lugar..... y yo..... la admiro. Pero por más vueltas que le doy al asunto, no concibo cómo ha podido rea-

lizar el proyecto de esos votos temerarios..... Despues de esta carta, á los dos años de haberla escrito, te encuentro aquí cruzado de brazos, mano sobre mano, dándole tormento á su recuerdo, miéntras ella..... Vamos..... esto es una cosa que no alcanzo.

El músico inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y Luis, dirigiéndose á Montero, le hizo esta pregunta:

—Y bien, en mi lugar ¿qué hubieras tú hecho?

—¡Yo!—exclamó Montero poniéndose de pié y tendiendo los brazos como si fuera á ejecutar lo mismo que pensaba.—Yo hubiera removido el cielo y la tierra..... me hubiera interpuesto entre ella y su intento, la habria apartado de su propósito, y en el último extremo la habria robado de su casa ó de su celda. Lo mismo me da.

—¡Un rapto!—murmuró el Maestro viendo en su imaginacion el cuadro dramático de una gran situacion musical.

—Un rapto—repitió Montero con firmeza.

—Eso significa—dijo Luis—que necesitas conocer la historia por completo.

Hablaba así abriendo un pequeño estante

que contenia varios volúmenes esmeradamente encuadernados, que formaban una biblioteca escogida de obras literarias, cuyo catálogo no era muy largo. Del fondo del estante sacó un libro, que era el primer tomo de las Obras de Santa Teresa de Jesus, el cual se abrió por sí mismo, descubriendo la página en que cuenta la Santa cómo dejando las vanas felicidades del mundo se consagró á Jesucristo. Entre estas páginas habia un papel doblado, puesto como una señal, y Luis lo sacó del libro, lo desdobló, y presentándoselo á Montero le dijo:

—Toma..... lee este segundo protocolo; es la segunda parte de la historia.

Tomó Montero el papel que le presentaba su amigo, y comenzó á devorar los renglones que contenia, moviendo los labios en diversos pasajes como si necesitára la pronunciacion muda de las palabras que leia para comprender todo el sentido que encerraban.

Cuando terminó la lectura devolvió el papel á su amigo, y se quedó mirándolo con ojos de admiracion profunda.

—Esto es—le advirtió Luis—lo que yo hice; ésta fué la respuesta que dí á la carta de Margarita. Despues de escribirla tuve que hacer

un esfuerzo supremo para enviarla á su destino, y saqué esta copia para conservarla como un título..... de mi valor..... ¿Qué tienes que decir?

—Nada—contestó Montero con voz apagada.—Tres veces me has vencido..... y te aborreceria con toda mi alma si no te quisiera con todo mi corazon..... ¡Ah!..... eres invencible.

Mediaron algunos minutos de silencio, durante los que Montero se mordia afanosamente las uñas, miéntras Luis, acercándose al oido del músico, que tenía un excelente oido, le dijo en voz baja:

—Ésta es la segunda dósis de la medicina que ha de curar su alma.

Salió al fin Montero de la honda reflexion en que parecia sumergido, prorumpiendo en estas palabras:

—Tenemos que Margarita salió de Madrid y cumplió su propósito haciéndose Hermana de la caridad.

—Sí—contestó el músico, dando el *sí* más triste de la escala.—A los tres meses murieron en muy pocos dias los señores de Miramar, y Margarita entónces realizó su proyecto pronunciando los votos por dos años.

—¡Por dos años!—exclamó Montero.

—Sin duda alguna—añadió el Maestro.—Estoy seguro de ello.

—Dos años—repitió—que deberán cumplirse por ahora.

—Eso es..... dia arriba, dia abajo, deberán cumplirse á mediados del mes que entra. Fué en Julio, y áun podemos saber el dia fijo, porque Luis conservará el periódico frances que nos llevó la noticia..... Nosotros estábamos en Ginebra.

—Y bien—exclamó dirigiéndose á su amigo.—¿Esperas que sea ella la que venga á buscarte?

—No lo espero—contestó Luis.

—¿Lo justo es que seas tú el que vayas á buscarla? ¡Qué! ¿esperas, entónces, que te caiga por la chimenea?

—Espero que renueve sus votos.

—Luis, tú no amas á esa mujer.

—La amo más que á mi vida, mucho más... como amo á mi madre.

—¿Y por qué la abandonas?

—¡Abandonarla!—exclamó Luis con tristeza.—Por grande, por legítimo que sea el amor que siento por ella, ¿tengo acaso derecho á arrancarla de las santas ocupaciones á que ha con-

sagrado su vida?..... ¿Puedo yo en nombre de un amor egoista, de una pasion ciega, apartarla del camino, áspero sin duda, pero glorioso, por donde la conducen sus heroicas virtudes? ¿He de robar á los enfermos que cuida, á los pobres que socorre, á los huérfanos que educa é instruye, su ardiente solicitud, sus tiernos desvelos, su maternal amparo?..... No. Y por ótra parte..... ¿sería más dichosa? ¿Qué puedo yo ofrecerle?..... Las inquietudes, las agitaciones y los peligros del mundo, en cambio de la paz de su alma. No; la Providencia ha dispuesto así las cosas, y me someto sin réplica á sus sabios designios.

—¡Demonio!—gritó Montero impaciente. —Hablas de un modo que no hay manera de contradecirte. Pero vamos al caso — añadió rascándose la frente.—Si..... esto es..... si..... es muy sencillo..... Si la Providencia, como tú dices, en sus sabios designios dispusiera las cosas de otro modo..... si Margarita no renovára sus votos, si volviera al mundo..... ¿me entiendes?..... ¿Quieres hacerme el favor de decirme qué harias?

—Entónces—dijo Luis con triste sonrisa— haria lo que tú me dijeras.

—Cójale V. la palabra—se apresuró á decir el músico.

No sé qué palabras iria á pronunciar Montero, porque al poner en movimiento la lengua se detuvo, quedándose con la boca abierta.

La madre de Luis habia entrado de repente, y clavando con viva ansiedad los ojos en Montero, puso el índice de la mano derecha sobre sus labios imponiéndole silencio. El Maestro se levantó al ver á la señora de la casa, Luis se acercó á su madre, y ante aquella seña expresiva Montero permaneció mudo.

V.

EL COMISARIO DE POLICÍA.

Luis debió advertir en su madre señales de inquietud, pues acercándose á ella le preguntó con admiracion:

—¡Qué ocurre!.....

La señora cogió la mano de su hijo, oprimiéndola expresivamente, y alzando la voz más de lo necesario para ser oida por la persona á quien se dirigia, dijo:

—Luis, en la sala hay un caballero que muestra vivos deseos de verte.

—¡Un caballero!.....—exclamó.—¿No ha dicho su nombre?

—No..... Y en verdad que no se lo he preguntado..... Es persona que no he visto nunca en casa.

Hablaba así gesticulando de un modo particular, cuyo sentido ninguno de los tres entendia.

—¿Dice V. que está en la sala?—preguntó Luis.

—Sí—le contestó su madre.—En ella te espera.

La sala era la habitacion inmediata á la en que se encontraban, y la puerta de comunicacion entre ambas estaba abierta. Así es que Luis al salir del gabinete pudo ver á un hombre de aspecto vulgar, que con el sombrero en la mano se entretenia en examinar atentamente los cuadros que adornaban las paredes, en cuyo exámen se iba acercando poco á poco á la puerta del gabinete.

Tan embebido estaba en la contemplacion de los cuadros, que al parecer no advirtió la presencia de Luis en la sala. Éste, por su parte, aprovechó aquella distraccion para echar una ojeada inquisitiva sobre aquel personaje que tan vivamente deseaba verle.

Por de pronto no vió más que una cabeza gris medio de perfil, una levita negra más larga que airosa, y un pantalon de color de hoja seca, que descendia hasta llegar á unas botas de piel de becerro, ni muy nuevas ni muy limpias, donde se encerraban dos piés anchos y juanetudos. La mano izquierda, echada atras,

sostenia el sombrero cogido por el ala, en tanto que la otra, unida á la cadera, se apoyaba en un baston grueso, cuyo puño se ocultaba en el hueco de la mano. La parte de perfil que Luis distinguia presentaba un conjunto poco agradable: frente estrecha, nariz remangada, boca saliente y barba deprimida, cejas pobladas y prominentes, y bigote recortado como un cepillo.

Despues del rápido exámen de todos estos pormenores, Luis dedujo que aquella persona le era desconocida, y dando un paso hácia ella, la sacó de su distraccion, exclamando:

—¡Caballero!.....

El hombre se volvió rápidamente como movido por un resorte, y al encontrarse frente á frente de Luis pareció sorprendido; mas dejó ver una sonrisa que pretendia ser amable, y haciendo una estudiada reverencia, preguntó:

—¿El Sr. D. Luis?.....

—Góngora —se apresuró á contestar Luis.

—De Cisneros —añadió el hombre desconocido.—¡Ah! son dos apellidos ilustres. Góngora, gran poeta..... Cisneros, gran político. Ya veria V. el cuadro de Manzano que representa al Cardenal en el momento en que, abrien-

do el balcon, señala á la nobleza turbulenta los cañones preparados en la plaza de la Villa..... ¡Pobre Manzano!..... el cólera, que no respeta nada, lo sumergió en la noche de la eternidad..... Por lo que hace á Cisneros, era un hombre que sabía dónde le apretaba el zapato. Ésta es una manera de decir, pues ya sabemos que el insigne Francisco no usó nunca más que las sandalias de la Órden. Toma..... como que era primer ministro y estaba revestido con la dignidad de cardenal, y dormia sobre un mal jergon, y llevaba pegada al cuerpo la camisa de estameña..... ¿Eh? ¿qué tal?..... ¡Vaya un ejemplo para nuestros gobernantes!.....

Luis oia todo esto con atenta curiosidad, y aprovechando los puntos suspensivos con que quiso marcar el efecto de su observacion, se apresuró á decir:

—Veo que es V. aficionado á la pintura, y que conoce algo nuestra historia, cosa que celebro mucho; mas..... perdone V. mi curiosidad y mi ignorancia, deseo saber con quién tengo el honor de hablar en este momento.

—¡Ah, caballero!—contestó inclinándose.—Yo soy un hombre oscuro..... un pobre hombre; honrado..... eso sí, pero pobre..... y sepa

usted que mi apellido no desmerece en nada á los más encopetados; proviene nada ménos que de los Condes de Barcelona, pero ya no suena; ¡los tiempos dan tantas vueltas!..... En fin, yo me llamo Moncada.

—Muy señor mio—añadió Luis, observando que el Sr. Moncada dirigia con frecuencia sus movibles ojos hácia la puerta del gabinete.

No sabía qué pensar de aquel hombre; su apellido no le daba más luz que su persona, y de su conversacion no sacaba nada en limpio. De pronto le ocurrió la sospecha de que pudiera ser un petardista..... uno de esos caballeros de industria del género filosófico y sentimental, de esos que cada dia se inventan una desgracia ó una afliccion, que van contando de casa en casa á cuantos quieren oirlas y pueden socorrerlas..... Unas veces son cesantes desamparados de toda proteccion; otras veces son litigantes que hacen el último esfuerzo contra la parte contraria, que es rica é influyente. Con frecuencia se hacen padres de numerosos hijos, que les piden pan cuando la fortuna insensible va delante de ellos cerrándoles todas las puertas. Nunca les falta una madre moribunda, un

hijo que espira, una tierna esposa que agoniza. Apelan indistintamente al naufragio ó al incendio, y disponen de todas las catástrofes, de todas las aflicciones, de todas las desdichas y de todas las enfermedades que pueden afligir al género humano. Son corteses, afables, hasta risueños..... Son insinuantes, humildes y habladores, y sobre todo, son imperturbables.

¿Sería el Sr. Moncada uno de estos seres? Su aspecto no revelaba miseria, y brillaba sobre su chaleco blanco, de grandes solapas, una enorme cadena de acero, que iba á esconderse en el bolsillo, y que sin duda sujetaba á un reloj, que debia ser una fiera. No obstante, la miseria no va siempre descalza; muchas veces va por el mundo con guantes amarillos. Nuestras leyes de policía prohiben que el pobre pida limosna, si para ello no tiene más títulos que su desnudez y su hambre; para ser pobre es preciso una patente; no se puede pedir limosna sin licencia de la autoridad, pero la estafa es una industria, y se puede ejercer sin prévio permiso, con camisa limpia y hasta con camisa de batista, segun el caso y las circunstancias.

El Sr. Moncada podia muy bien ser un caballero de industria.

Luis quiso salir de la duda, y le preguntó con suma cortesía:

—Tambien espero saber á qué motivo debo el honor de esta inesperada visita.

—¡Sr. D. Luis!.....—exclamó el misterioso Moncada.—El honor es mio, y tanta bondad disminuye las dificultades que me opone mi natural timidez. Vamos al caso.

Aquí se detuvo, sin duda para coordinar sus ideas, y prosiguió diciendo:

—El objeto de mi visita es muy sencillo. Usted mismo, apreciable jóven, lo ha adivinado, al descubrir en mí con singular perspicacia cierta aficion á la pintura. En efecto, soy admirador del arte de Rafael y de Velazquez, cosa que comprenderá V. fácilmente cuando sepa que he dedicado algunos años de mi vida al comercio de cuadros. Han pasado por mis manos obras maestras, *Murillos*, *Carduchos*, *Juan de Juanes*, *Pantojas* y algun *Tenier* que otro. Tambien he picado algo en la escultura, y algo entiendo de antigüedades. Pues bien, amigo mio; sé que V. participa de las mismas aficiones, y contando con su amabilidad, he venido á que V. me favorezca, dejándome ver su pequeño museo.

Luis no ocultó una ligera sonrisa, y le dijo:

—Mi pequeño museo, Sr. Moncada, está reducido á los pocos cuadros que tiene V. delante; lo demas que hay en la casa no vale la pena de verse.

—Modestia, pura modestia. Ya supongo que aquí estará lo selecto, pero supongo tambien que en esos gabinetes habrá algo bueno..... Sin duda alguna mi pretension es impertinente, y voy á descubrirle á V. mi secreto; quiero corresponder á su finura con mi franqueza. Sepa V. que busco un original. Es un encargo, cuyo buen éxito podria valerme la proteccion de un alto personaje, y ya ve V., amigo mio, es preciso vivir.

—Dudo—replicó Luis—que encuentre usted en mi casa lo que busca..... pero, en fin, ¿qué original es ése?

—Permítame V., Sr. D. Luis—dijo el traficante en cuadros con voz y ademan suplicante—que me reserve esta parte de mi secreto; porque..... vamos, la franqueza ante todo, conviene así á mi negocio. He registrado ya várias colecciones de cuadros, reservándome siempre el nombre del que busco; es una precaucion,

que por circunstancias particulares del caso creo necesaria.

—Yo la respeto—le contestó Luis;—mas puedo asegurarle que no encontrará V. en mi pequeña coleccion nada que valga tanto. No poseo ningun cuadro original, y si alguno lo es, será de autor desconocido.

—¿Quién sabe?—replicó el Sr. Moncada. —Acaso V. mismo ignora que lo tiene. Y no crea V. que se trata de una obra portentosa por su mérito, nó; pero hay quien lo desea y pagará su capricho á peso de oro..... Ya ve usted si soy franco. Yo lo conoceré en cuanto le eche la vista encima, aunque esté empolvado y roto. Entónces le diré á V., éste es el lienzo que busco. ¿Quiere V. venderlo? ¿Sí? Entrarémos en negociaciones. ¿No?..... Iré á ver al personaje que lo desea, y le diré: En tal parte está el cuadro, y asunto concluido. ¿Me negará usted este obsequio?

—No tengo inconveniente—le dijo Luis—en que se desengañe V. por sus propios ojos. Pase V. á este gabinete.

Diciendo así, se volvió hácia la habitacion donde habia dejado á su madre, á Montero y al músico, cuya puerta se habia cerrado des-

pues que él hubo salido. En aquel instante debió acordarse del Coronel que tenía oculto en su casa, y se detuvo, rascándose lentamente la cabeza, como quien duda de lo que debe hacer.

Moncada no reparó, ó no quiso reparar en esta circunstancia, y dejando el sombrero en una silla, se dispuso á seguir á Góngora. Éste se acercó á la puerta y llamó con los dedos, preguntando:

—¿Se puede?

Si en aquel momento hubiera vuelto la cabeza de repente, habria sorprendido al traficante en cuadros guiñando los ojos.

La madre de Luis contestó á la pregunta de su hijo abriendo de par en par la puerta, y diciendo:

—Adelante.

Entró Luis, y detras de Luis Moncada, y ambos sondearon la habitacion, recorriéndola de una rápida ojeada; el primero buscando á Montero, y el segundo buscando el cuadro; pero el Coronel no estaba en el gabinete, ni el cuadro tampoco.

—Estos paisajes —dijo Moncada— son Haes puros.

—No —contestó Luis— mirando á su ma-

dre, que le hacia señas con los ojos sin poder comprenderla.—No son Haes, son copias de un admirador de Haes.

Repasando los cuadros, dió Moncada una vuelta al rededor del gabinete, y llegando á la puerta de la alcoba, dió un gran suspiro, exclamando:

—¡Oh! no está aquí el cuadro.

Y se entró en la alcoba como Pedro por su calle. Luis lo siguió encogiéndose de hombros.

La pieza en que los hemos visto entrar era espaciosa, y servia á la vez de dormitorio y de cuarto de vestir. Recibia la luz por un balcon de esos cuyo antepecho de hierro empotrado en el muro les da el aspecto de ventanas; lo cubria su correspondiente persiana verde, y daba á un pequeño jardin de la casa contigua. Los muebles que se encontraban en esta habitacion se reducian á una cama, una mesilla de noche, un ropero, un *lavabo* y dos butacas de guttapercha negra. Sobre la cama se veia la bata que llevaba Montero, y sobre la mesilla de noche habia una bandeja con hilas y vendas, y algunos tarros de cristal, conteniendo sustancias, al parecer medicinales.

—¡Hola!—exclamó Moncada reparando

en este pormenor.—Veo que es V. hombre precavido, pues tiene á la mano el botiquin. ¿Padece V. alguna enfermedad?.....

—No—se apresuró á contestar Luis;—gozo de muy buena salud.

De la alcoba, donde no habia ningun lienzo que examinar, pasaron á la pieza inmediata, que era á un mismo tiempo escritorio y biblioteca. La mesa de escribir se hallaba en medio de la estancia, delante de un gran sillon de baqueta, colocado en el espacio de pared comprendido entre dos balcones, que daban tambien al jardin que ántes he indicado; el resto de las paredes estaba cubierto de estantes llenos de libros.

Moncada descubrió al instante un lienzo que se destacaba sobre el sillon.

—Hola—dijo—copia de Rubens.

—Sí—contestó Luis—es un Descendimiento.

Habia algunos lienzos más, sobre los que pasó Moncada rápidamente la vista.

Luis levantó una cortina que ocultaba una puerta, é invitó al comerciante de cuadros á que entrára, diciéndole:

—Aquí encontrará V. una perla; éste es mi dormitorio.

—¡Cómo!—exclamó Moncada entrando. —Yo creí que V. dormia en la habitacion que hemos dejado al otro lado de la biblioteca.

—No—contestó Luis sencillamente.

—En efecto—siguió diciendo el otro.—Es una perla. Ya lo creo, como que es la *Perla de Rafael*. ¡Gran copia! ¡Gran copia!.....

Salieron á un pasillo que formaba una pequeña galería de cristales, donde Moncada pudo examinar cuadros de cacerías y de batallas, y entraron en el comedor, donde se hallaba la mesa puesta con cuatro cubiertos.

—¡Qué indiscreto soy!—dijo.—Van ustedes á comer, y yo aquí hecho un posma. Y el caso es que hay convidados, porque, segun tengo entendido, ustedes no son más que su señora madre y V.

—Cierto—contestó Luis—pero come con nosotros muy á menudo el caballero que ha visto V. en el gabinete.

—Hoy no será ese solo—añadió el señor Moncada—porque los cubiertos son cuatro.

Luis eludió la respuesta, diciendo:

—Vea V. estos bodegones.

—Son buenos—contestó—muy buenos.

Desde el comedor volvieron á cruzar el pa-

sillo, y entraron en el oratorio, que ya conocemos.

—¡Bravo!—exclamó Moncada.—Este crucifijo es de Zarcillo, estoy seguro de ello.

Del mismo modo registró las habitaciones de la madre de Luis, donde no encontró más que cuadros devotos.

—Aquí—dijo—es inútil detenerse. Esta habitacion parece la celda de una monja; todos los asuntos que veo pertenecen á la Historia sagrada, y el original que yo busco es muy profano, muy profano.

—Pues, Sr. Moncada—le advirtió Luis—ya ha visto V. toda mi coleccion.

—Gracias, amigo mio—le contestó—Es usted un jóven muy apreciable, y le agradezco mucho la confianza con que me ha honrado. No he visto entre sus cuadros mi codiciado original, pero no he perdido nada en examinar su coleccion..... Por lo demas, allá verémos; no pierdo la esperanza de encontrar lo que busco.

Diciendo esto, miraba á su alrededor.

—Por aquí—le dijo Luis—comprendiendo lo que significaba su ademan.

—¡Ah! sí..... no habia visto la puerta.

La puerta que Moncada no habia visto, que estaba cerrada y que Luis abrió, daba á la sala y caia enfrente de la del otro gabinete, donde entraron primero. Este singular personaje tomó su sombrero, dió mil excusas, pidió mil perdones, se ofreció mil veces, y haciendo contínuas reverencias, desapareció al fin en el hueco de la escalera.

Luis volvió á la sala, y se encontró con su madre, que le dijo:

—Esa visita me ha tenido con el alma en un hilo.

—¿Por qué?

—¡Por qué! ¡No lo has conocido!

—Es un Sr. Moncada, traficante en cuadros, á quien no habia visto en mi vida.

—Te equivocas, Luis—replicó la señora. —Ese hombre es el comisario de policía. Marta le conoce de vista, y me lo advirtió al anunciarme su visita.

—¡Ah bribon!..... —exclamó Luis.—Me ha engañado como á un chino. ¿Y Montero?

—Montero supo por mí la clase de hombre que te buscaba, y se entró en la alcoba; se habrá escondido. ¿Temes tú que le haya visto?

—No, no temo eso.

—Pero de todas maneras—advirtió el músico con voz *pianísima*—esa visita es sospechosa.

—Muy sospechosa—repitió Luis pensativo.—Muy sospechosa.

Entre tanto el Sr. Moncada llegaba al fin de la escalera, haciendo el siguiente resúmen:

«He oido su voz desde la sala..... he visto su cama y el botiquin con que todavía se cura la herida, y he visto que tenía su cubierto en la mesa. Mis sospechas han salido ciertas, el pájaro está en esta jaula.»

Al llegar á la puerta de la calle hizo con el baston un movimiento, y se le acercaron dos agentes de policía, que se paseaban tranquilamente por la acera, y les dijo:

—Ya saben VV. las señas.

—Sí—contestaron.

—Pues bien, sigan VV. vigilando la puerta de esta casa..... Mucha vigilancia, mucha.

Hecha esta advertencia, se colocó el baston debajo del brazo, echó atras las manos, y se fué murmurando entre dientes:

«Esta noche cae..... sin remedio..... no tiene escapatoria.»

VI.

¿DÓNDE ESTARÁ?

En efecto, aquella noche la casa en que Luis vivia sufrió un minucioso registro, que empezó en la portería y acabó en las bohardillas. Uno por uno fueron registrados todos los cuartos, por disposicion de la autoridad militar y por medio de agentes militares.

Cada vecino tomó el caso segun su humor ó su carácter; unos murmuraban, otros se sonreian, y todos mostraban en el semblante la expresion más ó ménos viva de la curiosidad y de la sorpresa.

La madre de Luis recibió esta visita, no sin sobresalto, y dejó registrar todas las habitaciones con digna y séria indiferencia. Más inquieta se sintió cuando supo que las pesquisas se extendian á todos los cuartos de la casa; con oido atento y ánimo suspenso siguió á los agentes de la autoridad, que del piso principal pasaron

al segundo, del segundo al tercero, y del tercero al sotabanco, subiendo hasta los últimos términos del edificio, desde donde inspeccionaron los tejados por los tragaluces de las bohardillas.

Pegada á la puerta que daba á la escalera, con el ventanillo abierto para oir mejor, espiaba con impaciente ansiedad el curso de aquellas exploraciones silenciosas; el ruido de los pasos que resonaba sobre su cabeza le iba marcando sucesivamente el itinerario de los que las llevaban á cabo. El ruido de los pasos llegó á extinguirse en el último tramo de la escalera, y por algunos instantes reinó un gran silencio.

De pronto percibió confuso rumor de voces, cuyas palabras no podia distinguir, y volvieron á resonar los tacones de las botas sobre las gradas de la escalera.

Los exploradores bajaban lentamente, dejando en pos de sí las miradas curiosas de los vecinos, que se asomaban á las puertas deseosos de saber el éxito de semejantes pesquisas.

La madre de Luis permanecia inmóvil junto á la puerta, conteniendo con la presion de sus manos los tumultuosos latidos de su corazon. Temia que aparecieran delante de sus ojos, y

sin embargo, lanzaba miradas impacientes al traves de la plancha enrejada del ventanillo. Queria encontrar en la reposada lentitud con que bajaban un rayo de esperanza, y al mismo tiempo aquellos pasos acompasados que se acercaban, haciendo crujir la escalera, llenaban su ánimo de invencibles terrores.

Llegaron al fin al tramo del piso principal, y la madre de Luis los vió pasar, y respiró. No habian encontrado lo que buscaban, habian sido inútiles las pesquisas, el coronel Montero se habia evaporado.

Cuando Moncada, que esperaba en la calle el resultado de la exploracion, supo el mal éxito de su empresa, frunció el entrecejo, movió la cabeza, y dijo para sus adentros:

—Imposible. No ha podido evadirse por ninguna parte. Estoy seguro de la vigilancia con que se ha guardado la puerta; por ella no ha salido; por las bohardillas no tiene escape. Los balcones que dan al jardin de la casa contigua están á una altura respetable. No se salta de un piso principal con entresuelo á ningun jardin del mundo, sin la seguridad de romperse una pierna. Ademas, y esto es concluyente, los he vigilado yo mismo durante el registro hecho

en la casa; luégo el terrible Coronel está dentro, luégo los encargados de cumplir la órden de su prision son unos imbéciles ó unos traidores..... Si yo hubiera dirigido el registro, ya estaria en poder de los tribunales; mas no conviene dar la cara en esta clase de negocios. Si es habido será fusilado..... pero, ¿y si no lo fusilan?..... Entónces, pobre de mí; Montero es muy mal enemigo, y á mí me gusta estar bien con todo el mundo, porque es preciso vivir.

Meditando de esta manera, se echaba el sombrero hâcia atras y se rascaba la frente.

—Bueno—añadió despues—es un golpe en vago, percances del oficio; no hay que desesperarse..... Filosofía, esto es, sobre todo filosofía. Persistiré en mi secreta vigilancia, y ruede la bola. Muy difícil le va á ser al pájaro escaparse de la jaula en que está encerrado.

Al llegar aquí miró á lo largo de la calle, y dando media vuelta se entró en el primer portal que encontró al paso, huyendo de confrontarse con Luis, que acudia presuroso, sin duda alguna sabedor de lo que acababa de suceder en su casa.

La portera se hallaba al pié de la escalera comentando el suceso y enterando á algunos

curiosos de lo ocurrido, cuando Luis llegó, y deteniéndose delante de la portera, le preguntó con fingida sonrisa y con verdadera ánsia:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Nada—contestó la portera;—en resúmen, nada; que nos han registrado de arriba abajo..... Como si esta casa fuera una cueva de ladrones.

—Y bien, ¿qué?.....—volvió á preguntar Luis.

—Pues..... eso—contestó de nuevo la portera.—Cuarto por cuarto, habitacion por habitacion, desvan por desván..... en todas partes han metido la cabeza. Y eran cuatro..... cuatro, y uno que los dirigia..... los he contado yo con estos ojos que se ha de comer la tierra.

—¿A quién buscaban?—insistió Luis preguntando.

—Al rey que rabió..... porque ellos, despues de dar una vuelta en redondo, se han tenido que ir más serios que una esquina y con tres palmos de narices.

Luis no quiso saber más, y subiendo precipitadamente la escalera, entró en su casa.

Su madre lo esperaba, y ella misma le abrió

la puerta ántes que llamára, porque lo habia conocido en los pasos.

—Sé—dijo Luis—que hemos sufrido un registro escrupuloso.

—Escrupulosísimo—añadió la madre, en todas las habitaciones de la casa; cuarto por cuarto, desde el sótano á las bohardillas. He creido que lo cogian, pero nada. Y él debe estar dentro de la casa.

—Sin duda—añadió Luis asombrado.—No ha podido escaparse. Desde que el tunante del comisario nos hizo su alevosa visita, hemos tenido guardia de honor en la puerta; por consiguiente, no ha podido salir sin caer en sus manos..... ¿Y adónde habia de ir con la cabeza liada y en mangas de camisa, pues la bata se la dejó encima de la cama, y en el ropero están sus polainas, sus pantalones y su americana?..... sombrero no tiene, y no falta ninguno de los mios. ¿Dice V. que cuando supo que el comisario de policía me buscaba se entró en la alcoba?

—Eso es..... se entró en la alcoba, y desde ese momento no se le encuentra por ninguna parte; ó se lo ha tragado la tierra, ó se lo ha llevado el aire.

—Por arriba tal vez.....

—Es imposible, hijo mio; los tejados de esta casa no se comunican con los de las casas vecinas, y las gentes que habitan las bohardillas lo habrian visto, y figúrate.....

—Sin duda ha encontrado asilo en alguno de los cuartos de la casa. Huyendo de ser reconocido por Moncada, saldria de la alcoba, daria la vuelta al pasillo y tomaria la escalera, refugiándose en el cuarto segundo..... ó en el cuarto tercero..... ó en el sotabanco.....

La señora movió su noble cabeza en señal de incredulidad, y replicó diciendo:

—Si así fuese, lo sabriamos, porque supongo que no se esconderia de nosotros; ya nos lo hubiera advertido de algun modo, aunque no fuera más que por no tenernos en la inquietud en que estamos. Ademas, lo hubieran cogido, pues ya sabes que han registrado toda la casa. Pero hay más. Para tomar la escalera, como tú dices, ha tenido que salir por la puerta, y es el caso que Eusebio no se ha movido del recibimiento en todo ese tiempo, y no ha visto salir á nadie.

A Luis le parecieron tan concluyentes las observaciones de su madre, que exclamó con repentino convencimiento:

—Entónces..... no hay remedio..... está en casa.

—¿Y en dónde?.....—preguntó la madre. —¿No lo hemos buscado inútilmente por todos los rincones?..... ¿Dónde podria estar oculto, que no lo hubieran encontrado los que han venido á prenderle?..... No, hijo mio, no está en casa.

—Es singular esto—dijo Luis.

—Yo—añadió la madre—no acierto á explicarme esta desaparicion incomprensible.

—Si hubiera pozo en esta casa, creeria que se habia arrojado en él de cabeza; pero ni siquiera esa salida ha tenido, y sin embargo, no parece ni muerto ni vivo. ¡Dónde estará este hombre!.....

La señora bajó los ojos, no teniendo nada que replicar á las palabras de su hijo, y ambos permanecieron silenciosos, llenos de confusion y de asombro.

El caso no era para ménos, la confusion de la madre y del hijo estaba justificada. No habia podido escaparse, á lo ménos sin dejar algun rastro de su evasion, alguna señal de su fuga, algun indicio de su huida; y sin embargo, en la casa no se le encuentra. Entra en la

alcoba, y en ella desaparece; allí se evapora como un espíritu, se disipa como una sombra. Allí está la bata recostada sobre la cama, dejando ver sus mangas huecas y su cuello vacío; parece que se encoge de hombros, como si quisiera decir que no sabe nada.

¿Dónde se ha metido el coronel Montero, que con igual tenacidad y con el mismo misterio burla las activas pesquisas de los enemigos que lo persiguen, y la solicitud cariñosa de los amigos que lo amparan? Si no ha recibido de repente, por un privilegio especialísimo, el dón singular de poseer alas, ó el no ménos raro de hacerse invisible á los ojos mortales, ¿cómo ha podido escapar, ó cómo puede ocultarse?

¿Pudo huir?..... ¿Cómo?

¿Permanece oculto en la misma casa en que se escondia?..... ¿Dónde?

Tales eran los términos precisos del problema que la madre y el hijo se encontraban planteado, sin que encontráran manera alguna de resolverlo. Llamaban obstinadamente á una puerta, que más obstinada todavía, se negaba á abrirse. Sentian, por una parte, la viva curiosidad que forzosamente habia de despertar en ellos tan singular y misterioso suceso, y agita-

ba sus ánimos el interes que les inspiraba la suerte de aquel hombre, á quien la madre queria como á un hijo, y á quien el hijo queria como á un hermano.

Se ve, pues, que tenian sobrado motivo para devanarse los sesos en inútiles conjeturas, y para alarmarse y afligirse con tristes suposiciones. Es verdad que por de pronto Montero habia escapado del peligro de caer en manos de sus perseguidores, pero ¿quién sabe los riesgos á que se hallaria expuesto en aquellos instantes? ¿Qué sería de él?..... ¿Dónde se hallaria?..... Convaleciente aún de la terrible herida, medio desnudo, y probablemente hambriento, puesto que habia desaparecido ántes de comer, eran circunstancias que hacian más grave la situacion en que debia encontrarse. Pensaban todo esto con el dolor de no poder socorrerlo.

Ni la madre ni el hijo habian comido, y si se sentaron á la mesa fué para acompañar al músico, que debia comer con ellos; esfuerzo casi inútil, porque el pobre Maestro, participando de las mismas inquietudes, apénas probó bocado. La noche, que se presentaba, no debia ser ménos inquieta; la madre y el hijo acabarian al fin por acostarse, pero de seguro nin-

guno de los dos pegaria los ojos, dando cada uno en su imaginacion vueltas y más vueltas á tan extraordinario acontecimiento.

De repente Luis hizo un movimiento que indicaba la sorpresa que uno mismo se causa cuando tropieza con la clave del enigma que pretende descifrar. Su madre lo miró atentamente, preguntándole:

—¡Qué te ocurre!.....

—Me ocurre—contestó—que Montero es capaz de todo.

—Sin duda alguna es audaz—añadió la madre—pero.....

—Espere V. La fortuna ayuda á los audaces, dice un proverbio latino.

—Hay otro en castellano mucho más sabio y de orígen divino, que dice: el que ama el peligro en él perece.

—Es verdad, mas en el caso en que nos encontramos hay que convenir en que Montero no buscaba el peligro, sino que era el peligro de lo que huia, probablemente por la primera vez de su vida. Pues bien, lo creo muy capaz de haberse arrojado al jardin desde el balcon de la alcoba.

—¡Luis!—exclamó la madre.

—Sí, señora; la altura es grande y el salto mortal: convengo en que de ciento que lo intentáran noventa y nueve se romperian las piernas; pero quizá él no se ha roto ninguna. En tal caso, por la casa inmediata ha podido evadirse.

—No lo creo—replicó la señora;—lo hubieran visto. Siempre están en la portería el cochero ó el lacayo ó los mozos de cuadra; el portero es una especie de cancerbero, que le habria cerrado el paso. Ya ves tú, su traje y su aspecto eran más bien para inspirar sospechas que confianza.

—Convengo en que la dificultad que V. me presenta es atendible, y sin embargo, insisto; él se ha tirado por el balcon, pero no ha salido de la casa.

—Explícate.

—Mire V., una vez en el jardin y viendo la imposibilidad de ganar la calle, habrá buscado algun sitio donde esconderse; por ejemplo, en la perrera que vemos desde nuestros balcones, que está deshabitada desde que se murió aquel famoso inquilino que se pasaba las noches ladrando. Allí oculto, y casi seguro de no ser sorprendido, espera las altas horas

de la noche para volver por el mismo camino.

—Es posible, Luis, es posible—dijo la madre.

—Yo—añadió él—no le encuentro otra salida.

—Pero bien—continuó ella—Montero ha podido saltar desde el balcon y caer en el jardin sin lesion ninguna, esconderse sin ser visto y esperar las altas horas de la noche; mas, hijo mio, no es lo mismo bajar que subir.

—Espere V. un momento..... Vuelvo al instante.

Diciendo esto, salió apresuradamente de la sala donde se hallaban. Volvió á los pocos minutos, trayendo en las manos un cordel de cáñamo, bastante fuerte para sostener el peso de un hombre.

—Aquí tiene V.—dijo—mi respuesta; este cordel le servirá para subir, yo lo esperaré detras de la persiana.

—Vamos, vamos—añadió la señora—ya debe ser tarde.

Los dos entraron en el gabinete y pasaron á la alcoba, colocándose en el hueco del balcon y sondeando el jardin con los ojos por debajo de la persiana.

—Será preciso—advirtió Luis en voz que sólo su madre podia oir—hacerle comprender que lo esperamos.

—¿Y cómo?—preguntó la señora.

—Tosa V. de manera que él lo oiga.

La señora tosió con esa tos que todas las mujeres conocen, y que quiere decir: «Aquí estoy yo.»

Esperaron largo tiempo con la mirada inquieta, el oido atento y la boca muda.

Se oia el rumor confuso de los criados de la casa, que tenian su tertulia en la portería, y se veian luces en las habitaciones de la casa, al traves de las ventanas que daban al jardin.

Por fin, un reloj con bronco acento anunció que eran las doce, y una serie de relojes, que parecia interminable, fué repitiendo en diversidad de timbres las doce mortales campanadas.

Poco á poco fueron extinguiéndose las luces que iluminaban las ventanas, cesó el rumor de voces y todo quedó en silencio.

Esperaban con inquietud, con ánsia, pero sin impaciencia; contaban con que Montero no saldria de su escondite hasta estar seguro de que todo el mundo dormia.

Dió la una, hora solitaria y triste, y la ma-

dre de Luis volvió á toser más recatada, más misteriosamente, para que el Coronel lo entendiera mejor. Esperaron en silencio, y más de una vez creyeron distinguir alguna sombra que parecia adelantarse hasta los piés del balcon; la madre y el hijo se oprimian mutuamente las manos que tenian asidas, y la sombra se desvanecia. Las tinieblas en que el jardin se hallaba envuelto formaban una especie de oleaje mudo é impálpable, que en ondas silenciosas venía á estrellarse al pié del balcon. De vez en cuando el viento se deslizaba entre las anchas hojas de un castaño de las Indias, que tendia sus ramas en medio del jardin, y susurraba suavemente como imponiendo silencio.

Así pasó otra hora, y dieron las dos.

La madre de Luis acercó la boca al oido de su hijo, para decirle:

—No parece.....

—No—repitió él.

—¿No temes que al saltar por el balcon haya sufrido algun golpe, que ahora le impida salir de su escondite?

Luis contestó:

—O es eso, ó es que se ha dormido; es muy capaz de estar durmiendo á pierna suelta, y en

cualquiera de los dos casos, en vez de esperarlo hay que ir á buscarle.

—¡Qué dices!.....—exclamó la madre sobresaltada.

Luis le impuso silencio, poniéndole el dedo en la boca, y en seguida sujetó fuertemente un extremo del cordel al hierro del balcon, apartó suavemente la persiana y saltó al otro lado. Tendió la señora los brazos para detenerle, pero se contuvo y cruzó las manos.

Comenzó Luis á escurrirse por el cordel, como el que baja á un pozo, y su madre lo vió llegar á tierra, soltar la cuerda y sumergirse en la oscuridad..... hasta perderlo de vista.

Entónces se hincó de rodillas y llevó á la boca las manos cruzadas, oprimiendo con ellas los labios, sin duda para contener el grito de ansiedad que queria escaparse de su alma.

———

VII.

LA FUGA.

Dejamos á Luis sumergido en las oscuridades del jardin, miéntras su madre, arrodillada en el balcon apoyando la frente en el hierro del pasamano, lo seguia con su corazon y con su pensamiento, llena el alma de ansiedad indecible. La vida de su hijo no corria ciertamente grave peligro; pero vaya V. á convencerla de que no podia acaecerle alguna desgracia imprevista. Pongámonos en su lugar, y verémos que no habria sido menor nuestra inquietud. Semejante excursion, verificada en el silencio de la noche y al amparo de las tinieblas, no dejaba de ser peligrosa. Luis podia verse descubierto, hallándose repentinamente acometido, porque los criados que lo sorprendieran registrando cautelosamente aquella parte de la casa, no se detendrian á discutir si era éste ó el otro el fin que lo guiaba; darian por supuesto que no se encontra-

ba allí ni por equivocacion, ni por casualidad, ni por capricho; y sin más exámen creerian *á pié juntillas* que iba á buscar lo ajeno contra la voluntad de su dueño; lo tomarian por ladron, y aunque vieran que no era más que uno, gritarian inmediatamente «ladrones, ladrones».

Esta escena, con todos sus pormenores, con todos sus detalles, se representaba en la imaginacion inquieta de la atribulada señora con esa cruel minuciosidad con que el temor nós pinta en los momentos críticos las situaciones más ó ménos terribles que nos amenazan.

«Muerto ó vivo, decia allá en el fondo de su pensamiento, caerá en manos de los criados si llegan á descubrirlo, porque no tiene por dónde escapar, y una circunstancia cualquiera, insignificante, y por lo mismo imprevista, puede hacer que sea descubierto. Entónces.....»

Ante semejante idea se detenia con espanto; pero su alma, fuerte por la virtud y heróica por la bondad de su corazon, se sobreponia á la contingencia de tan terrible caso, llena de esperanza, de esa viva esperanza que en los más grandes peligros infunde la conciencia íntima de las buenas acciones; la cobardía es propia de los culpables, porque el valor es la virtud de las

virtudes. Mas era madre, y el temor volvia de nuevo á despertar las inquietudes de su ternura.

Ciertamente la situacion de Luis era comprometida, porque en el caso probable de ser sorprendido, ¿cómo explicaria su presencia en el jardin á tan sospechosa hora y de aquel modo? Y ¿cómo descubrir la verdadera causa de tan intempestiva visita?..... Por otra parte, descubierto Luis, Montero no podria permanecer mucho tiempo oculto, y ya sabemos la triste suerte que le aguardaba si caia en poder de los tribunales militares encargados de juzgarle.

La buena señora, cómplice de la noble generosidad de su hijo, tenía motivo fundado para temblar de piés á cabeza. Temblaba por Luis, cuya vida y cuyo nombre corrian inminente riesgo; temblaba por Montero, que una vez cogido sería fusilado irremisiblemente, y temblaba por ella misma, que, á pesar de la gran fortaleza de su ánimo, no se sentia con vigor bastante para soportar tan terribles desgracias.

Inmóvil, descansando sobre sus rodillas y apoyada la frente sobre el hierro del balcon, lan-

zaba inútilmente sus miradas al traves de la persiana caida, y sus oidos atentos sólo percibian esos ruidos mudos con que parece que está lleno el silencio profundo de la noche; y no obstante, creia sentir los pasos de su hijo, y creia distinguir su sombra en medio de las sombras.

De repente rasgó el silencio un rumor ronco semejante al que producen al girar uno sobre otro los goznes enmohecidos de una puerta desvencijada: mas aquel ruido, como asustado de sí mismo, se desvaneció, dejando como única huella de su paso, el estremecimiento del terror en los miembros de la madre.

Poco despues de este ruido, que indicaba la indiscrecion de una puerta escandalosa, poco acostumbrada á girar sobre sus goznes imprudentes, resonó, haciendo temblar el aire, el vigoroso relincho de un caballo. Entónces la madre de Luis oyó con espanto una voz de hombre que, con acento ronco y desabrido, gritaba:

—Juan..... Juan.....

Otra voz contestó en confuso rumor de palabras que no eran inteligibles. En seguida apareció una luz iluminando los cuadros de las ventanas que daban á la caballeriza. Al res-



plandor de esta luz, que por la fuerza del contraste hacia más profunda la oscuridad del jardin, vió la madre de Luis la sombra de un hombre que al otro lado de la ventana se movia yendo de un punto á otro de la cuadra. Su ansiedad en este momento debia ser indecible. ¿Irian á realizarse sus temores?..... ¿Sería, al fin, su hijo descubierto por los criados?..... ¿Qué iba á suceder si llegaba á ser sorprendido?

Toda ojos y toda oidos, asida con ambas manos á los hierros del balcon para no caer desfallecida, permaneció inmóvil en aquella postura en que ya estaba hacia más de media hora.

Poco á poco se restableció el silencio, únicamente interrumpido por los herrados cascos de los caballos, que de vez en cuando golpeaban las baldosas de la caballeriza con tenaz impaciencia; pero la luz continuaba encendida proyectándose en los cuadros de las ventanas, cuyos huecos se alzaban á la altura de un metro sobre el piso del jardin.

Algunos minutos despues le pareció que temblaban los hierros del balcon que tenía asidos con las manos, y por un movimiento rá-

pido é involuntario se puso de pié. Ántes que pudiera darse cuenta de lo que habia sentido, notó que la persiana se movia cautelosamente, y vió aparecer una cabeza que ascendia por el ángulo del balcon, merced á dos brazos vigorosos que se dilataban y se contraian agilmente sobre el cordel pendiente del pasamano adonde estaba sujeto.

Era Luis, que volvia de su expedicion sano y salvo. Con el mismo silencio con que habia subido penetró en su casa, y recogiendo el cordel, lo desató, abandonando el balcon por donde habia bajado..... Salió de la alcoba, cruzó el gabinete y entró en la sala, donde comenzó á pasearse de un extremo á otro. Su madre lo siguió, y viendo que guardaba silencio, le dijo:

—¿Y bien?.....

—Nada—le contestó.

—¿Qué sucede?—volvió á preguntar la Señora.

Esta vez la respuesta fué más lacónica todavía; pues Luis se encogió de hombros, y ella añadió:

—¿Me anuncia tu silencio alguna desgracia irremediable?

—En honor de la verdad—dijo Luis—no sé qué pensar.

—Habla, hijo mio, habla; la incertidumbre es demasiado cruel para que te complazcas en martirizarme con ella.

Luis se detuvo delante de su madre, la miró con respetuosa ternura, y tomando una de sus manos, la besó, diciendo:

—Perdone V. mi preocupacion.

—Vamos, dime, ¿qué has visto?

—Lo he registrado todo y no he visto nada..... A Montero se lo ha llevado el aire.

La madre y el hijo se retiraron á sus respectivas habitaciones sin encontrar la clave de aquel enigma. Apénas amaneció, Luis, que no se habia desnudado, cogió el sombrero y salió á la calle. El portero de la casa del jardin estaba ya de pié respirando majestuosamente en el portal el fresco de la mañana, y Luis se detuvo á leer una tablilla que, pendiente del quicio de la puerta, anunciaba á los transeuntes que allá en lo más alto y en lo más interior de la casa habia una habitacion desalquilada.

—Hola, vecino—exclamó el portero viendo á Luis leer el anuncio de la tablilla—¿se busca casa?

—Casa precisamente—contestó Luis—no busco; pero tal vez este sotabanco me convenga. ¿Tiene mucha luz?

—Mucha; como que está en el quinto cielo..... Allí no se pone nunca el sol.

—¿Y se puede ver?

—Ya lo creo..... Aquí tiene V. la llave, casualmente la llevo en el bolsillo desde ántes de ayer que me la entregaron; ¿querrá V. creerlo?...., pues áun no he tenido tiempo de subir á ver cómo han dejado aquello. Quizá se encuentre V. la puerta abierta, porque me parece que los inquilinos al irse me dijeron que no habian podido cerrarla. Pero, ya se ve, yo no puedo abandonar ni un instante la portería; ése es mi deber..... y esto de ser portero tiene más *intringulis* del que parece; por de pronto se necesita gran golpe de vista..... ojo..... mucho ojo, y por aquí no pasa el aire sin que yo lo vea. Ahora no tiene V. más que subir, subir y subir; llegará V., Dios mediante, al último piso y allí no hay pérdida.

Luis oia con interes la charla del portero al mismo tiempo que hacia observaciones topográficas de suma importancia.

Observaba que habia dos escaleras, una á la

derecha y otra á la izquierda; la primera, cerrada con cristales, conducia al piso principal, y de allí no pasaba, la otra subia hasta los últimos términos de la casa. Esta segunda escalera se levantaba, retorciéndose sobre sí misma, detras del aposento de la portería, y viniendo de la calle era imposible llegar al pié de ninguna de las dos escaleras sin ser visto por el portero; mas no sucedia lo mismo viniendo de la caballeriza, sobre todo por lo que hace á la segunda escalera, que, como he dicho, arrancaba detras de la portería.

Inmediatamente formó Luis su composicion de lugar, y atando todos estos cabos discurrió del modo siguiente:

«Montero saltó del balcon al jardin huyendo de Moncada, esto es indudable. Una vez en el jardin, debió buscar salida, y pudo llegar hasta el pié de la escalera sin ser visto por el portero..... y no pudiendo salir por abajo, buscó una salida por arriba.»

En vista de este razonamiento, que le pareció concluyente, tomó la llave del sotabanco que el portero le presentaba, y se lanzó á la escalera subiendo de dos en dos los escalones, casi seguro de que Montero, hallando abierta la puer-

ta del cuarto desalquilado, habria entrado en él como Pedro por su calle. Tal vez habia encontrado por aquellas alturas el camino de su evasion, y en caso contrario, quiere decir que permaneceria en aquel escondite algo más cómodo y más seguro que en la perrera del jardin, esperando una coyuntura favorable.

Pensando así, llegó al último tramo de la escalera, encontrándose una puerta á la derecha y otra á la izquierda y un largo pasillo en medio de ambas, cuyo término era la puerta del cuarto desalquilado. Dirigióse á ella, y no tuvo necesidad de hacer uso de la llave, porque la puerta estaba entornada; empujóla y entró cantando para advertir al fugitivo que era un amigo el que iba en su busca. Pero tampoco estaba allí Montero. Luis se convenció de ello luégo que hubo registrado hasta el último rincon del cuarto.

Sin duda alguna se habia evadido por el tejado, y ganando los tragaluces de la casa inmediata habria podido penetrar hasta la escalera y encontrar salida á la calle. Esto era fácil, porque la casa inmediata, de pobre apariencia, se prestaba á la evasion. Pero hé aquí que era imposible, Luis lo advirtió con profundo des-

aliento. Era imposible, porque todas las ventanas del cuarto tenian cerrados los cristales y corridos los pasadores, y es imposible escaparse por una ventana y dejarla cerrada por dentro.

Perdida la última esperanza de dar con la pista de Montero, Luis salió del cuarto, bajando la escalera con esa lentitud meditabunda en que suele caer el hombre á quien no le sale la cuenta. El portero le vió llegar, y le dijo:

—¿Que tal?..... ¿acomoda el cuarto?

—No, le contestó Luis entregándole la llave.—Me he llevado un gran chasco. Creí encontrar en él más luz.

—¡Más luz!—repitió el portero con asombro.—No hay en Madrid un cuarto más claro que ése.

Diciendo esto se echó las manos á la espalda y se dirigió al portal; mas volviendo la cabeza de repente miró á Luis, y guiñándole el ojo, le dijo con acento confidencial:

—Siguen las pesquisas.

—¿Pues?—preguntó Luis.

—Sin duda—contestó el portero.—El registro de anoche me lo tenía yo calado. A mí no se me escapa nada, y hacia ya tres dias

que observaba mucha vigilancia en esta calle por parte de la autoridad, y anoche dieron el golpe.

—¿Se sabe á quién buscaban?—preguntó Luis.

—Buscaban á un pájaro gordo. Desde mucho ántes de anochecer tuve yo aquí de planton al comisario de policía en persona que estuvo vigilando..... desde esa puerta de cristales, los balcones de su casa de V. que dan al jardin.

—¿Y al fin lo cogieron?

—Ca, no señor—contestó el portero.

—¿Logró escaparse?

—Tampoco..... Se conoce que traian los informes equivocados y erraron el golpe; pero sigue la vigilancia, y me parece que hoy aquí, mañana allí, van á registrar toda la manzana..... ¡Ah! como esté dentro estoy seguro de que no se les escapa. Han tomado todas las precauciones imaginables. Los agentes llevan su retrato en fotografía..... Yo lo he visto, y se conoce que es un hombron como un castillo, con unos bigotazos que le llegan á los hombros.

—¡Infeliz!—exclamó Luis.

—Ya lo creo—añadió el portero—no quisiera yo encontrarme en su pellejo; pero ¡de-

monio! buen susto nos hicieron pasar el dia veinte y dos.

Luis volvió á su casa lleno de tristes presentimientos acerca de la suerte de Montero; entró en la habitacion de su madre, y la comunicó sus nuevas y poco favorables averiguaciones, participando ambos de los mismos temores y de las mismas inquietudes. Cuantas más vueltas daban á tan incomprensible desaparicion, más inexplicable les parecia.

—Es imposible—decia la madre—que haya podido salir de esta manzana de casas.

—Creo lo mismo, y en ese caso.....

Luis detuvo la palabra en su boca, porque la campanilla de la puerta habia sonado, violentamente sacudida. Indudablemente llamaba una persona á la cual le urgia entrar pronto.

—¿Será él?—exclamó la madre.

Luis debió sentir la misma sospecha, ó mejor dicho, la misma esperanza; porque levantándose de la modesta butaca de guttapercha en que habia dejado caer todo el peso de su desaliento, se dirigió apresuradamente á saber por sí mismo quién era el que de aquella manera llamaba. Mas al abrir la puerta de co-

municacion entre el gabinete de su madre y la sala, retrocedió sorprendido.

—No hay que asustarse..... Soy yo, que por lo extraordinario de las circunstancias me meto aquí sin prévio permiso.

Decia esto el Maestro de música sin atreverse á pasar del umbral de la puerta, y mostrando en su respiracion tumultuosa y agitada que habia corrido como un caballo de posta.

—Adelante—dijo la señora acabando de abrir la puerta.

—¿Qué hay?—le preguntó Luis.

—Hay una carta que acabo de recibir hace tres minutos por el correo interior, la he leido de prisa y corriendo, y he venido á escape á traérsela á VV.

—¿Y bien?—añadió Luis.

—Es una carta famosa, que el Coronel ha tenido la bondad de escribirme.

—¡Montero!.....—exclamaron á la vez la madre y el hijo.

—No firma—continuó diciendo el músico, ni yo conozco su letra; pero esta carta—añadió mostrando un papel en la mano—sólo él ha podido escribirla.

—¿Dónde está?..... ¿Dónde se halla? pre-

guntó la madre de Luis, como si repitiendo la pregunta obtuviera más pronta respuesta.

—No sé—contestó el músico encogiendo á la vez los labios y los hombros—porque la carta tampoco tiene fecha; mas debemos suponer que estará ya muy léjos.

—¡Muy léjos!..... ¿Luégo está libre?

—Sí, señora, libre. Pero lean VV., lean ustedes este curioso documento.

Luis tomó la carta que el Maestro le presentaba, la sacó del sobre en que iba encerrada, y leyó lo siguiente:

«Insigne Maestro: Á V., que tiene la cabeza llena de música; á V., que conoce los más íntimos secretos de las corcheas; á V. es á quien debo dirigir esta solfa, para que ántes que nadie sepa la gran noticia de mi feliz inspiracion. Sí, ilustre músico; aquella fuga de que hablábamos hace tres horas, y que á V. le parecia tan difícil, ha salido como una seda. Fué pensarlo y hacerlo, coser y cantar, un momento de inspiracion sublime, un golpe de genio. ¡Qué fuga, Sr. Maestro, qué fuga!..... Estoy loco de alegría, porque me parece que empiezo á tener juicio. Léale V. á Luis inmediatamente estos renglones, que escribo á escape en

la mesa de un café, con mal papel, con malísima tinta y peor pluma..... y hagan VV. el favor de quedarse con la boca abierta..... en señal de asombro.

»Si me vieran VV., no me conocerian..... ¡Qué transformacion!..... Yo mismo no me conozco..... Me miro por fuera, y no soy el mismo; me miro por dentro, y soy otro..... *Dán, dán, dán, dán*..... Éste es el primer toque de la campana, que avisa para que los viajeros vayan instalándose en sus respectivos coches. El tren va á partir, yo he tomado ya mi asiento de tercera; voy á viajar como un príncipe.»

Luis dejó de leer sin quitar los ojos de la carta, y su madre le dijo:

—Sigue, sigue.

—No dice más, señora—advirtió el músico.

—En efecto—añadió Luis—aquí concluye la carta.

Los tres, como Montero les advertia, se quedaron con la boca abierta en señal de asombro.

VIII.

Á SAN JUAN DE LUZ.

Evidentemente el coronel Montero se habia propuesto volver locos á sus más íntimos amigos y á sus más encarnizados perseguidores, pues miéntras el comerciante de cuadros, el astuto Moncada, proseguia en el obstinado empeño de darle caza, Luis, su madre y el músico se devanaban los sesos en secretas conferencias, tratando de averiguar por dónde habia podido escaparse.

La vigilancia establecida por la policía al rededor de aquella manzana de casas, hacia inverosímil toda tentativa de evasion por la calle; por consiguiente, debia haber encontrado la puerta de escape de tejas arriba; esto es, por las bohardillas; mas admitiendo la imposibilidad de llegar por los tejados á cualquiera de las casas vecinas que formaban la manzana, la misma dificultad les cerraba el paso; habria te-

nido que salir por la puerta de alguna casa, y todas las puertas estaban vigiladas.

Era preciso renunciar á semejante hipótesis, á no suponer que hubiera podido de un salto increible trasladarse de un tejado á otro, dejando la calle en medio.

Bajaban, pues, de las bohardillas, renunciando á hacer nuevas indagaciones sobre los aleros pendientes de los tejados. Bajando, bajando, llegaba la discusion del caso hasta arrastrarse por el suelo, buscando en la oscuridad de los sótanos el rayo de luz que no habian podido encontrar en las claridades de los últimos pisos, cuando Luis se dió una palmada en la frente.

—*Eureka* —dijo.

—Su madre y el músico lo miraron atentamente, pues áun cuando ninguno de los dos sabía griego, y ambos á la par ignoraban hasta las nociones más elementales de la lengua latina, comprendieron por el ademan el sentido de la palabra *Eureka*, y la tradujeron mentalmente, diciendo cada uno para sus adentros: ha dado en el *quid*. Luis añadió con profundo convencimiento:

—Es evidente, se ha escapado por la alcantarilla.

—Sin duda—exclamó el Maestro.—Hemos estado muy torpes. La cosa es clara, clarísima; es más fácil escurrirse como una rata que volar como un pájaro. Sí, señor; ha sido una fuga subterránea.

—Poco á poco—advirtió la madre.—¿Tienen VV. noticia de que haya alguna comunicacion abierta?..... Me parece que esa suposicion es tan descabellada como las otras. Á lo ménos, ¿si hubiera tenido tiempo para abrir una mina?..... Pero creo que no llevarán ustedes el empeño de explicarse la evasion del Coronel hasta el punto de creer que las paredes se han abierto para darle salida. Por testarudo que sea, me parece á mí que no habrá intentado horadar los cimientos de la casa golpeándolos con la cabeza.

—¡Oh!—exclamó el Maestro.—Eso es indudable, tanto más cuanto que su cabeza debia estar aún muy débil de resultas de la herida.

—Hay—siguió diciendo la madre—una suposicion probable.

—¿Cuál?.....—preguntó Luis.

—Imagínate que ha sobornado á cualquiera de los que vigilan las puertas de las casas, y ya ves, en ese caso su evasion es bien natural.

—¡Diablo!..... —dijo el Maestro. —Eso debe ser..... Usted, señora, ha dado en la tecla. Estábamos en babia. No hay que darle más vueltas al asunto, el oro todo lo puede.

Luis replicó:

—No tengo por cosa difícil que cualquiera de los que vigilan las puertas se dejára sobornar, mas ya sabemos que desde la mañana del dia en que el Sr. Moncada nos hizo la visita, la policía secreta, estratégicamente colocada, nos tiene sitiados de dia y de noche; por consiguiente, no le bastaba sobornar á uno, era preciso sobornar á muchos.

—No veo en ello—advirtió el Maestro—ningun inconveniente.

—Yo encuentro uno—se apresuró á decir Luis—uno insuperable. ¿Á quién podia sobornar en mangas de camisa y sin un cuarto en el bolsillo?

—Eso no tiene réplica—añadió el músico.

—En ese caso—dijo la señora—será preciso convenir en que no ha salido por ninguna parte.

El Maestro se inclinó en ademan de asentimiento, y Luis y su madre se echaron á reir sin poder contenerse.

—Quiero decir—añadió—que el Coronel nos va á volver locos con su incomprensible fuga; no sabemos hablar de otra cosa, y siempre sacamos en limpio que no ha podido huir por ninguna parte; pero entónces, ¿cómo nos escribe desde la mesa de un café, indudablemente del café de la estacion, á punto de tomar el portante, Dios sabe para dónde?..... Hé ahí lo extraordinario.

—Contentémonos con saber que se halla léjos del peligro que le amenazaba.

Al oir estas palabras en boca de su madre, hizo Luis un gesto de duda, y ella le preguntó:

—¿Desconfias?

—No las tengo todas conmigo, hace cinco dias que espero noticias seguras que me tranquilicen; pero no llegan. Él ha debido dirigirse al extranjero, y ya ha tenido tiempo de escribirme. Mas..... ¡quién sabe lo que puede haberle sucedido en el camino!

—No participo de tus temores, hijo mio; Dios ha salvado á Montero, no lo dudes. Las malas noticias corren mucho..... Todos las dan como si quisieran salir de ellas. Imagínate tú si á estas horas no nos habrian atronado los oi-

dos los ciegos de Madrid, gritando: «El suplemento á *La Correspondencia*, con la captura del coronel Montero.»

Esta conversacion se habia suscitado en los postres del almuerzo, y la madre de Luis pronunciaba sus últimas palabras, preparando el café para el músico y para su hijo, que nada tuvieron que replicarle.

Por vigésima vez el asunto parecia agotado, y la madre, el hijo y el Maestro comenzaron á tomar el café silenciosamente.

Antes de que apuráran las tazas con el último sorbo, entró en el comedor Eusebio, el criado de Luis, y puso en su mano una carta.

—¿Quién la ha traido?—preguntó al tomarla.

—El cartero—contestó el criado.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Rasgó el sobre, y desdobló el pliego que contenia.

—¡Bravo!.....—exclamó mirando el principio y el fin del escrito.—Esta vez no se le ha olvidado ni la fecha ni la firma.

—¿Carta de nuestro hombre?.....—preguntó el músico.

—Del mismo.

—Señora, ahora vamos á salir de dudas; en esta carta nos explicará el misterio.

—Oigan VV.—dijo Luis.

Soltó el Maestro la taza que tenía en la mano, cruzó la señora los brazos sobre el pecho, y Luis leyó lo siguiente:

«*San Juan de Luz*, 29 *de Julio de* 1866.

»Salí de Madrid con ánimo resuelto de no parar hasta París, mas tuve que detenerme en *Hendaye*, en atencion á que mi pobre bolsillo se hallaba agotado. Supe allí que en San Juan de Luz se encontraba un amigote muy rico, con quien hace mucho tiempo tengo yo cuenta abierta, y sin más reflexiones tomé el camino de San Juan de Luz, donde, en efecto, encontré lo que buscaba. Al verme dió un paso atras..... el bribon no queria conocerme; pero no tuvo más remedio, y reconociendo al fin la identidad de la persona, soltó una carcajada y me echó los brazos al cuello.—Por ahora, le dije, necesito más de tu bolsillo que de las demostraciones de tu afecto. No fueron necesarias más explicaciones, y aquí me tienes suntuosamente instalado en una preciosa casa, que blan-

quea á dos tiros de fusil del pueblo, medio escondida entre los castaños que le dan sombra. Á la izquierda se levantan las agrestes cumbres del Pirineo, que se empinan atrevidas como si quisieran escalar el cielo; delante tiende el Océano sus olas agitadas, que braman empujándose unas á otras, como si quisieran tragarse la tierra; á la derecha..... mas, chiton..... á la derecha no puedo decirte lo que hay. En cambio te diré cómo, pensando no parar hasta París, he resuelto quedarme en San Juan de Luz.

»Imagínate que en cuanto me vi dueño de mi vida, de mi libertad y de los maravedises indispensables para pasar cómodamente el verano, me asaltó la idea de que yo era el hombre más afortunado del mundo; todo me salia á pedir de boca. La casualidad es por su naturaleza estúpida, no tiene conciencia del mal ni del bien que hace; por consiguiente, atribuirle los beneficios que recibimos es la suprema ingratitud, porque es eximirse de agradecerlos. Yo sentia en aquel momento dos grandes necesidades: la necesidad de comer algo, y la necesidad de agradecer mucho. Á un mismo tiempo se disputaban el dominio de mi pensamiento dos ideas bien distintas: la idea de un *biftek*,

y la idea de la Providencia divina; me encontraba entre la fonda y la iglesia, y por primera vez de mi vida preferí la iglesia á la fonda. Entré, y se doblaron estas rodillas rebeldes, y se inclinó esta cabeza insensata, y repetí muchas veces en el fondo de mi corazon: «Gra»cias, Señor, gracias.» Me levanté despues de algunos minutos, tomé agua bendita con las puntas de los dedos, y me santigüé, diciendo: «Ahora á París.» Mas en esto cruzó por delante de mis ojos una sombra, que al mismo tiempo que yo, salia de la iglesia, y me quedé atónito, absorto, estupefacto. Era una aparicion que llenaba la medida de mi deseo, en vista de lo cual decidí quedarme en San Juan de Luz, resuelto á dar la batalla. He tomado una posicion estratégica, desde la que espío atentamente todos los movimientos del enemigo; y aquí me tienes en campaña, sin atreverme á romper el fuego. ¿Te parece todo esto desatinado?..... Pues ten paciencia y vamos al grano.

»El calor de Julio es insoportable en Madrid, y más insoportable el de Agosto. Serás, pues, un hijo sin entrañas si consientes que tu madre no salga de esa atmósfera abrasada, para venir á respirar estas brisas saludables.

Aquí le tengo su aposento preparado, tú tienes el tuyo, y nuestro músico insigne el suyo. El viaje se dispone en cinco minutos, de manera que recibiendo esta carta á las doce del dia, podeis salir en el tren de las ocho, y áun os sobran siete horas y cincuenta y cinco minutos. Con que..... á San Juan de Luz..... ¿No?..... Pues entónces disponte á darme un abrazo, porque iré yo mismo á buscarte.»

Aquí concluia la carta, y Luis doblándola con aire pensativo, dijo:

—Es muy capaz de hacerlo como lo dice.

—¡Friolera!—añadió el Maestro.—Es una cabeza destornillada. ¿Mire V. que escribir tres carillas para no decir nada de la fuga? De seguro que ya no se acuerda de semejante cosa. ¿Y qué diablos de sombra sería la que se le apareció en la iglesia?..... ¡Bah!..... yo no entiendo ni una palabra de cuanto dice.

—Presumo—advirtió Luis—que esa sombra sería alguna mujer. Algunas veces se lo he dicho; si te enamoras, ha de ser de golpe y porrazo; sin duda es eso.

—Bueno estará Montero enamorado. ¡Pobre mujer la que caiga por su banda! ¿Y V., señora, qué dice á todo esto?

—Digo que no debemos desairar la invitacion que nos hace. Ese loco tiene un gran corazon, y es preciso complacerle. Vamos, pues, á San Juan de Luz, puesto que nos espera.

—Maestro—dijo Luis levantándose de la mesa—está dada la órden; á San Juan de Luz.

—Yo siempre tengo hecha mi maleta—contestó el músico—y ademas, este viaje me agrada en extremo. Lo que es ahora, no se escapará sin explicarnos el misterio de la fuga.

Entre tanto el comisario de policía redoblaba la vigilancia, seguro de que Montero no habia podido escaparse, y que por consiguiente, caeria al fin en sus manos.

IX.

DOBLE COMPLOT.

Conociendo la naturaleza temeraria del coronel Montero y su indómita propension á desafiar los peligros, habria sido imprudente negarse á su deseo. Montero habia faltado muchas veces á los juramentos que como militar tenía prestados. De otra manera no hubiera podido conspirar y sublevarse tantas veces como las ambiciones desatentadas de los partidos políticos le ofrecian ocasion de jugarse la cabeza. Mas por una singular contradiccion, como si la nobleza instintiva de su carácter quisiera tomar desquite de la infamia de sus perjurios, habia dado á su palabra un valor irrevocable. Era preciso que el cielo se viniera abajo para que el coronel Montero no cumpliera lo que una vez habia prometido..... Era, pues, evidente que si Luis, por lo ménos, no se presentaba en San Juan de Luz con la urgencia que la carta exigia, el Coronel, con su loca audacia, arros-

trando todos los peligros, volveria á Madrid á dar con su persona testimonio de que sabía cumplir su palabra.

En cualquiera otra época este hombre de corazon impávido y de voluntad incontrastable habria sido un héroe, Hernan Cortés por ejemplo; pero en la época presente su gran celebridad no pasaba los límites de la que el mundo concede con desdeñosa admiracion á las cabezas destornilladas. Su genio inquieto y atrevido no encontraba el camino de las grandes empresas, y se ejercitaba en toda clase de peligrosas travesuras, malgastando sus heroicos ímpetus en hazañas sin grandeza, sin utilidad y sin gloria.

Era preciso ir á San Juan de Luz para evitar la contingencia de que hiciera un nuevo desatino. No habia ni áun el recurso de excusarse razonablemente por medio de una carta, porque sería preciso poner su nombre en el sobre, puesto que no habia otra manera de dirigirla; y en tal caso, preciso es convenir casi con seguridad completa en que la carta no llegaria á su destino.

Entre todas las inviolabilidades tan cara y sangrientamente proclamadas, y digámoslo así estatuidas de medio siglo á esta parte, empe-

zando por la inviolabilidad del Monarca y acabando por la inviolabilidad de la correspondencia, no hay una que no se vea frecuentemente atropellada, lo mismo por unos que por otros. A lo ménos las tiranías antiguas eran ménos odiosas en cuanto eran ménos hipócritas.

Echar en el buzon una carta con sobre al coronel Montero, equivalia, con cortísima diferencia, á ponerla en manos de sus perseguidores.

Sobre todas estas razones, en que Luis pensó sériamente, tenía su madre otra razon más poderosa. Razon de mujer, inexplicable, y por lo mismo indiscutible. Desde el momento en que Luis terminó la lectura de la carta del coronel Montero, la buena señora sintió una voz secreta que le decia: «A San Juan de Luz..... A San Juan de Luz», y dejándose llevar por este impulso de su corazon, decidió el viaje sin vacilar de la manera que hemos visto.

Por su parte Montero esperaba los huéspedes casi seguro de que no titubearian en acudir á su llamamiento..... Y en efecto, no se engañó; pues á San Juan de Luz tenemos que ir tambien nosotros si hemos de continuar por sus pasos naturales el curso sencillo é interesante de nuestro relato.

Luis y el Maestro se paseaban silenciosamente por delante de la casa, cada uno de ellos absorto en sus respectivos pensamientos, comtemplando alternativamente la montaña, el mar y el cielo á la luz majestuosa é inimitable del sol que empezaba á ponerse, iluminando las cumbres con rayos de color de fuego, tiñendo el azul profundo de las aguas con reflejos violados, y ciñendo el horizonte con fajas de púrpura.

De vez en cuando suspiraba Luis, como si su corazon se sintiera empapado en la melancolía de la tarde, y el músico parecia marcar con sus pasos los compases de la ronca sinfonía que las olas ejecutaban polpeando incesantemente la extensa curva de la resonante playa.

Luis se sumergia cada vez más en las tiernas profundidades de su pensamiento, y su compañero lo dejaba suspirar á sus anchas, esperando que aquella nube de suspiros fuera el preludio del tema obligado de sus conversaciones, interrumpidas desde la misteriosa desáparicion del coronel Montero. Hacia todo ese tiempo que los dos amigos no se habian engolfado en el mar de los recuerdos hablando de *Ella*.

El músico esperó algunos minutos inútilmente, porque Luis continuaba silencioso.

—Indudablemente—se decia á sí mismo—piensa en *Ella* y me lo oculta callando como un muerto; pues bien, yo le hablaré de otra cosa.

—Desde anoche estamos aquí—añadió levantando la voz.—Encontramos á nuestro fugitivo, que nos recibió con los brazos abiertos; la comida fué excelente, hemos dormido á pierna suelta, hemos charlado de todo, pero todavía no hemos podido sacarle ni una palabra acerca de la historia de su fuga..... Contesta á nuestras preguntas con ademanes de admiracion, se sonrie, y aplaza siempre el cuento para ocasion más oportuna. ¿No es esto raro?

—Conoce nuestra curiosidad—dijo Luis—y se divierte excitándola.

—¿Y se acuerda V.—preguntó el músico—de la descripcion que nos hacia de la casa? «A la izquierda se levantan las agrestes cumbres del Pirineo, que se empinan atrevidas como si quisieran escalar el cielo; delante tiende el Océano sus olas agitadas que braman empujándose unas á otras, como si quisieran tragarse la tierra; á la derecha..... mas chiton..... á la derecha no puedo decirte lo que hay.....» Esto decia, y yo pregunto: ¿Qué diablos hay á la derecha? por-

que yo me desojo buscando lo que hay á la derecha, y no veo más que la continuacion del paisaje que, paralelo al mar, va á perderse en el horizonte.

—¿Nada más?—preguntó Luis sonriéndose.

—Vamos por partes—contestó el músico.—En primer lugar, veo esa casita pintada, que á cien pasos de aquí se levanta, como un kiosko en medio de un jardin, que parece un pañuelo.

—Pues no pase V. adelante, porque esta casita que parece un kiosko debe ser todo lo que hay á la derecha.

—¿Y qué singular secreto digno de tanto sigilo puede ocultarse entre las cuatro paredes de esa casa?

—Recuerde V. que Montero nos hablaba de una sombra, de una aparicion que lo dejó absorto al salir de la iglesia.

—Cierto.

—Convinimos en que esa sombra debia ser una mujer.

—Es verdad.

—Y sacamos por consecuencia que el inaccesible Montero habia tropezado al fin con su media naranja.

—Justo.

— Pues bien, esa hada, á quien debemos suponer irresistiblemente seductora, no ha de vivir á la intemperie. ¿Por qué, pues, no ha de tener su domicilio en la casita solitaria que parece un kiosko?

— No tiene duda — exclamó el músico con súbito convencimiento. — En ese nido de pájaros debe albergarse la señora de sus pensamientos. Ahora se entiende su carta perfectamente. Vamos — añadió cogiendo el brazo de Luis — vamos á rendir á la ninfa encantadora del kiosko el homenaje de nuestra curiosidad.

— ¿No será una impertinencia? — preguntó éste.

— No tal — contestó el Maestro. — ¿Qué impertinencia hay en alargar nuestro paseo cien pasos más?..... Darémos una vuelta al rededor de la casa, y asunto concluido. Ésta es la hora de tomar el fresco, y si la vaporosa vecina no ha hecho de su hermosura un arcano impenetrable, nos dejará ver su rostro de náyade y su cuerpo de sílfide..... Y aquí me ocurre una idea de primer órden..... Vamos al caso : Usted pinta como Murillo; he visto que se ha traido V. su paleta y sus pinceles. No necesita V. más que verla una vez para copiarla al pié de la le-

tra. Se encierra V. en su cuarto, y en dos horas, con cuatro toques maestros, hace V. su retrato; con que tenga cierta semejanza, basta; lo colocamos sigilosamente en la habitacion del Coronel, y un dia al despertarse abre los ojos, y se encuentra frente á frente de la imágen de su adorado tormento. ¿Que tal?..... Es una broma de muy buen gusto.

Diciendo esto arrastraba á Luis hácia la casa de la presunta vecina..... Luis se dejaba arrastrar riéndose de la idea del músico, y asegurando que no respondia de la exactitud del retrato. Así llegaron hasta la casa, pasando por delante de ella. La puerta se hallaba entornada, y las miradas curiosas de los dos amigos no pudieron penetrar en el interior del vestíbulo, que debia ser un vestíbulo en miniatura. Rodeado el jardin por una verja rústica, cuyos cuatro ángulos se apoyaban en los troncos de cuatro sauces, les impedia acercarse, y dieron una vuelta al rededor de la cerca; vuelta inútil, porque las ventanas, tan prudentes como la puerta, tenian caidas las persianas, de modo que, dejando libre el paso á la luz y al aire, impedian que pasáran adelante las miradas indiscretas.

—Pues señor—dijo el Maestro—el nido es-

tá vacío, ó la náyade duerme como un simple mortal en su lecho de algas.

—Por de pronto—añadió Luis—me parece que la familia no ha de ser muy numerosa. Es demasiada soledad y demasiado silencio.

—A no ser—replicó el músico—que se haya venido aquí á pasar el verano una comunidad de monjas y se hallen en este momento en oracion mental.

Luis suspiró, y el Maestro prosiguió, diciendo:

—Creo que por esta tarde debemos renunciar á nuestro complot; el sol se ha ocultado ya, y aunque la persiana que tenemos delante se descorriera ahora mismo y nos dejára ver el rostro que buscamos, sería inútil, porque no podriamos verlo para retratarlo, pero no desistimos, mañana volverémos. Hay que verla á buena luz para que no se escapen los principales detalles. El Coronel nos oculta su secreto y nosotros lo descubrimos..... es un gran golpe..... es el castigo de su reserva. Ademas siento viva curiosidad por saber qué especie de mujer es ésta que le ha hecho perder el juicio al loco de Montero.

—Sí, sí—dijo Luis—volverémos mañana.

Hay en este silencio y en esta soledad cierta dulce tristeza que me atrae.

Algo más iba á decir, pero la palabra se detuvo en sus labios, interrumpida por el eco repentino de una armonía inesperada. Ambos amigos se quedaron suspensos. Dos manos ágiles recorrian suavemente el teclado de un piano invisible, produciendo una sucesion de acordes que se columpiaban, si puedo decirlo así, por toda la extension de la escala, formando un arpegio cuya melodía artísticamente combinada se reproducia en nuevas cadencias, cuando al parecer iba á caer agotada. Salian las notas al traves de las persianas caidas.

—¡Soberbia *fuga!*—exclamó el músico.

—Silencio—dijo Luis—poniéndole la mano en la boca.

Cesó el arpegio, y el Maestro pudo contar cuatro compases de espera, al cabo de los que prorumpió el piano en un canto solemne, augusto, lleno de dolor y lleno de esperanza.

—¡Jesucristo!—volvió á exclamar el músico, llevándose la mano á la cabeza y quitándose el sombrero.—¡Es el *Stabat Mater* de Rossini!.....

Luis no debió oir esta segunda exclamacion del Maestro, porque se hallaba absorto, embebido, suspenso entre el cielo y la tierra.

Así permanecieron largo rato. Mucho despues que el piano hubo pronunciado la última frase, cayeron en la cuenta de que el canto habia concluido, volviendo todo á quedar en silencio. Entónces el Maestro sacudió el brazo de Luis, diciéndole:

—La hada del kiosko tiene un alma de artista y unas manos de ángel. ¡Ah! es preciso conocerla, hay que retratarla. Sólo conozco una que tenga en las puntas de los dedos el secreto de las supremas ejecuciones.

—¿Quién?—preguntó Luis.

—*Ella*..... la señorita de Miramar, no conozco otra. Pero aquel espíritu extravagante, aquel genio indómito, no se sujetó jamas á las reglas del buen gusto; se reia del arte clásico, que es el arte verdadero; no respetaba ni la severidad del compas, ni la integridad de las notas. ¡*Ella*, que tenía en el alma el genio de la música!..... Ese *frasear* limpio, puro y correcto que acabamos de oir, nunca pude conseguirlo en *ella*.

Aquí el músico se detuvo, como si viera

abierto delante de sus ojos el abismo de sus antiguas desesperaciones, y Luis, apoyándose en su brazo y ahogando un suspiro, dijo:

—*Ella*..... quizá no se acuerda ya de nosotros.

Á todo esto habia caido completamente la noche, y los dos amigos se alejaron silenciosos, llevándose los oidos llenos y los ojos vacíos.

¿Y Montero?..... Montero sostenia entre tanto con la madre de Luis una larga y empeñada conferencia.

En el momento en que vamos á encontrarlo, parece que termina un extenso relato, pues inclinándose sobre los brazos de la butaca en que está sentado, pregunta:

—¿No es todo esto providencial?

—Sin duda ninguna—le contesta la señora.

—Al verla—prosiguió diciendo—creí que era una alucinacion de mis ojos, y adelantándome salí de la iglesia y la esperé, para examinarla á la luz del dia. Al traves del velo que ocultaba su rostro, distinguí perfectamente sus facciones; la majestad de su continente y todo el aire de su persona me dijeron á un tiempo que aquélla era la mujer que yo buscaba. Á la

distancia más respetuosa que me fué posible, seguí sus pasos. Desde entónces no la he perdido de vista.

—¿Qué hace aquí?—preguntó la madre de Luis.

—Esa misma pregunta me he dirigido muchas veces, y no he encontrado más que una respuesta.

—Veamos.

—Aquí está cerca de España. Es libre, ha podido ir á otra parte á pasar el verano, pero Dios la ha traido aquí para que yo la vea; ha querido que yo sirva al fin para algo bueno.

Estas palabras obtuvieron una sonrisa, que expresaba al mismo tiempo admiracion, gratitud y alegría. El Coronel la recogió toda entera, añadiendo:

—Ahí tiene V. la historia *c* por *b*; vamos ahora á combinar nuestro plan de ataque. Mi primer proyecto fué robarla.

—¡Jesus qué desatino!.....—exclamó la señora.

—Confieso que la idea del rapto me pareció sublime, pero dándole vueltas, vi que era una solemne barbaridad, y me puse á discurrir otro medio más diplomático. Despues de ir y venir

doscientas veces de un extremo á otro de esta sala, concebí mi segundo proyecto, que lo tuve por magnífico. Habia recibido aquella tarde un equipaje completo que encargué á Bayona, y me dije: mañana en cuanto Dios eche su luz me engalano, y como quien no quiere la cosa, paso tras paso me planto en casa de la vecina, y allí me arrojo á sus piés, exclamando: «Señorita, Dios la ha puesto á V. en mi camino para que sea yo el que venga á ofrecerle la felicidad de un amor extraordinario, de un amor que no tiene ejemplo en el mundo. Por todos los santos del cielo, le suplico á V. que me deje ver una sonrisa de aprobacion; no pido más que una sonrisa, para poder asegurar que soy el hombre más afortunado de la tierra.» Con semejante discurso, lanzado así á quemaropa, me di por victorioso; mas repasándolo y ensayándome para decirlo de corrido y producir buen efecto, comencé á notar que mis palabras no tenian piés ni cabeza. Decididamente yo no sirvo para estas embajadas, y deseché el segundo proyecto.

— Hizo V. muy bien en desecharlo — advirtió la madre de Luis. —Veamos el tercero.

— El tercero fué escribirle á Luis, para

que vinieran VV. inmediatamente; han venido, está usted aquí, acabo de enterarla de todo, y va usted á ser mi cómplice; porque si me deja usted solo voy á hacer algun disparate.

—Entro en el complot con toda mi alma, mas deseo saber qué papel es el que á mí me toca en el plan que haya V. concebido. Tengo curiosidad por saberlo.

—El papel de madre—contestó Montero.

—¿Qué hago, pues?

—Ir.

—Adelante.

—Verla.

—Bien.

—Abrazarla como se abraza á una hija.

—¡Oh!..... sí, sí.

—Le dice V. que soy un hombre atroz, terrible, capaz de todo. Las mujeres se entienden VV. al momento, y es cosa hecha; nos concede su mano, y *tableau*.

La madre de Luis se levantó repentinamente, como si en aquel mismo instante hubiera decidido poner en ejecucion el plan de Montero, mas se detuvo, diciendo:

—No quisiera ejercer ninguna violencia sobre su corazon.

—¿Teme V. una repulsa?—preguntó el Coronel asombrado.

—Al contrario—le contestó.—Temo desviar su voluntad de más nobles propósitos.

—O soy rematadamente imbécil—replicó Montero—ó su voluntad está vista. ¿Piensa usted que oculte el designio de sepultarse en un convento? Entónces, será preciso convenir en que ha venido á San Juan de Luz á pasar el noviciado ántes de pronunciar los votos. No, no, señora; créame V., no la quiere Dios para el claustro. Ademas, sospecho que la visita ha de ser larga, y podrá V. sondear su corazon y leer en sus ojos hasta la última letra de su pensamiento. Me parece que hablo como un libro.

—Sí; pero venga V. acá, cabeza destornillada; ¿qué perdemos con dejar que las cosas marchen naturalmente y se consumen por sí mismas? Hasta ahora se han combinado providencialmente; dejemos á Dios la decision del caso, segun sus altos designios.

—Señora—dijo el Coronel—ante todo perdemos tiempo; y no es la vida tan larga que sea prudente dejar la felicidad que hoy se nos presenta para el mes que viene. En cuanto á

la Providencia, ha dicho ya bastante. ¿Le parece á V. justo dejarla que trabaje como una negra, quedándonos nosotros mano sobre mano? *Cuando te den la vaquilla acude con la soguilla.* ¡Demonio! *Á Dios rogando y con el mazo dando.* Quítele V. á este asunto el encanto de la sorpresa, el efecto de una dicha inesperada, lo que se llama el golpe maestro, el trueno gordo, y el desenlace será lento, frio, insoportable..... Por último, si no toma V. la direccion ejecutiva de mi plan, no respondo de no echarlo todo á perder, haciendo algun disparate.

Quizá la madre de Luis no necesitaba para decidirse tan poderoso esfuerzo de elocuencia, tal vez su corazon se hallaba de antemano convencido; mas si no era así, las razones de Montero triunfaron definitivamente en su espíritu, porque le tendió la mano, diciendo:

—Acepto.

—Silencio—exclamó el Coronel mirando por una de las dos ventanas, al traves de las que las primeras claridades de la luna iluminaban la estancia con luz misteriosa.—Luis y el Maestro vuelven de su filosófico paseo, y se

adelantan como dos sombras; salgo á su encuentro para que no sospechen nada. Nuestro complot debe ser un secreto impenetrable, porque es preciso que la noticia caiga sobre ellos como un rayo.

Pronunciando estas palabras á media voz, salió de la estancia con aire triunfante.

X.

EN EL MAR.

Indudablemente aquella noche cada uno de los cuatro personajes que tenemos en escena se dormiria pensando en la idea que más vivamente excitára su imaginacion, y teniendo á la vista los datos que llevamos reunidos en el curso de nuestra historia, no nos sería difícil penetrar en el secreto pensamiento en que á cada uno de ellos le sorprenderian las misteriosas sombras con que el sueño oscurece nuestros ojos, sumergiendo nuestro entendimiento en profundidades desconocidas.

De seguro los cuatro, cada cual á su modo, pensarian en una misma cosa. Si los cuatro á la vez se hubieran comunicado sus respectivos pensamientos, es probable que hubiera salido de las cuatro bocas un mismo nombre. Mas dejando estas suposiciones, que el lector puede hacer ámpliamente, si lo cree necesario, es lo

cierto que el músico abrió los ojos á la luz del siguiente dia, y sentándose en la cama, dilató lentamente la boca en los tres tiempos en que se desenvuelven los grandes bostezos.

¡Ah!..... ¡ah!..... ¡ah!..... Triple admiracion en que prorumpimos al vernos despiertos, ni más ni ménos que si nos causára verdadero asombro encontrarnos con nosotros mismos despues de una larga ausencia.

Bostezó, pues, y reanudando sus reflexiones interrumpidas por el sueño, se dijo en voz baja:

—Sí, señor, es una artista de *primissimo cartello*, consumada artista..... Por supuesto, debe ser jóven; la viveza con que liga las frases respira juventud. Positivamente es rubia..... porque hay en su modo de *frasear* mucha dulzura. Podrá ser más ó ménos alta, porque al fin el genio no se mide á palmos; pero de seguro es delgada, espiritual; no se ejecuta con tan delicada destreza teniendo los dedos llenos de carne. Por lo demas, es claro, frente pensativa, ojos penetrantes, nariz inteligente, boca expresiva, una arruga precoz, casi imperceptible entre ceja y ceja. Así debe ser, así es sin duda, artista desde los piés hasta la cabeza.

En esto reparó que la luz de la mañana entraba suavemente en su cuarto, y saltando de la cama comenzó á vestirse apresuradamente, diciendo:

—Ésta es la hora de sorprenderla; la vamos á encontrar absorta, contemplando el efecto de los primeros rayos del sol sereno sobre las olas agitadas. Luis es muy capaz de estar durmiendo todavía á pierna suelta, sin acordarse de nuestro complot.

Acabó de vestirse, tomó su sombrero y se dirigió al cuarto de Luis, contiguo al suyo; mas la cama vacía le indicó que Luis no dormia á pierna suelta.

—¡Hola!—exclamó—mi cómplice no ha querido que se le haga tarde.

Sin más averiguaciones, salió de la casa y se dirigió al kiosko; algo tarde, porque cuando él iba Luis volvia.

—La he visto—dijo éste al encontrarse con el Maestro.

—¿Cómo?—preguntó el músico.

—Estaba apoyada en el alféizar de la ventana, y miraba atentamente hácia el mar, contemplando, sin duda, las velas de aquella fragata que navega hácia Levante.

—¡Magnífica posicion para el retrato! ¿Le habrá V. cogido todos los detalles?

—Todos.

—¿Es jóven?

—Sí.

—Rubia, por supuesto.

—No, morena.

—Morena..... morena—repitió el Maestro rascándose la frente.—Bien, paso por ello; sí, el genio es modesto, y suele ocultarse en la sombra; pero será una figura fina, correcta, toda espíritu.

—Al contrario, Maestro; es robusta y mofletuda.

—¡Qué extravagancia!—exclamó el músico.—Es una verdadera desafinacion, pero habrá inteligencia en su mirada y cierta tristeza en su sonrisa.

—Mira—contestó Luis—como todas las mujeres que desean saber si agradan; su sonrisa me ha parecido alegre y maliciosa.

—Algo habrá, algo habrá en ella que revele su genio. Suspendo mi juicio hasta que vea el retrato.

—Se me olvidaba una circunstancia—añadió Luis.—El pelo, que es negro y brillante,

lo lleva cortado y caido hácia atras con cierta audacia.

—¡Bravo!—exclamó el músico—eso es original.

—Ademas, posee dos hermosas cejas, dos cejas intencionadas.

—¡Artista!..... ¡Artista!..... volvió á exclamar el músico.—Ese rasgo es inequívoco..... Ea, manos á la obra; comencemos el retrato.

La voz de Montero, que los llamaba, llegó á sus oidos, y lo vieron venir hácia ellos.

Cuando se encontraron, el Coronel fijó su mirada inquieta y recelosa, primero en Luis y luégo en el Maestro; mas el aspecto indiferente y risueño de uno y otro debió disipar sus dudas; así es que sacudiendo la cabeza como quien queda plenamente convencido, los saludó, diciendo:

—Ilustres caballeros, me parece que se aburren VV. soberanamente, y eso no debo yo tolerarlo. La mañana está deliciosa, y miéntras nos preparan el almuerzo, podemos hacer apetito dando un paseo por el mar. Hé allí el bote que nos espera—añadió señalando á la playa.—Es la ocasion y el lugar que he elegido

para descubrir al mundo la portentosa hazaña de mi fuga.

Luis y el Maestro se miraron para decirse, sin duda, que era preciso embarcarse; pues á la vez exclamaron ambos:

—Excelente idea.

Luis llegó el primero al sitio en que el bote estaba atracado, y de un salto entró en él; el músico lo siguió, y Montero se embarcó el último.

El marinero, que quedaba en tierra, empujó vigorosamente la embarcacion, saltando al mismo tiempo á bordo, y el bote comenzó á describir un semicírculo, presentando la proa á las olas, cabeceando lentamente, como quien saluda. En honor de la verdad, las olas no eran ménos corteses, pues se inclinaban á su vez, deslizándose por debajo de la quilla.

Luis y el Maestro ocupaban la popa, y Montero, sentado delante de ellos, daba la espalda á la proa; de manera que tenía delante la tierra de que se alejaban. Oprimia con la mano derecha un pequeño anteojo, que dirigió hácia la playa, preguntando:

—¿Te acuerdas, Luis, del famoso baile de la Embajada inglesa?

—Me acuerdo perfectamente..... y no adi-

vino qué singular circunstancia te lo trae á la memoria en este momento.

—Te diré: tenía yo entónces un asistente sumamente bruto, y ya sabes que desde la Embajada me llevaron á la Capitanía general, y desde allí á las prisiones de San Francisco. Pues bien, mi señor asistente al saber mi arresto me contó, sin duda, con los difuntos y se las dió por concedidas; en todo el dia pude echarle la vista encima. Á la noche, en el momento en que el tren iba á partir, se me presentó en la estacion del camino de hierro. «¡Ah, bribon! le dije, llegas cuando no tengo tiempo para nada; pero volveré pronto, muy pronto, y te traeré de Canarias la paliza del siglo.

—Señor, me contestó, es que estoy arrestado, y he tenido que escaparme para venir á ver á V. S.—Entónces, añadí yo alzando la voz, porque el tren se habia puesto en movimiento, cuenta con dos palizas, por haberte dejado arrestar cuando yo te necesitaba.»

—¡Qué atrocidad!—exclamó el músico.

Montero guardó silencio, distraido en ver al traves de las lunas de su anteojo cómo la madre de Luis, saliendo de su casa, se dirigia hácia el kiosko.

—Tampoco veo la causa que te haga recordar ahora á tu asistente—dijo Luis encogiéndose de hombros.

—Ya lo verás—replicó Montero deteniéndose para fijar toda su atencion en lo que estaba viendo.—Ya verás—continuó—cómo las cosas se enlazan.

Aquí se detuvo de nuevo, viendo entrar á su cómplice en la casa de la misteriosa vecina.

—Muy bien—dijo bajando el anteojo.—Ya estamos de lleno en el asunto.

—¿En qué asunto?—preguntó el Maestro.

—Claró está—contestó.—En el asunto de mi escapatoria. En cuanto supe por tu madre que era el comisario de policía el que se nos habia metido en la casa, me escurrí muy suavemente hácia la alcoba, no sin echar ántes una ojeada por las junturas de la puerta del gabinete, lo cual me bastó para reconocer al señor Moncada, insigne personaje con quien tengo yo várias cuentas pendientes. Entré, pues, en la alcoba, seguro de que era á mí á quien buscaba, y que iba á tiro hecho. Maquinalmente me dirigí al balcon, y dije, por aquí me tiro.

—Eso mismo pensamos nosotros—advirtió el Maestro.—No habia otra salida.

—Pues pensaron VV. mal, porque no me tiré. ¡Demonio!..... hubiera sido un salto mortal; estaba seguro de romperme una pierna, y cuando se huye, las piernas son absolutamente indispensables.

—¿Qué hicistes entónces?—preguntó Luis.

—Entónces me despojé de la bata, le arranqué el cordon de seda con que la sujetaba á la cintura, lo até por un extremo al pié del balcon, y me deslicé muy suavemente hasta tocar con las puntas de los piés en el piso del jardin. Mas el cordon pendiente iba á denunciarme, y claro está que yo no podia desatarlo sin encaramarme de nuevo en el balcon. Sentí tal enojo, que lo sacudí con todas mis fuerzas. Idea felicísima, pues la borla en que el nudo se apoyaba saltó bruscamente, el nudo se deshizo y el cordon cayó á mis piés; no quedaba rastro de mi fugá. Vuelvo la cabeza buscando un rincon oculto donde esconderme, y ¡oh desdicha! ó mejor dicho, ¡oh fortuna! me encuentro con un hombre que á tres pasos de mí me miraba con curiosidad y con asombro. Habia visto mi descendimiento desde la caballeriza, y poco á poco se me fué acercando hasta colocarse á mi espalda. Los dos nos quedamos un instante

mirándonos frente á frente. «¡Ah tunante!—le dije por lo bajo.—¿Cómo te atreves á ponerte en mi presencia?—Señor..... balbuceó sin saber qué excusa darme.—Silencio, me apresuré á decirle; ¿no adviertes que no quiero ser descubierto?..... Ocúltame en este instante donde ni yo mismo me vea.—Venga V. S. por aquí, me dijo, quitándose la gorra.» Yo lo seguí, y sin ser vistos de nadie, entramos en la caballeriza. Habia allí una carretela y un landó, y abrió la portezuela de este último coche, diciéndome: «Éntre V. S.—Oye bribon, le dije, me buscan, y si me encuentran me fusilan, y si me fusilan te arranco las orejas.—Aquí no hay cuidado, me contestó.—Espera, añadí yo deteniéndole, tengo hambre.» Se fué, y al poco rato volvió, trayéndome un panecillo, un pedazo de queso y un vaso de vino.

—¡Quién era ese hombre!—preguntó el músico admirado.

—¡Diablo!—exclamó el Coronel.—Mi asistente, que habia tomado la licencia hacia un año, y servia de cochero en aquella casa.

—Sigue, sigue—dijo Luis.

—Verás: miéntras yo devoraba el pan y el queso, me contó que todas las casas de la man-

zana estaban vigiladas, y que el comisario de policía en persona se paseaba por la portería, sin perder de vista los balcones que dan al jardin, y añadió: «A V. S. es á quien buscan, pero..... quiá. —Oye, bribon, le pregunté, ¿puedes tú sacarme de aquí? —Ya lo creo, me contestó; ¿dónde quiere V. S. que lo lleve? — A la estacion del Norte, le dije, porque esta noche quiero salir para Francia. — Pues irá V. S. —Es que no he de viajar en mangas de camisa, y ademas, no tengo una peseta. —Dios proveerá, fué su respuesta, y volvió á dejarme solo.» A los cinco minutos ya estaba allí otra vez, me traia una blusa, la gorra que él llevaba y diez duros. «Ahora es preciso, me dijo, que se acurruque V. S. debajo de los asientos, porque hay que bajarle la capota al landó. Voy á buscar á la señora Marquesa, que es dama de la Reina, y hoy está de servicio en palacio, y de camino llevaré á V. S. donde quiera. — Bien, bribon, le contesté; pero date prisa, porque esto de acurrucarse debajo de los asientos, no debe ser cómodo.» Con mil trabajos logré colocarme. En un abrir y cerrar de ojos enganchó los caballos, evitó que el lacayo se acercára demasiado á la caja del coche, subió al pescan-

te, y con lentitud majestuosa atravesamos la portería, pasando por delante del Sr. Moncada. Llegamos á la estacion, y allí fué el lacayo á preguntar á qué hora llegaba el tren, y entónces salí rápidamente de mi escondite, y tendiendo la mano al cochero, le dije: «Tunante, me la pagarás»; y le volví la espalda. En el café de la estacion escribí mi primera carta. Ésta es toda la historia.

—Curiosa en extremo—dijo el músico.—Difícilmente se volverá á reunir un conjunto tan feliz de circunstancias. Bien podiamos nosotros rompernos la cabeza..... Jamas lo hubiéramos imaginado; y sin embargo, todo ello es bien sencillo.

—Está visto—añadió Luis—que la Providencia sabe hacer las cosas admirablemente.

—¡Ya lo creo!—exclamó Montero volviendo á dirigir el anteojo hácia la playa.—Pero dime, ¿para qué crees tú que la Providencia se ha tomado el trabajo de sacarme de Madrid sano y salvo? Porque..... vamos á cuentas; yo debí morir al pié de la barricada, ó caer en manos del Gobierno, que era lo mismo que caer en la sepultura; pero tú me ves, acudes en mi socorro, me recoges, me ocultas y me

salvas. Descubren que es tu casa donde me oculto, y me cercan de modo que no me dejan ni un resquicio por donde pueda escaparme. No obstante, mi bata tiene un cordon de seda, y hay un balcon en mi alcoba que da á un jardin solitario; me descuelgo, y el cordon se desata para no descubrirme; no encuentro dónde ocultarme, pero aquí está el bribon de mi asistente, que ha tenido la oportunidad de hacerse cochero y servir en aquella casa; me esconde, me alimenta, me viste, me da dinero y me saca en coche por enmedio de mis perseguidores ocupados en impedir mi fuga..... Llego á *Hendaye* con una idea fija en la cabeza, resuelto á realizarla en París; mas me encuentro sin dinero para seguir el camino. Sé allí que en San Juan de Luz está un hombre, acudo á él y me abre su bolsillo. ¿Les parece á VV. poco todo eso?..... Pues hé aquí lo más raro: entro en la iglesia..... y..... la veo..... la veo delante de mí, como caida del cielo. Vamos, me parece un sueño. Todo esto ha sucedido para que yo la encuentre.

—¡Magnífico!—exclamó el músico.—Todo eso ha sido necesario para que el terrible Coronel caiga en el garlito. Pero bien, ¿quién es ella?

Apartó Montero el anteojo, miró un instante al Maestro, y le contestó sencillamente:

—Ella.

—Respetemos su secreto—dijo Luis.

Montero volvió á dirigir el anteojo á la playa, y el músico añadió:

—¿Quién duda que será V. correspondido?

—Por supuesto: ella desea lo mismo que yo deseo..... Y..... ¡bah!—añadió sin dejar de mirar al traves del anteojo—en este instante..... sí, sí..... en este instante puedo asegurar que es nuestra.

—¡Diablo!.....—exclamó el músico.—Ya comprendo: este paseo por el mar es una especie de cita. La cosa es clara. Desde aquí mecido por las olas la atisba V. con las lunas de ese anteojo de que se ha venido V. provisto, y ella, que está en el secreto, se deja ver haciendo todas las deliciosas monerías que hacen las mujeres cuando saben que las miran. Lo cual—añadió guiñándole el ojo á Luis—me induce á sospechar que la hermosa Dulcinea debe ser vecina nuestra.

—Eso es evidente—añadió Luis.

Montero continuaba mirando al traves de su anteojo con más atencion que nunca. Despues

de un momento lo apartó de sus ojos, lo cerró de un golpe, y metiéndolo en el bolsillo de su elegante americana, dijo:

—Asunto concluido.

—¿Estás satisfecho?—le preguntó Luis.

—Completamente satisfecho—le contestó.

—En ese caso—advirtió el músico—debemos virar en redondo y dar la vuelta á casa; porque el sol pica, la mar se enoja y el estómago desfallece.

—¡A tierra!—gritó Montero.

Giró el bote suavemente, volviendo la proa hácia la costa, y comenzó á navegar *derribando en popa.*

XI.

TABLEAU.

Entraron en el comedor Luis, Montero y el músico, dispuestos á hacerle los honores al desayuno con toda la efusion del más sincero apetito. Las ostras entreabiertas como las puertas de las casas en los dias de motin, acababan de tomar posesion de la mesa, cubriendo el espacioso fondo de una bandeja, cuyos vivos dibujos se escondian bajo las dobles conchas de los mariscos; sobre el aparador empinaban sus largos cuellos las botellas de vidrio oscuro y empolvado, dejando adivinar al olfato el suave perfume de los vinos exquisitos; miéntras las copas de cristal reluciente, con las bocas de par en par, esperaban firmes en su puesto.

Semejante aspecto era el anuncio de un almuerzo opíparo, y los tres amigos saludaron respetuosamente, inclinándose con agasajadora cortesía delante de la mesa.

—¡Calle!—exclamó el músico dando vueltas al rededor de las ostras.—Somos cuatro, y hay cinco cubiertos.

Luis miró á Montero, pero éste se encogió de hombros, y el músico, dejándose llevar por las insinuaciones de su apetito, siguió diciendo:

—Señores, son las doce..... la señora tiene la buena costumbre de almorzar más temprano, y hemos sido muy descorteses haciéndole esperar tanto tiempo. Corramos, pues, á saludarla, á excusarnos y á traerla á la mesa.

La advertencia era oportuna, y la proposicion fué admitida por unanimidad. Los tres se dirigieron al cuarto de la señora, cuya puerta encontraron cerrada.

—Me alegro—exclamó el músico;—éste es el justo castigo de nuestra tardanza; cansada de esperarnos, ha reclinado la cabeza sobre el respaldo de la butaca y se ha dormido. Vamos á ver quién la despierta ahora.

—Yo, por mi parte—dijo el Coronel—no incurriré en la grosería de interrumpir su sueño.

—Bien—añadió el músico—aplazarémos el almuerzo para cuando se despierte.

Luis se acercó á la puerta y aplicó el oido á la cerradura, pero no oyó ruido ninguno. En-

tónces dió un ligero golpe con la mano sobre la puerta y nadie contestó. Alzó la voz, y dijo:

—¡Madre!.....

Tampoco esta santa palaba obtuvo respuesta.

—Es curioso esto—añadió, quedándose pensativo.—No creo que esté durmiendo; mi madre no duerme más que de noche, y los criados nos han dicho que está en su cuarto.

Diciendo así, miraba alternativamente al Coronel y al Maestro, que á la vez contestaron, el músico arqueando las cejas y Montero encogiéndose de hombros.

—No comprendo su silencio y no sé qué pensar..... ¿La habrá ocurrido algo?..... ¿Se habrá puesto mala?..... Hay accidentes repentinos.....

Semejante suposicion puso en alarma su pensamiento, y moviendo el boton que sujetaba la puerta, la abrió de improviso y entró, detras de él penetraron el Coronel y el músico.

Fácilmente comprenderémos que las mejores habitaciones de la casa se habrian destinado á hospedar á la madre de Luis. En efecto, ocupaba el ángulo derecho del edificio, donde tenía, aunque en miniatura, su gabinete, su tocador y su dormitorio. El gabinete donde los tres amigos entraron, se hallaba desierto.

—Hemos llegado tarde. Nuestra excelente amiga ha ido indudablemente á buscarnos al comedor, saliendo por la puerta de su dormitorio, miéntras nosotros veniamos aquí por camino opuesto. No me parece justo hacerla esperar por segunda vez. Vamos, señores, á la mesa.

No bien acabó el Maestro de pronunciar estas palabras, cuando la cortina, que cubria la puerta de comunicacion entre el tocador y el gabinete se levantó, dejando ver la noble figura de la madre de Luis, que se adelantó diciendo:

—Hoy, todo sale á medida de mi deseo; llegan ustedes precisamente cuando yo iba á llamarlos, y esta circunstancia, que parece insignificante, tiene para mí aspecto de buen presagio. ¿No es verdad que hay dias felices?

Habló de esta manera, mostrando en sus ojos, grandes y negros, resplandores de impaciente alegría, y en su boca la sonrisa bondadosa con que frecuentemente animaba los severos rasgos de su semblante. Luis no habia visto nunca á su madre tan gallarda y tan hermosa, y eso que para él era la mujer más hermosa y más gallarda de todas las mujeres, y se quedó contemplándola con orgullo, esperando saber

cuál sería la causa de aquella íntima y secreta complacencia.

Al músico no le ocurrió nada que decir y guardó silencio, y en cuanto á Montero, no hizo más que morderse imperceptiblemente los labios. Ella siguió diciendo:

—Señores, tengo un proyecto.

—¡Bravo!— exclamó el músico. — Nosotros sólo contábamos con un almuerzo opíparo, y tenemos ademas un proyecto; no se puede pedir más.

—¿De qué se trata?—preguntó Luis.

—Se trata de tí—le contestó su madre.— Va á parecerte muy raro lo que voy á decirte, y sin embargo, es lo más natural del mundo. Eres mi hijo único, veo en tí la noble imágen de tu padre, su generosidad, su energía y sus hidalgos pensamientos; sé que nada en el mundo podria separarte de mí, pero mi cariño no es egoista y he pensado.....

—¿Qué?—preguntó Luis con ansiedad.

—Hijo mio..... he pensado casarte.

Esta palabra produjo tres efectos distintos: el Maestro abrió desmesuradamente los ojos como si hubiera oido estallar una nota desafinada; Luis se sonrió con incredulidad manifiesta,

y Montero, dando media vuelta, se hizo á sí mismo tres gestos expresivos, guiñando primero un ojo, luégo otro y torciendo despues la boca.

—Te sonries—añadió la madre—como si no dieras crédito á mis palabras; pues bien, Luis, te aseguro que hablo formalmente.

—¡Casarme!..... —exclamó Luis, pasando de la incredulidad al asombro.—Nunca hemos hablado de semejante cosa..... Esto es para mí incomprensible.

—Alguna vez—le replicó su madre—debiamos hablar de ello. ¿Piensas desobedecerme?

—No, no permita Dios que yo desobedezca nunca á la más generosa y á la más buena de las madres, pero eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque, sea quien quiera la mujer que V. me destine, yo no podré amarla..... Usted no consentirá que la engañe fingiéndola un afecto que no siento, y ella, sea quien quiera, no aceptará la mano de un hombre, sabiendo que ese hombre no puede amarla.

—La mujer que Dios te destina, merece todo tu cariño, yo sé que te profesa un profundo afecto; ¿por qué, pues, no has de poder hacer su felicidad y la tuya?

Luis cogió la mano de su madre, y besándola con respeto, dijo:

—Porque hace dos años que llevo sobre mi corazon y en el fondo de mi alma el recuerdo siempre vivo de otra mujer, cuyo dulce nombre ha pronunciado V. muchas veces con respeto, con veneracion y con ternura. Usted sabe que no la debo olvidar, y yo sé que no puedo olvidarla.

—Bravo—exclamó Montero sin poder contenerse.—Señora, el golpe es decisivo y va V. á tener que batirse en retirada.

—Por mi parte—añadió el Maestro—declaro que hace ya dos años que la señorita de Miramar es el objeto contínuo de nuestras íntimas conversaciones. Cuando estamos solos no se nos cae su nombre de la boca.

—Es terrible esto—dijo entónces la madre de Luis—porque han de saber ustedes que he llevado la arrogancia de mi tiranía maternal hasta el punto de pedir formalmente la mano de la señorita que habia elegido para mi hijo, y hé aquí que, contando yo con la aquiescencia de Luis á mis deseos, perdóname, hijo mio, esta traicion, he ido á su casa miéntras ustedes estaban en la mar, la he traido aquí, y oculta en

mi tocador he querido que oiga todo lo que acabamos de hablar.

—¡Oh!—exclamó el músico, dándose una palmada en la frente.—Ése es el quinto cubierto que yo he contado en la mesa.

—Es una ligereza imperdonable—siguió diciendo la madre de Luis—que tú, hijo mio, enmendarás del mejor modo posible, estoy segura de ello.

Sin decir más palabra, entró en su tocador y salió al instante trayendo de la mano á una hermosa jóven, pálida por la emocion, que sonreia y lloraba á un mismo tiempo.

Al verla el músico, dió un paso atras, Luis se sintió desfallecer, y Montero, restregándose las manos, dijo por lo bajo:

—*Tableau.*

—¡Santo Dios!—exclamó el Maestro.—Ó yo estoy loco, ó es la señorita de Miramar la que estamos viendo.

—¡Margarita!.....—gritó Luis con vos ahogada.

Entónces ella le tendió la mano, diciéndole:

—Sí, Luis, Dios lo ha querido.

—Ya—dijo la madre de Luis—es preciso descubrirlo todo; no he sido en este asunto más

que cómplice; el autor de la intriga ha sido Montero.

—Yo—replicó el Coronel—no he hecho más que pagar una deuda sagrada; le debia tres veces la vida: era una deuda del corazon, que debia pagar y ya está pagada.

—Me confieso vencido—añadió el músico; —nuestro complot se reducia á sorprender al Coronel con el retrato de su adorado tormento.

—Mi adorado tormento—replicó el Coronel—era la señorita de Miramar.

—¡Cómo!—exclamó el músico.—¿La señorita de Miramar es la dama misteriosa del kiosko?..... ¿Es V., señora, la que ayer tarde nos hizo oir el *Stabat-Mater?*

—Yo sería—contestó Margarita.

—¡Oh! esto es extraordinario, magnífico, supremo; esto llena la medida de mi entusiasmo y de mi asombro. Pero entónces—añadió dirigiéndose á Luis—¿qué diablo de morena, robusta y mofletuda es la que ha visto V. esta mañana.

—Sería mi buena *Mari*—dijo Margarita.

—¡Ah, *Mari!* ¡pícara Mari!—siguió exclamando el músico;—si yo la hubiera visto no se me habria escapado.

—Montero—preguntó la madre de Luis—¿será hora ya de que almorcemos?

Salió el Coronel á pedir el almuerzo, y restregándose las manos de júbilo, iba diciendo para sí:

—Gran *tableau*, gran *tableau*.

FIN.

ÍNDICE

DE LA PRIMERA PARTE.

IDEM DE LA SEGUNDA.


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003336907
238322

